



JAGD AUF

THREN OMEGA

JASMINE FOX

A la caza de su omega

Un romance con harén inverso del omegaverso

(Serie Preciada omega)

Jasmine Fox

Copyright © 2024 by Jasmine Fox

All rights reserved.

No portion of this book may be reproduced in any form without written permission from the publisher or author, except as permitted by U.S. copyright law.

[Capítulo 1](#)
[Capítulo 2](#)
[Capítulo 3](#)
[Capítulo 4](#)
[Capítulo 5](#)
[Capítulo 6](#)
[Capítulo 7](#)
[Capítulo 8](#)
[Capítulo 9](#)
[Capítulo 10](#)
[Capítulo 11](#)
[Capítulo 12](#)
[Capítulo 13](#)
[Capítulo 14](#)
[Capítulo 15](#)
[Capítulo 16](#)
[Capítulo 17](#)
[Capítulo 18](#)
[Capítulo 19](#)
[Capítulo 20](#)
[Capítulo 21](#)
[Capítulo 22](#)
[Capítulo 23](#)
[Capítulo 24](#)
[Capítulo 25](#)
[Capítulo 26](#)
[Capítulo 27](#)
[Capítulo 28](#)
[Capítulo 29](#)
[Capítulo 30](#)
[Capítulo 31](#)

Capítulo 1

Isolde

—Aquí estas —murmuró una voz familiar.

El aroma del cálido jazmín se filtró por mi nariz. Sentí ganas de vomitar.

—Por favor —supliqué, apretando los dientes contra las oleadas de calor—. No.

Ester, mi compañera de cuarto, desvió la mirada con aire culpable. No iba a ayudarme. Ni ella ni nadie.

Grité, agarrándome el abdomen mientras una oleada de dolor obligaba a mi cuerpo a doblarse. La segunda sacudida hizo que el lápiz que tenía entre los dedos saliese volando y estiré la mano, presionándola firmemente contra la hierba debajo de mí para sujetarme.

El fuego burbujeaba en mis venas, hirviendo a fuego lento hasta estallar mientras el corazón me latía con saña en el pecho. Mi loba aullaba, gimiendo y sacudiendo su pelaje como si le doliera estar en su propia piel. Un zarcillo de pavor se enroscó dentro de mí.

«¿Tú también puedes sentirlo?».

«Sí», respondió en tono burlón.

No. No. Por favor... Todavía no.

El siguiente estallido de dolor fue más agudo, y gimoteé en voz alta antes de poder reprimir el grito. No había tiempo para esconderse ni huir.

La agonía me hizo castañear los dientes, y me puse en pie, tambaleante, inspeccionando con frenesí las colinas huecas en busca de algún lugar, el que fuera, donde refugiarme. Sabía que era una búsqueda inútil; el internado omega era lo único que había en kilómetros a la redonda. Habían arrasado con el bosque circundante para que cualquier intento de fuga tuviese como único resultado treinta días en las celdas disciplinarias.

La desesperación hizo que mis pies se pusieran en movimiento mientras sentía cómo unos pinchos invisibles se clavaban en mi columna vertebral, martilleando cada vértebra hasta que me desmoroné boca abajo sobre la hierba marrón y se me escurrió el cuaderno de bocetos. Me concentré en respirar contra la contracción humillante y desconocida entre mis muslos.

Unas manos me agarraron por todos lados, irguiéndome sobre unas extremidades gelatinosas. Haciendo acopio de las reservas de mis fuerzas, que se agotaban rápidamente, me resistí, gruñendo y rechinando los dientes. Lucharon contra mí, esforzándose por levantar mi cuerpo desmoronado del suelo, cosa que solo provocó que me resistiese con más ganas.

No podía dejar que me llevaran al internado. Ni de broma.

—Detente, Iselde —dijo Hannah, otra omega—. Se acabó. Tienes que dejarnos ayudarte antes de que envíen a la Madre de la Guarida.

Un escalofrío me recorrió la columna vertebral cuando los rasgos afilados de la Madre de la Guarida se cruzaron por mi mente. A pesar de mi pánico creciente, mi cuerpo se calmó. Si la hacían llamar, me llevarían a su despacho. Sentí que me ardía la parte posterior de los muslos, como un recuerdo fantasmal que hacía que se me inflamasen viejas heridas fruto de las atenciones de la Madre de la Guarida.

—Este es el destino de todas. No hay a dónde huir —añadió Hannah en voz baja.

No sabía si sus palabras eran para mí o para ella misma.

Las otras omegas pusieron rumbo al edificio, cargando con mi delgado cuerpo entre ellas. Yo lloriqueaba con cada paso que derribaba mis defensas cuidadosamente erigidas.

Tan rápido como pudieron, me medio arrastraron por los pasillos áridos y blancos del internado y me dejaron en la enfermería. El olor a amoníaco fue como una bofetada en la cara, hacía que me picase la nariz más de lo habitual. La institutriz Ida, una hembra alfa y la más simpática de las institutrices, frunció el ceño, ensanchando las fosas nasales.

—Subidla a la camilla y marchaos —ordenó con sequedad.

Colocaron mi cuerpo con cuidado sobre una superficie fría, pero nada podía borrar el sabor a traición de mi lengua. Desvié la mirada cuando Ester abandonó la sala. Aquí las despedidas no importaban, probablemente nunca nos volveríamos a ver.

—¿Cuándo empezaste a sentir dolor? —preguntó la institutriz Ida, envolviendo sus dedos fríos y hábiles alrededor de mi muñeca para tomarme el pulso.

Me mordí la lengua. ¿Qué importaba? Si esto era lo que sospechaba, nada podía salvarme. La institutriz entrecerró los ojos, pero continuó con su inspección, comprobando mis pupilas y mi temperatura con expresión plácida.

—Échate hacia atrás —me instruyó.

Mi miedo se hizo aún más grande.

—¿Qué?

—Me has oído, niña. Túmbate. Ya.

Me rodeé con los brazos ante sus palabras mordaces, pero no me moví.

Un gruñido de frustración salió de sus labios antes de empujarme contra la mesa fría y dura con la fuerza suficiente para arrancarme un jadeo. Me sacó las piernas de debajo de mi cuerpo, me separó los muslos y metió dos dedos enguantados en mi interior. Respingué ante el contacto y me sonrojé de vergüenza cuando se apartó para examinar su mano cubierta de un pringue resbaladizo, que estudió con pericia clínica antes de quitarse el guante y tirarlo a la papelera a sus espaldas.

—Felicidades —dijo con una mirada plana—. Acabas de traspasar la frontera de madurez, tu celo no tardará en empezar.

Madurar era lo único que liberaba a una omega de la vivienda designada por el Consejo en la que todas nos veíamos obligadas a vivir. Sucedió cuando nuestro cuerpo finalmente alcanzaba la madurez necesaria para poder quedarnos embarazadas.

Me senté, haciendo una mueca de dolor ante la sensación fantasmal de sus dedos dentro de mí.

La institutriz se volvió hacia un armario de metal, metió una llave en la cerradura, abrió las puertas y sacó un pequeño frasco de pastillas supresoras del celo. Echó dos en un vaso de cartón antes de pasármelo.

—Trágate las.

Me tragué las pastillas en seco, mientras el alivio y el temor luchaban por salir victoriosos en la batalla que libraban en mi cabeza. La institutriz me observaba con su habitual expresión distante y una nota subyacente de... emoción. La esperanza brilló en mi pecho. No debería habérselo pedido, pero mi boca traidora ya estaba vomitando el ruego antes de que poder hacer acopio de orgullo.

—Por favor, no se lo diga a la Madre de la Guarida. Por favor, quiero quedarme. Haré lo que sea, yo...

Levantó una mano, silenciándome. Cualquier lástima que hubiese sentido por mí, desapareció.

—Basta. —Su voz era como una espada afilada—. Todos tenemos un papel que desempeñar, omega. Ahora ve a hacer la maleta. Tu transporte llegará a primera hora de la mañana.

Apretando la mandíbula, me tragué un sollozo. Llorar no me llevaría a ninguna parte.

La institutriz afirmaba que todos teníamos un papel que desempeñar, como si este fuera el siguiente paso en una ecuación matemática y no el final de mi vida. Las palabras se envolvieron alrededor de mi garganta como una soga. Mi loba gimió, acurrucándose sobre sí misma.

Me puse en pie en silencio, clavando las garras en mi última pizca de dignidad, e incliné obedientemente la cabeza.

La ausencia de dolor me dejó hueca, pero no dejaría que vieran cómo me venía abajo. No patearía ni gritaría contra mi destino como otras antes que yo. Saldría con la cabeza en alto y armaría un plan. Era hora de concentrarse en sobrevivir a lo que vendría a continuación.

Me despertó un fuerte golpe en la puerta.

—Levántate, criadora —gritó una voz fría.

Me estaba incorporando lentamente del colchón delgado y viejo cuando la puerta se abrió de golpe para dar paso a la Madre de la Guarida, que recorrió con su mirada especulativa el escaso espacio.

—Ven, niña. Es mejor no hacer esperar a tus superiores. —Su voz me atravesó como el acero.

Me puse en pie, agradecida de haber tenido la previsión de dormir con la ropa puesta, y cogí el

único equipaje que había preparado. Todas mis posesiones mundanas cabían en una mochila diminuta y deshilachada.

La Madre colocó una mano arrugada sobre mi hombro, alargando sus garras para pellizcarme la piel con una silenciosa advertencia mientras miraba a mis nuevos carceleros. Los funcionarios parecían más ejecutores que dignatarios del Consejo, con sus pechos anchos y sus rostros impasibles, bueno, casi impasibles. El castaño, un alfa a juzgar por su olor, me miró como si yo fuera una alimaña.

Me sacaron de mi dormitorio, bajando por la escalera de caracol que conducía al vestíbulo delantero del internado. Mientras los seguía, mi conversación con la Madre de la Guarida la noche anterior resonó en mis oídos.

—¿Crees que eres mejor que las demás? —preguntó la Madre, juntando las manos detrás de su espalda y entrando en mi dormitorio.

Me volví, olvidándome de organizar mi equipaje ante su repentina aparición.

—No. Por supuesto que no, Madre de la Guarida —dije con la mirada gacha.

—Entonces, ¿qué es esa tontería que he oído de que le pediste a la institutriz Ida quedarte aquí? ¿Pensabas que podías evitar tu destino, tu propósito?

—No, Madre de la Guarida...

Me rodeó la garganta con la mano en un instante, cortando las palabras antes de que pudieran abandonar mis labios.

—Criadora ingrata e insolente. Después de todo lo que ha hecho el Consejo, de todo nuestro trabajo incansable para hacerte entender tu lugar, un lugar por el que muchas otras mujeres renunciarían a su rango y título, ¿te atreves a pronunciar esas palabras?

Mantuve un rostro impasible, no quería que me viera acobardarme.

—Recita tus votos —me exigió.

Me encontré con su mirada helada.

—Yo sirvo al Consejo y a la Diosa. Es un honor para mí cumplir sus deseos y traer el regalo de

la vida a la unidad que me reclama. Porque conmigo dan nueva vida, y a mí se me da un propósito. —Eran palabras huecas, recitadas con practicada convicción.

La Madre de la Guarida asintió con brusquedad.

—Repítelos por la noche. Recuérdalos bien. Es tu único propósito, tu único uso. Sin el útero entre tus muslos, no serías nada. Es solo por eso que te han cuidado y mantenido a salvo, y ahora que tu celo se está manifestando, ha llegado la hora al fin de pagar todo lo que debes. —Dio un paso amenazante adelante—. Agradéceselo a la Diosa, niña. Las cosas podrían haber sido mucho peores.

—Nosotros nos encargamos de todo a partir de aquí. —La voz del alfa me sacó de mis ensoñaciones cuando envolvió su mano enorme en mi brazo con una fuerza magulladora.

Tiró de mí para bajar los escalones y el aire fresco de la noche me mordió la piel en medio de la oscuridad que se desvanecía. Quería resistirme, pero ¿de qué me serviría? El resultado sería el mismo de cualquier manera. El alfa me metió en el asiento trasero de un sedán y me quitó la mano de encima como si tocarme le doliera a un nivel físico.

La mayoría de la gente, incluidos los funcionarios, despreciaban a las omegas por su capacidad de reproducirse o las codiciaban por la misma razón. Después de que Lysandra, la oscura Suma Sacerdotisa de las Brujas, les echara una maldición de sangre a los cambiaformas hace quinientos años, haciendo que todas las hembras alfa y beta fueran infértiles, las omegas se ganaron un nuevo estatus en la sociedad. Aunque no nos libramos de la maldición.

Por el contrario, la Diosa nos rehízo a modo de regalo después de la Guerra Negra, una antigua guerra entre los cambiaformas y las brujas que buscaban esclavizarnos. Fue un intento de evitar que la población de cambiaformas se extinguiera por completo, pero las omegas ya eran escasas, por lo que no pasó mucho tiempo antes de que la violencia arrasara las filas de los cambiaformas. Las omegas eran arrancadas de los brazos de sus madres por aquellos que buscaban asegurarse compañeras y descendencia para sí mismos. No había omegas suficientes para todos.

Las omegas pasaron a ser propiedad del Consejo. No pertenecíamos a ninguna manada, ni teníamos apellido. Todo lo que conocíamos nos era arrebatado el día que cumplíamos seis años. Al enterarse de que la niña era una omega, algunas parejas optaban por entregárselas al Consejo en su infancia. No podía culparlos, criar a un hijo a sabiendas de que te lo arrebatarán en el momento en que llegue a la edad legal de separación era una tortura.

Ni siquiera podía recordar los nombres de mis padres. Era casi como si no hubiera tenido una vida antes del internado omega. El cautiverio era cuanto conocía.

Éramos criadoras. No teníamos cara, ni nombres, ni valor. Solo éramos una carga.

Nuestra misma naturaleza nos marcaba como cosas, como una mercancía que había que ganar.

—¿Ansiosa por sentir por fin una polla entre las piernas? —preguntó el alfa con desprecio. Parpadeé, con los ojos muy abiertos por la sorpresa y él se rio con tono tenebroso—. No te hagas la sorprendida, omeguita. Puede que algunos piensen diferente, pero nosotros sabemos lo que realmente eres.

—¿Y qué sería eso? —Me arrepentí de la pregunta tan pronto salió de mi boca.

—Un agujero. —Me miró por el espejo retrovisor, con un brillo salvaje y oscuro en los ojos—. Que te reclamen, te follen y te llenen hasta que el vientre se te pudra. Menudo honor.

—Uno que a ti no te han concedido —repliqué.

Un gruñido atravesó el coche mientras se revolvía en su asiento. El beta le puso una mano en el hombro y, tras una mirada de reojo, se volvió hacia delante.

La tensión no se disipó, y sus ojos llenos de odio pasaban de mí a la carretera cada pocos minutos, pero afortunadamente, nadie dijo más.

El terreno del camino se volvió áspero, y el coche se sacudió a medida que se abría paso por un camino de grava. El escaso follaje se espesó y un denso bosque con el que solo había podido soñar se elevó a nuestro alrededor. Mi lobo se transformó en mi mente, acercándose a la superficie, absorbiendo los aromas del pino fresco y el roble terroso. Su deseo de cambiar de forma y correr libre era palpable.

Ni siquiera me atrevía a tener esperanzas. Sería todo un acto de bondad si nuestra unidad no nos preñaba de inmediato. Ese pensamiento inspiró unos sentimientos que no quería explorar.

¿Cuántos hombres me reclamarían como suya? Fruncí el ceño, mordiéndome los labios. En el internado, nos enseñaron que las unidades estaban formadas por hombres que ya habían establecido lazos en la infancia. Los sistemas de clasificación masculinos diferían ligeramente de los femeninos. Había machos y hembras alfa y beta, pero las omegas eran solo hembras. Los equivalentes masculinos que más se nos acercaban eran los gammas, de los que nacían solo

varones. Su rango era la fuerza de equilibrio de las omegas. Nosotras éramos las criadoras y cuidadoras, mientras que ellos eran los protectores.

Juntos, los tres rangos podrían emparejarse de muchas maneras, aunque era raro que hubiera más de dos alfas en una misma unidad. Los grupos podían contener entre tres y, en raras ocasiones, seis machos. Me estremecí ante la idea de ser responsable de proporcionar un heredero a seis varones.

La cacería era un rito organizado por el Consejo cada tres meses en el que a los machos se les permitía elegir a una omega madura para su unidad. Nosotras no estábamos al tanto de los detalles. Lo único que sabíamos era que todas las omegas participaban, y que los resultados del juego decidirían nuestro destino.

Era esperable que todos los miembros de mi unidad desearían tener al menos un hijo biológico de nuestro apareamiento.

La instalación, el edificio donde se llevaba a cabo la cacería oficial para la reclamación de omegas, sobresalía en un claro más adelante, una bestia de metal anidada entre los árboles. Captaba mi mirada con su fachada fría y áspera. Nunca había visto un edificio tan grande, y la idea de poner un pie dentro me resultaba abrumadora. Un miedo resbaladizo me recorrió la espalda, congelándome la sangre.

Nos detuvimos y el zumbido del motor dio paso al silencio mientras aparcábamos. La puerta a mi izquierda se abrió y me aparté bruscamente de la mano del alfa antes de que pudiera agarrarme.

—Sé caminar, gilipollas —le espeté.

—Cuida tu lenguaje, criadora —gruñó—, o tu unidad tendrá que quedarse con lo que quede de ti.

Lo fulminé con la mirada mientras me apeaba con lentitud del vehículo. No hacía falta que aclarase lo que quería decir con eso, lo entendía a la perfección. El otro funcionario, un macho beta, se quedó allí plantado con cara de molestia, como si yo le estuviera fastidiando el día. Señaló con la barbilla hacia delante y empecé a caminar, con el cuerpo tenso cuando el alfa me dejó atrapada entre ellos dos.

El interior de la instalación era tan imponente como el exterior. Era inhóspito y estaba desnudo de mobiliario, el metal era rígido y reluciente, y recordaba a una prisión. Ignorando la mezcla de

miradas curiosas y hostiles de los otros funcionarios que rondaban por los pasillos, permití que los guardias me dirigieran a una gran sala abierta con sillas plegables organizadas en cuatro filas de seis. Había mujeres sentadas en grupos, hablando en voz baja entre ellas, y funcionarios apoyados contras las paredes, comportándose como sus carceleros.

Escudriñé la habitación y vi a una chica con una cálida piel bronceada y ojos del color de la miel. Era hermosa, pero eso no era lo que la hacía destacar, sino la expresión de tranquila determinación en su rostro, la ausencia del miedo que yo percibía en los demás. Me senté junto a ella.

—¿Primera vez? —preguntó, con una voz apenas superior a un susurro.

—¿Es que pasamos por esto más de una vez? —pregunté yo a mi vez, confundida.

—No si te pillan.

Sus palabras me planteaban un millón de preguntas, pero sabiendo que no teníamos mucho tiempo, me decidí por hacerle una sola.

—¿Qué pasa si no te atrapan?

Me miró por el rabillo del ojo, como decidiendo si confiar en mí o no. Después de un momento de vacilación, habló:

—Cinco veces. Sobrevive a cinco cacerías y serás libre.

—¿Libre? ¿Te dejan marcharte?

—Es una cláusula oculta. Una regla de la que se supone que deberían informarnos en los internados, pero que convenientemente se olvidan de mencionar. —Se agachó, fingiendo atarse el zapato para poder susurrar—: Hay otras, omegas libres, que viven en terrenos autorizados. Si lo consigues, dirígete al bosque y sigue las palomas grabadas en las rocas.

Antes de que pudiera decir algo más, se escuchó un fuerte estrépito al frente de la habitación y se sentó, con la columna recta y los ojos al frente. Entraron tres hombres, todos vestidos con túnicas violetas. Miembros del Consejo. El aire de la habitación se enrareció cuando alguien con el pelo canoso se adelantó y juntó las manos detrás de la espalda.

Mi mente hizo piruetas cuando una maravillosa y terrible oleada de esperanza estalló dentro de

mí. Sobrevivir a la caza. Cinco veces.

—Bienvenidas, omegas, a la cacería —dijo el hombre, sin molestarse en presentarse—. Es un honor y una bendición para cada una de vosotras estar aquí para cumplir con vuestro deber para con la sociedad. Esperamos que, a estas alturas del año que viene, cada una de vosotras haya devuelto la vida a las manadas para las que seáis elegidas.

Puse los ojos en blanco. Menuda broma.

—La cacería comienza al amanecer —continuó—. A cada una de vosotras se le pondrá un collar de reclamación. Por la mañana, se os liberará en el bosque circundante. Tendréis una ventaja de veinte minutos para correr o esconderos. El objetivo es cruzar el terreno hasta el otro lado de la propiedad. Cuando pasen los veinte minutos, soltaremos a las unidades, que os darán caza. No os alarméis si surgen pequeñas escaramuzas, los machos no os harán daño. Cuando reclamen vuestro collar, también os reclamarán a vosotras —anunció con autoridad, como si se dirigiera a unas niñas traviesas.

—Vuestra unidad completará el vínculo y, después, seréis libres de ir a vuestros nuevos hogares. —Aplaudió dos veces, con los ojos brillándole con un retorcido regocijo—. Ahora, formad dos filas. Os mediremos los collares y os llevaremos a vuestros aposentos para pasar la noche.

Nos pusimos en pie. La chica de ojos miel me dirigió una mirada cómplice y se volvió para unirse a la fila.

La determinación me llenó los pulmones y mi lobo gruñó en señal de acuerdo. No sería presa fácil para la unidad que buscaba reclamarme. Me negaba a rendirme sin luchar.

Capítulo 2

Wynn

—¿Consigues oler algo? —le preguntó Bishop a Alaric mientras salíamos del coche.

—¿Además de la desesperación de las otras unidades? No hay mucho que pueda superar ese hedor —respondió éste.

—Creo que se refería a las hembras —intervine yo, contemplando el edificio de acero afilado y clínico que tenía delante.

El Consejo era conocido por ser demasiado cauteloso, pero no podía decir que los culpara, teniendo en cuenta que estaban permitiendo que casi ochenta machos viriles traspasaran sus muros, machos que estaban dispuestos a hacer lo que fuera necesario para irse con una compañera.

Este era el primer año de elegibilidad de nuestra manada, Hidden Creek y, como alfa, dependía de mí liderar a mi unidad para conseguir nuestro primer reclamo. Todas las demás unidades de nuestra manada contaban con nuestro éxito. Solo entonces podrían participar en la cacería. El Consejo admitió a una unidad de cada manada autorizada para competir en cada cacería, y había cuatro cacerías al año. Eso significaba que solo había cuatro oportunidades de traer a una omega a la manada cada año hasta que, con suerte, todas las unidades tuvieran compañeras y cachorros.

Bishop se encogió de hombros.

—No importa. Vamos a verlas de todos modos.

Gruñí en acuerdo y conduje a mi unidad a las puertas de seguridad. Dos agentes del Consejo operaban la puerta mientras un funcionario permanecía detrás de ellos con un portapapeles, registrando las unidades invitadas. El cambiaformas anciano me miró, y la mueca de desprecio desapareció de su rostro ante mi cara inexpresiva.

—Alpha Wynn, beta Bishop y gamma Alaric de Hidden Creek —dije con suavidad.

Asintió con fuerza, garabateando algo en su pizarra mientras localizaba nuestros nombres.

—Bienvenida, unidad alfa. El Consejo les desea una cacería exitosa. —Se hizo a un lado para dejarnos pasar.

Entramos en el espacio grande y bien iluminado. Las mesas estaban dispuestas en el centro de la sala, cada una de ellas con un letrero con el nombre de cada unidad. Un humeante bufé y un puesto de bebidas ocupaban una pared, y un puñado de unidades se agolpaban a su alrededor con tazas de café en las manos.

Me cosquilleó la nariz ante el aroma salvaje y almizclado de lobos desconocidos. Los alfas, betas y gammas se congregaban dentro, pegándose a su unidad mientras miraban a su alrededor. Alaric tenía razón: el olor empalagoso de la desesperación y el anhelo era abrumador. Al igual que las miradas estrechas y evaluadoras con las que nos recorrieron al entrar.

Los tratados y alianzas de manada no existían, no en la cacería, donde el premio era la supervivencia de tu manada. Todo el mundo era un enemigo.

Una calidez calmante se filtró por el vínculo, y reconocí la presencia tranquilizadora de Bishop. Mi unidad sintió que mis instintos Alfa se elevaban anticipándose a la violencia, pero por suerte, habían sabido cómo calmarme.

Aun así, mi lobo lanzó una advertencia, listo para sacar las garras en cualquier momento.

—Tranquilo, grandullón. Resérvate para la cacería —me dijo Alaric mientras posaba una mano sobre mi hombro para darme un apretón.

Resoplé, girando el cuello para aliviar un poco la tensión de mis músculos. «*Ninguno de ellos importa*», me recordé a mí mismo. «*Concéntrate en asegurarte una omega*».

—Solo la Diosa sabe por qué a las omegas se les dio la capacidad de reproducirse. Si la fuerza es un factor a considerar, las hembras alfa o beta habrían sido la mejor opción —murmuré.

Las gruesas cejas de Bishop se alzaron.

—A lo mejor las estás juzgando con demasiada dureza. Quiero decir, ¿qué sabemos realmente sobre las omegas? Todo el mundo dice que son tímidas y mansas, pero podría ser una mentira.

Le dirigí una mirada de incredulidad.

—¿Por qué iba el Consejo a protegerlas tan ferozmente si no? Si pudieran sobrevivir por sí mismas, estarían con una manada. Esa vida, confinadas de un edificio remoto y aislado de otros cambiaformas, no sólo es antinatural, sino una blasfemia.

—Ya sabes lo que pasaba antes de que el Consejo interviniera y les ofreciera su protección —intercedió Alaric—. Los machos literalmente mataban por hacerse con omegas, y las manadas estaban constantemente en guerra. No importa lo fuerte que seas, nadie puede huir para siempre. ¿Quién quiere pasarse la vida perseguido?

»¿Qué se les pasaba por la cabeza siquiera? Arrebatarse a una compañera atada es... —El rostro de Alaric se agrió quedándose en silencio, incapaz de terminar su pensamiento.

—Es la desesperación —respondí—. Saca lo peor de las personas.

Me tragué mi creciente disgusto y me preparé mentalmente para las horas que se avecinaban. No se me daba bien enfrentarme a las lágrimas ni a la fragilidad, y la idea de atar nuestra unidad a una hembra que se acobardaba ante nuestra presencia ponía de los nervios a mi lobo.

¿Cómo demonios voy a hacer esto?

Me sentí más agradecido que nunca por mi unidad. Si ella resultaba ser una criatura indefensa y apocada, el talento de Bishop para aliviar las emociones de los demás y la naturaleza tranquila de Alaric podrían ser de consuelo.

Nos dirigimos a nuestra mesa y tomamos asiento. Bishop entabló conversación con la unidad contigua a la nuestra en un intento de averiguar más sobre las omegas. El hombre podía encantar hasta una serpiente, era una de las muchas razones por las que era mi beta.

Las omegas eran un misterio en general. La información de la que disponíamos nos la trasmitían las unidades apareadas o el propio Consejo, por lo que no hace falta decir que los datos eran pocos y racionados.

—¿Crees que tendrá suerte? —preguntó Alaric, sus agudos ojos catalogando a los machos de la habitación.

—Lo dudo —respondí—. Ya sabes cómo pueden llegar a ser los machos con sus compañeras. —Codiciosos, posesivos y desconfiados.

La única información establecida con respecto a las omegas tenía que ver con su celo. Cuando

llegaba el momento, se perfumaban con un aroma hormonal conocido por hacer que los machos adultos se volvieran salvajes por la necesidad. Sus cuerpos producían una espesa viscosidad que hacía más fácil enterrarse hasta la empuñadura, asegurando la impregnación, y sufrían una necesidad insaciable debido a sus instintos.

El resto de lo que habíamos escuchado era un montón de rumores contradictorios. Algunos decían que las omegas eran más débiles que otros lobos, mientras que otros afirmaban que sus mentes agudas las hacían fuertes. Todas ellas eran vírgenes, pero se follarían al lobo dominante más cercano si se les presentase la oportunidad. Había que tratarlas como si fueran niñas pequeñas, pero su único propósito era dar a luz a nuestras crías.

Nada de eso tenía sentido.

Bishop se deslizó en su asiento.

—¿Algo? —pregunté.

Negó con la cabeza.

—Todo el mundo parece saber tan poco como nosotros. Y las unidades de manadas con omegas se muestran reacios a hablar de ellas.

Fruncí el ceño y me encontré con la mirada cerúlea de Alaric. Una pregunta tácita pasó entre nosotros. Algo me dijo que la comprensión de cada manada sobre las omegas era deliberadamente variada. ¿Por qué?

Pensé en mi hermana. ¿Cómo sería para ella y las otras hembras de Hidden Creek enfrentarse al recordatorio de lo que nunca pudieron ser?

—No lo hagas —me interrumpió Alaric con voz firme—. No servirá de nada detenerse a pensar en ello.

Tenía razón. No había nada peor que la lástima, y las hembras de Hidden Creek se merecían algo mejor.

La sala se quedó en silencio cuando entraron los miembros del Consejo, con sus ondulantes túnicas moradas barriendo el suelo detrás de ellos. Los cambiaformas de más edad parecían tener unos cincuenta años, pero yo sabía que el concejal Raza tenía sus buenos ciento cincuenta años de vida.

Aunque todavía se pensaba que la esperanza de vida promedio de los cambiaformas era de trescientos años, la guerra y la peste hicieron que fuera poco común ver a muchos vivir más allá de los cien años. Las brujas, por otro lado, vivían una vida humana natural a menos que usaran su magia para extenderla. El cabello grueso y canoso del concejal Raza estaba peinado hacia atrás. Examinó las unidades unos instantes antes de hablar.

—Unidades, nos reunimos hoy aquí para dar comienzo a otra cacería exitosa. Las hembras están listas para que las reclamen y dar a luz a hijos e hijas como la Diosa decreta. Pero engendrar es un honor que se gana con astucia y garras.

Un segundo concejal, cuyo nombre no lograba recordar, dio un paso al frente. El profundo río de cicatrices en el lado izquierdo de su rostro se difuminaba con su piel marchita. Sentí el peso de su edad mientras mi lobo lo estudiaba. Sus ojos astutos eran lechosos y, por un momento, me pregunté si estaría ciego.

—No hay más que una regla —dijo, con una voz como papel de lija—. Ninguna omega debe sufrir ningún daño durante la cacería. Hagan lo que tengan que hacer para reclamarlas, pero teniendo siempre presente el valor que aportan a vuestras manadas. Las omegas son criaturas delicadas que buscan guía y protección. Es su deber como sus compañeros enseñarles lo que se espera de ellas y, a su vez, ellas les obedecerán, cederán y gestarán su fruto para que sus manadas vuelvan a estar completas de nuevo.

Una ola de disgusto fluyó a través de nuestro vínculo, y resistí la tentación de poner una mueca ante las palabras del concejal.

—Acérquense, unidades —dijo el concejal Raza—. Es hora de ocupar sus puestos en la arena.

Bishop, Alaric y yo intercambiamos una mirada y seguimos a las otras unidades hasta una habitación abovedada. En el interior, las paredes estaban revestidas con puertas de piedra a intervalos de metro y medio. El Consejo guio a una unidad hasta una de ellas antes de dirigir al siguiente grupo hacia otro umbral, repitiéndose este proceso hasta que nuestra unidad se deslizó en la casilla de salida.

La habitación más allá de la puerta estaba vacía, aparte de una puerta de acero en la pared del fondo. A través de los barrotes, podíamos ver un gran claro y, más allá, el amenazante bosque oscuro. Mi lobo se irguió, presionando contra los límites de mi mente. Una conciencia que nunca había experimentado agudizó mis sentidos humanos, haciéndolos más precisos y certeros.

Podía escuchar el arrastrar de pies y los gruñidos de las casillas de salida que nos rodeaban conforme cada unidad se preparaba para el momento en que se alzarán las puertas.

—¿Tenemos un plan de ataque? —preguntó Alaric, rotando los hombros.

—Escoge una y no la pierdas de vista. Siempre se tiene más éxito cazando cuando se tiene un objetivo claro.

Bishop cruzó los brazos sobre su pecho ancho, con los ojos fijos en el suelo frente a nosotros. Se escuchó un torbellino de metal chocándose y los tres nos quedamos paralizados mientras aguardábamos la liberación de las omegas. Mi lobo temblaba bajo mi piel, inflexible y emocionado.

Observé cómo varias figuras pequeñas salían disparadas de otro conjunto de puertas ocultas. Todas estaban demasiado lejos para ver con claridad, pero seguí con la vista la variedad de ropas coloridas que cruzaban la hierba cortada en todas direcciones.

Respiré el exuberante y tentador aroma de las omegas, su aroma no se parecía a nada con lo que me hubiera encontrado jamás.

Al instante, las razones del Consejo para mantener a las omegas apartadas me quedaron claras. No podía más que imaginarme las peleas que se darían entre los miembros de la manada si las omegas camparan a sus anchas.

Un aroma, fuerte y brillante, dulce con un toque picante, atrajo mi atención hacia unos mechones de cabello negro. Mi lobo gruñó dentro mi pecho, bajo y posesivo. El deseo corría por mis venas y mis músculos se hincaron, poniendo a prueba las costuras de mi camisa. El mundo se desvaneció hasta que solo quedó su olor.

Tenía que encontrarla, cazarla y reclamarla.

Los gruñidos de respuesta de mi unidad me llegaron a los oídos, y nuestro vínculo se tensó.

La habíamos encontrado.

Nuestro objetivo.

Nuestra omega.

Capítulo 3

Isolde

El viento helado se deslizó sobre mis pantorrillas expuestas y caló en mí hasta que me dolieron las rodillas y me castañetearon los dientes. Había pensado que los uniformes del internado eran horribles, pero habría dado cualquier cosa por tener uno de esos vestidos grises rígidos hasta los tobillos durante la cacería. Cualquier cosa era mejor que la túnica raída que el Consejo me proporcionó. Por supuesto, no nos habían entregado ropa interior, nos querían vulnerables.

Una vez llegué a la linde del bosque, traté de cambiar de forma y darme una oportunidad de luchar, pero algo me mantenía cautiva en mi piel.

El collar.

«*Nos han encadenado*», mi loba hervía de rabia.

«¿Por qué nos iban a encadenar?».

«*Piensa, chica*», me gruñó. «*Quieren convertirnos en un blanco fácil para los machos*».

Un escalofrío me recorrió la columna. La verdad era como una cuchilla clavada en el pecho. Todo estaba en nuestra contra. Me miré los dedos de los pies sucios, recordando mis últimos momentos de libertad esta mañana, justo antes de que nos soltaran como bestias.

—Quitaos todo —dijo impasible el funcionario.

—¿Qué? —Los ojos se me abrieron de par en par.

—¿Eres sorda? —Arrugó el labio superior con un gruñido—. Todo fuera.

Ya me había quitado la mayor parte de las prendas que me cubrían, y solo me quedaban la ropa interior y los calcetines, pero un rápido vistazo a las otras omegas me confirmó mis peores temores. Las mejillas se me enrojecieron de la humillación mientras me desnudaba hasta que nada se interpuso entre mi cuerpo y las miradas lascivas del personal supervisor.

Me pusieron una tela arrugada en las manos.

—Póntelo —refunfuñó quien me la había dado.

—¿Dónde está el resto de mi ropa? —pregunté, obedeciendo.

—Eso es todo. —Lo dijo como si le hubiera molestado con mis preguntas.

—Pero hay como seis grados bajo cero ahí fuera.

—Entonces será mejor que corras rápido —respondió con un encogimiento de hombros frívolo.

Abrí la boca para protestar, pero mis ojos chocaron con un par de color miel al otro lado de la habitación; la omega negó con la cabeza.

Intenté transformarme de nuevo, pero unas llamas me lamían la mente, manteniendo a mi loba contenido. Ésta gruñó, y se le erizaron los pelos mientras intentaba superar el extraño bloqueo, sin éxito alguno.

Ignorando las rocas dentadas, las ramitas rotas y los guijarros esparcidos que me maltrataban las plantas de los pies, me abrí paso por una pendiente. Los árboles se arqueaban desde el suelo como dedos descarriados, y aproveché sus gruesos troncos para ponerme a cubierto, arrastrando frondosas ramas a mi paso para ocultar mis huellas.

No había avanzado mucho cuando escuché como estallaba un escalofriante coro de aullidos en la distancia. El corazón se me aceleró en el pecho, y recé en silencio a la Diosa para estar lo bastante lejos de las demás como para pasar desapercibida.

«*Pisa con cuidado y utiliza la nariz para percibir el bosque que te rodea*», murmuró mi loba.

Respiré hondo y me concentré en los olores del bosque. El pino mojado, la tierra y la madera eran los más frecuentes, pero aspiré más aire en mis pulmones, buscando meticulosamente el olor persistente a pelaje y macho.

«*Muévete entre los árboles, allá donde crecen más juntos; hará que sea más difícil perseguirte*».

Siguiendo las órdenes de mi loba, me desvié del camino desgastado y traté de no pensar en todas las omegas que habían corrido por este mismo sendero antes que yo. El denso follaje se tragó la

luz de la madrugada, y me precipité hacia su oscuro abrazo con la esperanza de que fuera suficiente para frenar a mis perseguidores.

El ruido sordo de mis pasos se agudizó a medida que la suciedad se filtraba en mis ampollas. Me agarré a una rama baja y la usé como palanca para saltar una pendiente fangosa. Me dolían los bíceps, pero seguí adelante, subiéndome a una cornisa rocosa sobre el sendero. Las ramas y la maleza se enredaban alrededor de mis piernas, y dejé escapar un silbido de dolor mientras resbalaba en el suelo irregular. Tendría suerte si sobrevivía a la cacería sin una infección.

Un gruñido atravesó el bosque y me volví hacia el sonido. Nada. Escudriñé la línea de árboles, buscando la forma de alguna silueta o movimiento, pero solo las hojas y las raíces captaban mi atención. No sirvió para que mis nervios se calmaran. La tensión se enroscó alrededor de mis hombros y ralentizó cada uno de mis pasos. Silenciosa como un gato al acecho, me arrastré hacia adelante, sin atreverme siquiera a respirar.

«*Escucha*», me advirtió mi loba.

El bosque se había quedado en silencio. Las ardillas, los pájaros y los insectos estaban en silencio. Todas las criaturas vivientes contuvieron la respiración. El pavor se enroscó en la boca de mi estómago y el calor se acumuló entre mis muslos.

Un depredador andaba cerca.

Y yo era su presa.

Salté ante el chasquido resonante de una rama. Con el pecho agitado, tragué bocanadas de... lluvia. Lluvia, canela, pachulí picante y musgo.

Otro chasquido.

Me retorcí, captando el destello de una cola negra.

Más chasquidos.

«*Necesitamos una distracción*», siseó mi loba.

Una ola de calor avivó las brasas de mi necesidad, la piel me ardía en presencia de los machos.

Se me erizaron los pelos de la nuca. Una conciencia punzante cambió mi enfoque y el mundo

que me rodeaba se volvió más claro. Giré la cabeza hacia la izquierda y jadeé cuando un par de ojos azules árticos chocaron con los míos.

El lobo era enorme, más grande que cualquier cosa que hubiera visto en mi vida, y yo gemí de necesidad incluso cuando el pulso se me aceleró.

Eché a correr.

La sangre me latía en los oídos mientras huía. Se oyó un aullido detrás de mí, seguido rápidamente por otros dos. Unos pasos pesados sacudieron la tierra bajo mis pies, olvidándose de la necesidad de sigilo, seguros de la captura de su conquista.

Estaban ganando distancia. Por el rabillo del ojo, vi destellos de pelaje negro y castaño moviéndose entre los árboles.

Había una depresión en el terreno quince pasos más adelante, un valle hundido de profundidad desconocida. Era arriesgado, pero mi única oportunidad. Los gruñidos se hicieron más fuertes, y casi podía sentir su aliento besándome la nuca.

Un sudor frío me corría por la frente y los pezones se me agitaban por la emoción de que me persiguiesen. Mis perseguidores emanaban un poder en bruto, y alguna fuerza arraigada me instaba a someterme, a dejar que hicieran conmigo lo que quisieran.

Sobre mi cadáver.

Reuniendo todas mis fuerzas, me lancé por el declive. Me castañearon los dientes por la fuerza con la que mis extremidades se estrellaron contra la tierra. Rodé, deslizándome por el terreno despiadado mientras las ramas me perforaban la piel.

Un grito escapó de mis labios mientras me detenía en el fondo de un valle. El sonido del agua corriendo me hizo ponerme de pie, pero las rodillas se me doblaron cuando traté de hacerlo.

«Esto no me puede estar pasando».

Los arbustos crujieron cerca, y otro lobo, rojo y amenazador, entró con aire acechador en el claro. Chasqueó las mandíbulas en señal de advertencia, y yo le respondí con un gruñido. No dejaría que me llevaran, ni él ni nadie.

Su cuerpo se quedó quieto, y un gruñido bajo y amenazador reverberó en su pecho.

Se abalanzó hacia delante y me quedé paralizada, la conmoción me dejó el cuerpo inservible. Sus afilados incisivos goteaban saliva, y me estremecí al imaginarlos hundiéndose en mi carne. Cerré los ojos con fuerza y contuve la respiración, esperando el inevitable dolor de una mordedura.

El ruido sordo que producen al chocar la carne y los huesos resonó en mis oídos, seguido de un gemido ensordecedor. Cuando miré la escena que tenía ante mí, encontré un enorme lobo blanco gruñéndole a la bestia roja. Se enfrentaron en un borrón de pelaje y garras, golpeándose el uno al otro con feroces golpes.

Apareció un lobo negro que se acercó, protegiéndome de la refriega con su cuerpo. El gruñido enloquecido de un recién llegado resonó en el bosque, y un lobo gris se abalanzó sobre el blanco solo para ser interceptado por un corte de garras brutal del lobo castaño.

Se estaban peleando por mí.

Alarmada, busqué una vía de escape, alejándome lentamente de mi guardián negro.

Había una pequeña brecha entre los arbustos, lo suficientemente grande como para que pudiera ver una masa de agua en movimiento: un río.

Me mordí la lengua mientras me ponía en cuatro patas para gatear. Los pies heridos me palpitaban, cada corte, roncha y ampolla me destrozaba las plantas.

No podía ponerme en pie ni correr, no en este estado.

El abdomen se me contrajo, y el olor a lluvia fresca y clavo especiado me hizo gemir lo suficientemente fuerte como para llamar la atención del lobo negro. Mierda.

Sus fosas nasales se ensancharon y sus ojos innegablemente humanos brillaron antes de volverse, rígido, hacia las amenazas.

Mi loba ronroneó ante el despliegue de su protección. Se acicaló con satisfacción y me empujó a competir por el favor del macho.

«*Traidora*», la amonesté a través del vínculo.

«Compañero. ¡Necesito a nuestro compañero ya!».

«*Ni de coña*», le dije a mi loba. «*Hace un momento, querías que huyera despavorida, y ahora*

estás lista para lanzarte encima de cualquier hombre».

«*No son cualquier hombre. Son nuestros compañeros. Nuestros*», repitió con una posesividad que nunca antes le había escuchado.

El terror ante su implicación puso mi cerebro en marcha. Necesitaba escapar, rápido.

Me acerqué al agua sin apartar la mirada del lobo negro mientras el rocío del río me hacía cosquillas en las yemas de los dedos. Era una idea espectacularmente estúpida, pero era mi única opción.

Solo tenía que meterme en el agua y dejar que la corriente me llevara. Tal vez sería lo bastante rápida como para perder a esta unidad.

Conteniendo la respiración, me alejé de los lobos. Mi último hilo de esperanza me empujó hacia mi objetivo, y el sonido de la batalla se convirtió en nada más que ruido de fondo.

Un calambre espasmódico me inundó el corazón, entrelazando el dolor con la necesidad. A pesar de la temperatura fría, sentía que me quemaba de adentro hacia afuera. Olí cada deliciosa nota de los machos que me rodeaban.

Mi cuerpo traidor se volvió resbaladizo entre mis muslos.

El lobo negro se volvió hacia mí, sin duda oliendo la dulzura descarada de mi celo. Se acercó corriendo, resoplando mientras maniobraba para poner su cuerpo entre el río y yo.

Me inmovilizó con una mirada cómplice, casi retándome a desafiarlo.

No me quedaba ningún lugar al que huir.

La realidad me arañó la compostura. Me llevé una mano al collar que llevaba al cuello, intentando de forma estúpida aferrarme a mi dignidad.

Iban a reclamarme, y no había nada que pudiera hacer para evitarlo.

Capítulo 4

Alaric

El olor de su dulce viscosidad era un afrodisíaco embriagador, y cada parte de mí, hombre y lobo, quería probarla. Resistí el impulso de inhalar su aroma, casi temblando por el esfuerzo que me costó concentrarme en la batalla que tenía delante. Tenía que protegerla. Sólo dos lobos habían emergido de los árboles; su unidad estaba incompleta.

Luché contra la necesidad de mi lobo de estar cerca de su compañera. Estaba desesperado por enterrar la nariz en su cuello e inhalar su esencia, arraigándola en cada parte de nuestro ser. Otra ola de ese embriagador aroma a fresas y nata capturó mi atención, y mi columna vertebral se puso rígida. Un gruñido vibró en lo profundo de mi pecho, cada nervio despertándose como nunca antes.

Mi reacción no era normal. Había oído hablar del innegable atractivo de la viscosidad de una omega. Sabía el estado en el que pondría a mi lobo, pero esto era algo más.

«*Mi compañera. Mía*», gruñó mi lobo.

La intensidad de su posesividad me hizo reflexionar.

Ella gimió con suavidad, necesitada y angustiada.

Sin dudarlo, me volví hacia mi hembra, incapaz de soportar la idea de que sufriera. Estaba más cerca del río que antes, y entrecerré los ojos.

«*Será bribonzuela*», pensé, impresionado de que todavía estuviera tratando de escapar. Sostuve su mirada. Si hubiera sido humano, me habría quedado sin palabras. Era perfecta. Dulce y suave como los lirios que crecían en la orilla sur de Hidden Creek.

Los gruñidos y aullidos de mi unidad se desvanecieron. Sólo existía la omega, nuestra omega.

La suciedad se adhería a su cara redonda, y tenía mejillas, nariz y esos labios llenos teñidos de rosa por el frío. Su larga cabellera negra le caía por debajo del pecho, las puntas bailaban con el

viento amargo mientras sus cautelosos ojos azules trazaban el ascenso y descenso de mi pecho.

Salté hacia ella y usé el hocico para alejarla del río, con la esperanza de que pudiera sentir que no le haría daño. Sus hombros se encogieron al menor roce, y el miedo impregnó su cremoso aroma, abrasando sus límites y volviéndolo agrio.

El sabor cobrizo de la sangre y la nota acre de su terror manchaban la dulzura azucarada de su viscosidad. Cambié a mi forma humana cuando el inconfundible gemido de un lobo derrotado resonó en el claro, seguido rápidamente por un sonoro golpe. El valle se quedó en silencio, y sentí la victoria de Wynn y Bishop a través de nuestro vínculo.

La omega se estremeció cuando le extendí la mano.

—No me toques —me advirtió.

Fruncí el ceño y me agaché para ponerme a su nivel. Sus ojos recorrieron mi cuerpo, abriéndose de par en par al ver mi longitud dura y oscilante antes de volver a mi cara. Wynn y Bishop se unieron a mí como lobos, y ella nos fulminó con la mirada a los tres.

—No te vamos a hacer daño. —Ladeé la cabeza hacia un lado y le dediqué una sonrisa tímida—. Solo quiero revisar que estés bien. Estás sangrando.

Wynn y Bishop se transformaron, sus huesos crujieron y se reorganizaron en el lapso de un latido del corazón, y los ojos de ella revolotearon entre ellos cuando quedaron frente a ella. Sus pupilas se dilataron mientras otra ola de calor y lujuria hacía que la cabeza se me nublara. Wynn gruñó a mi lado y Bishop se puso tenso.

—Está herida —dijo este último, con un tono suave por la preocupación.

Me pregunté si ese tono relajante era únicamente para el beneficio de nuestra omega.

Ignorándolo, me centré en ella. Le eché una rápida mirada evaluadora y vi laceraciones en las pantorrillas y en las plantas de los pies descalzos. ¿Por qué no había cambiado de forma?

—Voy a revisarte los pies, ¿de acuerdo?

Ella asintió después de un momento. Lentamente, cogí su tobillo entre mis manos y le examiné el pie. Tenía la piel raspada y en carne viva, y me estremecí ante los cortes en su carne inflamada.

Bishop siseó detrás de mí.

—¿Por qué no te transformaste?

La pregunta de Wynn era casi acusadora, y ella retiró el pie de mis manos, tratando de crear distancia entre nosotros. Paseó la mirada entre nosotros como si todavía estuviera pensando en qué hacer con nuestra unidad.

—Wynn —le reprendió Bishop.

—Ignora a Wynn —le dije—. Todavía está aprendiendo a tener modales.

—No la trates como a un bebé. Podría haberse lastimado gravemente porque, como una idiota, eligió echarse a correr sobre dos piernas en vez de cuatro.

—¡Vete a la mierda! —escupió—. Yo no he elegido nada. Ni un solo momento de esta cacería abandonada de la mano de la Diosa ha sido mi elección. No quería correr con este maldito frío. Y traté de transformarme, pero no puedo.

Bishop parpadeó, recuperándose de la conmoción de su arrebato antes que nosotros. Me rodeó para arrodillarse a su lado, y no se me pasó por alto la forma en que echó un vistazo entre sus piernas.

—¿Qué quieres decir con que no puedes transformarte? —preguntó.

—¿Estás lisiada? —preguntó Wynn, arrugando la nariz con disgusto. —Le lancé una mirada asesina, y tuvo la decencia de parecer avergonzado—. Lo siento —murmuró de mala gana.

La omega se volvió hacia Bishop, ignorando a Wynn por completo.

—Creo que es el collar. Cada vez que llamo a mi loba, es como si hubiera un muro entre nosotras que nos mantiene separadas.

Magia.

Mi lobo gruñó al pensarlo.

—Eso tiene fácil solución —dijo Wynn, acercando la mano a su collar.

Ella se precipitó fuera de su alcance, se estrelló contra el pecho de Bishop antes de rehuir

también de él. Wynn gruñó molesto y se abalanzó sobre ella, tratando de reclamar el collar, y ella le arrojó un puñado de tierra a la cara.

—Ah —gritó, llevándose las manos a los ojos.

Eso tenía que doler.

La omega se puso en pie y, cojeando, retrocedió unos pasos. Bishop y yo nos levantamos de un salto y nos extendimos para rodearla. De repente, nos dimos cuenta de nuestra situación. No era nuestra hasta que tuviéramos ese collar, y no parecía que estuviera dispuesta a renunciar a él.

Bishop, en su papel de beta, intentó disuadirla.

—Eh, oye, no te vamos a hacer daño. Tienes mi palabra.

—¿Y por qué debería fiarme de tu palabra? —saltó ella.

Bishop frunció el ceño, pero volvió a intentarlo.

—Puede que hayamos empezado con el pie izquierdo. Yo soy Bishop, este es Alaric. —Me señaló—. Y ese es Wynn —Hizo un gesto con la mano para abarcar a un Wynn de ojos rojos, y ella frunció el labio. Podría haber jurado que vi intriga en su expresión—. Somos de la manada de Hidden Creek.

Paseó la mirada de uno a otro, contemplando cómo adoptábamos posición de firmes.

—Si os pensáis que eso significa algo para mí, la lleváis clara.

Le di vueltas a sus palabras en la cabeza, descifrando este nuevo dato. O sea que era cierto que las omegas no sabían nada sobre las manadas autorizadas.

—¿Cómo te llamas? —Las palabras salieron de mi boca antes de que pudiera detenerlas.

Ella volvió esos ojos preciosos y brillantes hacia mí, y casi gemí. Por un momento, pensé que no me iba a responder, por lo que me sorprendió cuando sí lo hizo.

—Isolde.

Un coro de gruñidos de satisfacción brotó de nuestros pechos, y nuestros lobos no se quedaron atrás. El vínculo entre nosotros se estremeció con placer y hambre. Un latido resonó en la base

de mi cráneo y la polla se me puso dura.

—Isolde —ronroneé—, tenemos que hacernos con ese collar. Si no, sigues participando en el juego.

Sus ojos se abrieron de par en par mientras la indecisión la inmovilizaba. Finalmente, su boca se asentó en una delgada línea y cuadró esa elegante mandíbula suya con determinación.

—No.

—¿No? —preguntó Wynn, dando un paso adelante. El alfa que había en él poniéndose alerta ante la idea de un desafío.

Bishop le frenó con una mano para evitar que siguiera avanzando. Wynn se detuvo, pero su mirada helada permaneció fija en el collar que le rodeaba el cuello.

—Eres consciente de que te hemos atrapado, ¿verdad? —intervino Bishop—. Nosotros somos tus compañeros y tú eres la nuestra. El juego ha terminado.

—Tal vez —respondió ella, arrastrando los pies hacia atrás.

No iba a venirse con nosotros sin luchar, eso estaba claro. Pero, ¿por qué? ¿Qué otra cosa esperaba ganar si no eran compañeros y una manada? Sus palabras pasaron por mi mente.

«Yo no he elegido nada».

No eran las palabras en sí, sino el significado oculto detrás de ellas. No estaba hablando de la cacería, estaba hablando de algo más. Pero el hecho era que, si no nos asegurábamos de que el collar fuera nuestro, otra unidad podría arrebatarla.

Mi lobo gruñó.

«Nadie le va a poner una mano encima a nuestra compañera. Reclámala ya mismo».

«¿Qué crees que estamos intentando?», le espeté.

«No lo intentáis con bastante ahínco», declaró mi lobo. «*Marcadla. Fecúndala con nuestros cachorros para que todos sepan a quién le pertenece*».

Me inclinaba a posicionarme a favor de mi lobo. La idea de que Isolde estuviera hinchada con

nuestro cachorro hizo que se me pusiera más dura que nunca.

Escudriñé el claro, midiendo la distancia que había entre ella y el río. Bishop me miró de reojo y yo le hice un gesto imperceptible con la cabeza. Si Isolde no atendía a razones, tendríamos que demostrarle nuestra valía después de la cacería. Reprimí la culpa y me recordé a mí mismo que solo estaría a salvo una vez que nos la lleváramos a Hidden Creek, y que haría lo que fuera necesario para llevarla hasta allí, incluso si eso significaba sujetarla para poder cortarle el maldito collar yo mismo.

Bishop se movió tan rápido que ella apenas tuvo tiempo de jadear, le rodeó la cintura con una mano y la pegó a su pecho, agarrándole las muñecas por delante cuando empezó a arañarle el brazo. No dejaba de retorcerse y patlear, mostrando su sexo chorreante con cada sacudida salvaje.

Por la Diosa, esa túnica era todo lo que llevaba puesto.

—Suéltame, gorila —gritó.

Contuve la risa cuando Wynn avanzó hacia delante, evitando por poco una patada en la ingle.

—Tengo que admitir que me impresiona tu ímpetu —dijo—. Por más inútil que sea.

—Deja de jugar con ella y quítale el maldito collar ya. Ya es hora de que nos la llevemos a casa —le dije a Wynn. Isolde me fulminó con la mirada y yo me encogí de hombros—. Mejor nosotros que cualquier otro, omega. No dejaremos que te pase nada.

Ella resopló, estirando el cuello mientras las manos de Wynn rodeaban el collar. Encontró el cierre, y el chasquido de la anilla al abrirse reverberó en el claro. Wynn le retiró el dispositivo por encima de la cabeza, y Bishop aflojó inmediatamente los brazos, pero no lo soltó.

Observé cómo le subía y bajaba el pecho a Isolde, su rabia fue visible durante un breve instante antes de que la contuviese y se apartase de Bishop.

—Felicidades —se burló ella, llevándose las manos a las caderas lanzándonos cuchillos con la mirada a cada uno de nosotros.

Wynn bajó la vista hacia el collar que tenía en las manos y se le oscurecieron los ojos mientras lo giraba entre los dedos. Me lo arrojó, y yo siseé cuando el metal helado me golpeó las palmas. Dirigí la vista a la gruesa banda roja alrededor del cuello de Isolde. El dolor debía de haber sido

agonizante.

Maldije por lo bajo al darme cuenta de que su delgada túnica no le proporcionaba ningún calor. A pesar de que las cambiaformas tenían temperaturas corporales más altas, no quería decir que no pudiera congelarse. Sus lesiones podrían volverse permanentes si no se le concedía el tiempo adecuado para sanar. La furia me hirvió en la sangre y le arrojé el collar a Bishop.

—Está hechizado, sin duda. La magia tiene capas, como si alguien lo hubiera hechizado varias veces. —Bishop hizo una mueca de dolor cuando el objeto le tocó la piel. —Joder, esto es magia negra. ¿Cómo demonios lo ha conseguido el Consejo?

Las brujas y los cambiaformas no habían puesto un pie fuera de sus propias tierras desde la guerra. El cruce entre especies estaba prohibido, aunque corría el rumor de que cosas así ocurrían en tierras no autorizadas. Los lobos no autorizados y los rebeldes que necesitaban protección a veces, llevados por la desesperación, ofrecían sus servicios a las brujas y viceversa.

Antes de que nadie pudiera responder, Isolde se dobló sobre sí misma. Un gemido, más de lobo que de humano, salió de sus labios. Su olor se hizo más intenso, y necesité cada gramo de autocontrol para evitar hacerla mía ahí mismo. A juzgar por la mandíbula apretada de Wynn y el temblor de las manos de Bishop, ellos sentían lo mismo.

No quedaba mucho tiempo para que nuestra omega entrara en una fase de celo en toda regla. Si así era como olía el preludio, no podía imaginarme cómo sería en unos días, o puede que una semana, cuando diera comienzo su verdadero celo.

Bishop se acercó a ella, que le cogió la mano movida por el instinto, apoyándose en él en busca de soporte.

—Vámonos a un lugar abrigado —dijo en voz baja.

Isolde hundió los dientes en su labio inferior mientras contemplaba su respuesta.

—Está bien —respondió finalmente—. Vamos.

Capítulo 5

Isolde

—Déjame que te lleve —me propuso Bishop mientras los demás se detenían más delante.

No me quitaban los ojos de encima, y el olor de su lujuria se entremezclaba con el mío. Por la Diosa, cómo los odiaba.

Odiaba todo lo que relacionado con esto.

Mi loba maullaba y se retorció, desesperada por satisfacer la creciente necesidad entre mis piernas.

No ayudaba que todos fueran tan guapos. Eran masculinos, duros y dominantes, una combinación que pensé que despreciaría; en cambio, notaba cómo las partes más femeninas de mí ansiaban su cercanía.

Si Bishop no fuera tan sexy y no tuviera los pies tan destrozados, seguramente me negaría. Pero no contaba con esa suerte y, al fin y al cabo, me habían atrapado. Yo les pertenecía, me resistiera o no, y solo tenía un propósito que cumplir en nuestra dinámica.

Asentí con la cabeza, y acertó al instante la distancia que nos separaba. Me agarró la parte posterior de los muslos con sus manos grandes y ásperas y me levantó en sus brazos. Un gemido humillante escapó de mis labios. Su cuerpo se puso rígido en respuesta, y su longitud hinchada se frotó contra mí. La delgada tela de mi túnica era lo único que nos separaba.

Notó que me ardía la cara y busqué algo que decir para ocultar mi vergüenza.

—No pasa nada, Isolde. Es algo natural. —Bishop me ofreció una sonrisa amable—. Si te hace sentir mejor, todos estamos un poco... al límite.

Resoplé.

Los hombres prosiguieron con su camino, con Alaric y Wynn flanqueando a Bishop y

protegiéndome por todos lados. Algo desconocido se me contrajo en el pecho y, por un momento, casi pude olvidarme de dónde estábamos. Por un instante, fui simplemente una hembra, segura en los brazos de sus machos.

Alaric soltó una risita.

—Habla por ti. Yo he traspasado ese límite hace unos cinco minutos. —Sus tentadores ojos azules se clavaron en los míos y el rostro me prendió en llamas.

Mientras avanzábamos por el bosque cubierto de maleza, estudié a los machos que me habían reclamado.

A Bishop le correspondía el aroma lluvioso que había detectado en el claro, limpio y nítido con un ligerísimo toque a menta. Sus ojos grises y reflexivos contrastaban maravillosamente con su piel color canela y su cabello oscuro; sus rasgos robustos, labios carnosos, pómulos altos y mandíbula cuadrada, me dejaron sin aliento.

Alaric era una estatua griega que había cobrado vida, con su rostro perfectamente simétrico y sus ojos azules verdosos. Sus rizos color caramelo rozaban la piel bronceada de sus hombros al caminar, y reprimí un gemido cuando su aroma a cuero, musgo y canela flotó sobre mí.

Y luego estaba Wynn, el etéreo alfa. Con su piel pálida, el cabello blanco y unos ojos azules glaciales me recordaban a una tormenta de invierno. Su rostro era afilado, pero su boca ancha y sensual evitaba que resultase cruel. Un aroma a clavo, mirra y sándalo emanaba de su piel.

Los ojos de Wynn se clavaron en los míos y un estruendo brotó de su pecho. El sonido se disparó directamente entre mis piernas.

Las fosas nasales de Bishop se ensancharon.

—Joder, me estás matando, omega —gimió Alaric.

—¡No puedo evitarlo!

—Al menos sabemos que está contenta con nosotros. —Sonrió Wynn.

Gracias a la Diosa, el edificio principal apareció más adelante.

Un dignatario del Consejo esperaba al pie de una escalera que conducía a una parte del edificio

que nunca había visto antes, su mueca de desprecio me resultaba demasiado familiar. Era el mismo imbécil que vino a recogerme al internado.

Bishop miró de arriba abajo al macho con una mirada que prometía dolor, y su gruñido retumbó a través de mi cuerpo. Al instante, Alaric y Wynn fijaron sus ojos en el macho.

Eran un frente unido.

—Vigila la forma en que miras a nuestra omega —le advirtió Bishop.

El funcionario palideció, y mi loba hinchó el pecho con suficiencia y satisfacción.

«*Nuestros machos nos están defendiendo*», se regodeó. «*Ojalá lo maten*».

«*Nada de matar*», la reprendí. «*Pero no me importaría que le dieran una paliza*».

Cuando entramos en el edificio, una funcionaria alfa dio un paso al frente.

—Unidad de Hidden Creek, mis felicitaciones. Han atrapado a una omega en su primera cacería.

Wynn le entregó en silencio mi collar, y ella lo aceptó con una sonrisa tensa, sin tomarse el desaire de mi alfa con demasiada amabilidad.

Mi alfa.

La idea me llenó de emoción y temor.

—¿Dónde está el papeleo que hay que cubrir? Nos gustaría llevarnos a nuestra omega a casa lo antes posible. —Wynn habló con autoridad absoluta—. También me gustaría presentar una queja contra su funcionario. Le sugiero que le enseñen la forma apropiada de comportarse con la compañera de alguien, la siguiente unidad podría optar por arrancarle la garganta de cuajo.

A la funcionaria casi se le salen los ojos de las cuencas.

—Le pido disculpas, alfa. Retiraremos a Jed del recinto de inmediato. —Desvió la mirada a mis otros dos compañeros, haciendo un esfuerzo por no mirar sus enormes erecciones. Aclarándose la garganta, continuó—: Firmarán el papeleo enseguida. Respecto a su marcha, son libres de hacerlo una vez completen el vínculo.

Mi cuerpo se puso tenso.

—¿De qué habla?

La funcionaria me dirigió una mirada comprensiva.

—De acuerdo con la regulación, solo las omegas vinculadas pueden irse. Hasta que no se vinculen, técnicamente sigue perteneciendo al Consejo.

—Ah —dije en voz baja.

Sabía que necesitábamos vincularnos a ellos, pero no pensé que tuviera que ser tan pronto. Acabábamos de volver de ese puñetero bosque.

—¿Se nos facilitará una habitación al menos? —preguntó Alaric.

La funcionaria se puso muy recta.

—Sí, por aquí. Enseguida vuelvo para ejercer de testigo, entonces podrán empezar.

Bishop frunció el ceño.

—¿Testigo? No estábamos al tanto de eso.

Palidecí. ¿Testigo? O sea, que alguien iba a estar mirando mientras hacíamos... *eso*. La mujer asintió.

—Es la normativa. Si no desean que sea yo, pueden elegir a cualquier funcionario que quieran.

—No, así está bien —me adelanté yo antes de que nadie pudiera decir nada.

Esta mujer me miraba como si yo fuera una persona, cosa que ocurría en muy raras ocasiones. No iba a cambiarla por uno de los funcionarios más crueles, sobre todo cuando se trataba de mi vínculo. Si nos negábamos a cumplir, ¿quién sabía qué tipo de persona nos enviarían?

Ella asintió y giró sobre sus talones para guiarnos por el pasillo.

Una mano me acarició los hombros con movimientos reconfortantes. Enterré la cara en el pecho de Bishop, y el sutil zarandeo de su cuerpo debajo de mí fue la única indicación de que nos estábamos moviendo.

Unos minutos más tarde, Bishop me sentó cuidadosamente en una habitación apenas iluminada.

Mis pies se posaron sobre una alfombra de felpa y la sensación fue más lujosa de lo que había esperado. Mis nervios alcanzaron su punto álgido y me removí inquieta, sin saber qué esperar. Nunca antes había estado tan cerca de unos machos, pero el Consejo esperaba que me vinculara a ellos frente a un testigo.

«*Es natural. Yo te guiaré*», ronroneó mi loba.

Me obligué a inspeccionar la habitación, pero en cuanto mis ojos se posaron en la enorme cama, los sencillos muebles de madera y la única ventana desaparecieron de mi vista. Sentí que la sangre me abandonaba la cara. Mierda.

—Omega —me llamó Wynn—, ¿pasa algo?

—Yo... yo nunca... —Miré a la cama y luego a él, con la esperanza de ahorrarme la vergüenza de tener que expresarlo en voz alta.

Sus ojos se suavizaron con comprensión. Me acarició la mejilla y me apoyé en el calor de su piel.

—No te preocupes, haremos que te sientas bien —murmuró con voz áspera.

El potente aroma de la unidad se arremolinó a mi alrededor mientras Alaric entrelazaba sus manos en mi cabello. Me masajeó el cuero cabelludo, arrastrando los dedos hacia la base de mi cráneo y ahuecando la parte posterior de mi cuello.

—Así es, cariño. Ahora eres nuestra y vamos a cuidar de ti —susurró Alaric.

Me dejé hundir en su caricia pecaminosa, ansiando más.

—Justo así, Isolde —dijo mientras mi espalda chocaba contra la rigidez de su pecho.

Me rozó los laterales de los pechos con los dedos, y se me entrecortó la respiración mientras Wynn nos observaba con una concentración implacable.

—Vamos a desnudarte —anunció Bishop, ante lo que yo gemí, asintiendo.

«*Van a cuidar de mí*», pensé, mientras mi mente flotaba.

El aire frío me golpeó la piel cuando Bishop me quitó la túnica. Los pezones se me endurecieron cuando la mano de Alaric me rodeó el pecho, y su silbido de apreciación se unió a los gruñidos

que se escuchaban en la habitación.

Wynn se agarró la gruesa polla y se la acarició de arriba abajo con brusquedad una sola vez.

Alaric me pellizcó el pezón, enviando una sacudida de placer por mi columna. Deslizó las manos a lo largo de los costados de mi cuerpo y me alzó las rodillas, cargando con el peso de mi cuerpo y dejando expuesta la parte más íntima de mí ante Wynn y Bishop.

—Venid a probar a nuestra compañera —ronroneó Alaric.

Me estremecí cuando sus ojos se oscurecieron con lujuria, y ambos se acercaron. Alaric me pasó la lengua por la clavícula y me lamió la piel mientras Wynn y Bishop se ponían de rodillas.

—Joder, estás chorreando —dijo Wynn mientras lamía un rastro en mi muslo.

Bishop copió sus acciones en mi otra pierna, y me estremecí.

—Qué dulce —murmuró Bishop—. Qué bien sabe.

Wynn deslizó su lengua entre mis pliegues y solté un gemido. Bishop siguió su ejemplo, deleitándose descaradamente con mi sabor.

Juntos, me lamieron el sexo, y la vista obscena de dos machos dominantes dándose un festín conmigo envió unas sensuales oleadas de lujuria a recorrerme cuerpo.

—¿Ves lo bien que sabes? —me murmuró Alaric al oído—. Mira lo desesperados que estamos por saciar nuestra hambre. —Me pellizcó un pezón entre sus dedos mientras Bishop intercambió su mano por la de él como si nada, para sujetarme de la rodilla.

Me retorcí de placer, buscando más. De repente, los hombres apartaron la boca de mí y yo gimoteé.

—No te preocupes, corazón. Te haremos sentir mejor —me aseguró Bishop, lamiendo mi humedad de sus labios.

Alaric se subió a la cama, llevándome con él, y Wynn se interpuso entre mis piernas. Temblé al verlo acariciándose su duro pene, y mi codicioso centro palpitó al imaginarlo dentro de mí.

Maullé alzando las caderas y suplicando más.

—Creo que nuestra omega está lista para que la llenen —dijo Bishop—. ¿Es eso lo que quieres, cariño? ¿Que Wynn te estire tu dulce coñito?

—Sí —suspiré, demasiado embriagada de lujuria como para que me importara lo necesitada que sonaba.

Alineándose con mi entrada, Wynn metió su gruesa polla en mi interior.

—Joder, qué placentero —dijo con voz ronca—. Y por la Diosa, qué apretada.

Fruncí el ceño cuando algo muy dentro de mí se desgarró con un agudo estallido de dolor, pero Alaric coló la mano entre mis piernas y me frotó el clítoris al ritmo de las embestidas de Wynn, y un placer devastador me consumió una vez más.

La boca de Bishop bajó hasta mi pecho, succionando mis pezones y mordiendo el suave montículo de mi carne.

Wynn me penetró una y otra vez, con un estruendo vibrándole en el pecho a medida que alcanzaba su clímax y me llenaba con su semilla caliente.

Bishop se puso en pie, soltando mi pezón con un chasquido, y envolvió una mano alrededor de su polla gruesa y venosa. Ocupó el lugar de Wynn entre mis piernas, y gemimos al unísono cuando se deslizó dentro de mí.

Agarrándome los muslos en busca de sostén, se enterró hasta la empuñadura, y yo me sonrojé de sorpresa y placer.

Lo necesitaba, mi cuerpo suplicaba instintivamente que lo dominasen.

Los ojos de Bishop se clavaron en los míos conforme entraba y salía de mí con movimientos perezosos y enloquecedores, saboreando la sensación.

—Estás preciosa mientras te follan —susurró Alaric. Me giró la cara y atrapó mis labios en un beso abrasador, devorándome como si estuviera tratando de hacer que me corriese con solo su lengua tortuosa.

Las embestidas de Bishop flaquearon antes de acelerar, volviéndose salvajes hasta que inundó mi sexo con un rugido.

Alaric me dio la vuelta y me sentó sobre su polla tensa en un movimiento fluido. Las manos de Wynn se posaron sobre mis caderas, estrellándome contra Alaric y usando mi cuerpo como si fuera un juguete. Eché la cabeza hacia atrás, unos maullidos lujuriosos brotaban de mi garganta a medida que un orgasmo me atormentaba el cuerpo. Alaric soltó un bramido, llenándome de su semen hasta que éste se me escurrió por los muslos.

La cabeza me rodó hacia un lado mientras Bishop metía mi cuerpo dolorido debajo de las sábanas. Unas extremidades cálidas y pesadas me cubrieron, y el mundo se oscureció.

Capítulo 6

Bishop

Nunca había me sentido tan satisfecho ni tan entero. El vínculo me palpitó en el pecho, atándome a Isolde, el ancla que nos mantenía con los pies en la tierra.

Esperaba sentir celos durante el vínculo de apareamiento, pero, en cambio, solo había habido un entendimiento innato de que era nuestra y había que compartir. El placer que Alaric y Wynn le proporcionaban también me producía a mí placer, al igual que el mío se lo producía a ellos. Cada caricia, lamida, mordisco y roce inundó el vínculo de deseo hasta que los tres fuimos uno.

Eché un último vistazo a la cara dormida de Isolde antes de desenredarme de la cama y dirigirme a la ducha. El chorro de agua caliente me aflojó los músculos y, conforme el baño se llenaba de vapor, encontré consuelo en el peso familiar pero extraño del vínculo de apareamiento. Latía con un afecto abrumador y una necesidad profunda de proteger a Isolde.

Nuestra omega.

Nuestra compañera.

Wynn entró en el baño justo cuando yo salía de la ducha.

—El Consejo nos ha dejado algo de ropa. Supongo que se han cansado de que vayamos por ahí desnudos.

Me froté el pelo con una toalla y bajé el volumen a un susurro.

—Noto algo extraño en este lugar, en el Consejo. No dejo de pensar en ese collar y en cómo echaron a las omegas en el bosque. No me parece correcto, Wynn.

Nuestro vínculo cobró vida, su ira me abrasó las venas al mencionar el collar.

—Lo sé. —Ocupó mi lugar en la ducha y abrió el grifo.

La puerta se abrió a mis espaldas y Alaric se unió a nosotros, frotándose el pecho con una mano.

—Es diferente a cómo pensé que sería —dijo.

Asentí mientras me vestía.

—Es más fuerte.

—No es solo eso —dijo él, pensativo—. Nuestro vínculo es más profundo, más intenso. Es casi como si estuviera dentro de ti.

—Tranquilo, Casanova. No me importa que nuestras espadas se choquen, pero no pienso ir más allá —declaró Wynn, sonriendo.

—Vete a la mierda. —Alaric le arrojó una toalla a Wynn y se metió en la ducha abriéndose paso con los hombros—. Ya sabes a lo que me refiero.

—Sí. —Wynn se pasó la toalla por detrás del cuello.

El vínculo palpitó.

Era un vínculo mucho más intenso que cualquier cosa que pudiéramos describir. Uno que debería haber sido imposible.

Era un vínculo de pareja predestinada a aparearse.

Nunca había sido un cobarde, así que confesé:

—Mi lobo quiere marcarla. Lo necesita.

—Mierda. —Alaric se frotó la cara con la mano—. El mío también.

Para los cambiaformas, marcar a alguien, darle un mordisco permanente que quedaría grabado en su piel era un reclamo. Era una advertencia para otros cambiaformas de que la persona era un límite infranqueable.

Las marcas de reclamo eran sagradas, irreversibles.

Si te alejabas de una pareja, tu marca permanecería sobre ella durante el resto de su vida. Era la razón por la que muchas unidades vinculadas nunca marcaban a sus omegas ni les permitían a

ellas marcarlos.

No hacía falta que Wynn dijera nada, sentía su necesidad.

—Nadie va a marcar a nadie hasta que sepamos más sobre ella. Hasta que ella también quiera —dijo Wynn—. ¿Alguno de los dos tiene alguna idea brillante sobre cómo vamos a integrar a Isolde en la manada? —agregó, cambiando de tema—. He estado pensando en ello —murmuró, poniéndose la ropa que le habían proporcionado antes de cruzarse de brazos y apoyarse contra el lavabo—. Es evidente que el Consejo mantiene a las omegas en la ignorancia. Son incluso más ingenuas de lo que nos habíamos planteado.

—¿Por qué hacerlas tan vulnerables? —quise saber—. No tiene sentido. Si son tan sumisas y débiles como asegura el Consejo, ni siquiera las omegas más fuertes serían capaces de superarnos. ¿Por qué mandarlas al bosque sin nada? ¿Por qué restringirlas con collares hechos de magia negra?

Alaric cerró el grifo.

—Juego sucio. El Consejo excomulgó a las brujas de la comunidad de cambiaformas después de la Guerra Negra, y la cacería no comenzó hasta diez años más tarde. Las leyes son estrictas en cuanto al castigo por albergar objetos mágicos, y peores aún si te atrapan usándola o haciendo tratos a cambio de hechizos o maleficios. Y, aun así, de alguna manera, el Consejo está utilizando ese collar para la cacería. Eso solo puede significar una cosa: alguien está rompiendo las reglas y haciendo tratos con las brujas de nuevo.

—¿Pero a qué precio? —Wynn frunció el ceño mientras contemplábamos sobre qué más mentía el Consejo.

—Tenemos que llevarnos a Isolde a Hidden Creek lo antes posible —dije—. Entonces podremos pensar en lo que el Consejo está o no ocultándonos.

La puerta chirrió e Isolde entró a trompicones en el cuarto de baño. Su larga cabellera le caía sobre sus pechos turgentes y las puntas casi rozaban la cintura.

Mis ojos siguieron las líneas de su cuerpo, impotentes y atraídos por su sexo rosado e hinchado. El aire se volvió denso con su dulce aroma a fresas y nata, y mi gruñido resonó en el baño.

Los ojos de Alaric se fundieron mientras ella lo miraba con una expresión tímida e insegura.

—Puedo oler tu dulce viscosidad, cariño. —Le acarició el cuello con la nariz y mi longitud se engrosó cuando ella ladeó la cabeza hacia un lado—. ¿Necesitas que te lama hasta dejarte limpia?

El rostro de Isolde se puso rosado y luego rojo. Hundió los dientes en su labio inferior.

«Por la Diosa, esta hembra me va a matar».

Ella gimió en respuesta, y Alaric la sentó sobre el mueble del lavabo. No perdió tiempo en abrirle los muslos y enterrar la cara entre ellos. Isolde enterró los dedos en su pelo húmedo y gritó mientras Wynn dejaba un rastro de besos calientes a lo largo de la columna de su garganta.

Toda mi atención estaba centrada en el éxtasis de nuestra compañera, en los movimientos seguros de mi unidad mientras le daban placer. El voyerismo nunca me había interesado antes, pero había algo innegablemente erótico en ver cómo Alaric le acariciaba los pliegues con la lengua y Wynn veneraba sus pechos.

Quería ahogarme en los jadeos y gemidos de Isolde.

Me acerqué al lavabo, increíblemente duro, y abrí los labios de su sexo con dos dedos. Alaric soltó un gruñido de satisfacción y continuó chupando y estimulándole el clítoris.

A Isolde le temblaron los muslos y exhaló en jadeos cortos y roncós. Se encontraba al límite y, cuando el clímax por fin le inundó los muslos, Alaric sonrió.

Mientras las réplicas le recorrían el cuerpo, Wynn se dirigió la bañera para prepararle un baño. Yo la alcé en brazos, la acomodé entre las burbujas y le deposité un suave beso en los labios.

—Date un baño —murmuré—. Nosotros estaremos al otro lado de la puerta.

—Vale —respondió ella con voz ronca.

Alaric, Wynn y yo salimos del baño. Una silenciosa comprensión atravesó el vínculo. Estábamos en sintonía con ella, obligados a satisfacer la lujuria que impregnaba el aire cuando ella estaba cerca. Su placer cantaba a través del vínculo como una corriente eléctrica. Si eso era lo que se sentía al estar cerca de una omega, al tener una, no era de extrañar que las manadas hubieran iniciado guerras por ellas.

Mi lobo retumbaba en mi pecho, ansioso de más, pero Isolde no estaba a salvo del Consejo hasta

que estuviese dentro de los límites de Hidden Creek. Eso fue lo único que me dio la fuerza necesaria para contenerme.

—Bueno, ¿qué pasa cuando nos la traigamos a la manada? —preguntó Alaric—. Tendremos unas palabras con los machos, pero me preocupan más las hembras.

Como jefe de nuestros ejecutores, Alaric garantizaba la seguridad de nuestra manada. La vigilancia se había convertido en una segunda naturaleza para él, y yo sabía que ya estaba evaluando los riesgos y determinando qué precauciones tomar.

—¿Crees que intentarán algo? —pregunté, refiriéndome a las hembras alfa y beta de Hidden Creek.

La columna vertebral de Alaric se enderezó cuando asumió el papel de comandante.

—No sabría qué decir. Si bien nuestras hembras generalmente tienen buenas disposiciones, no estoy seguro de cómo les afectará agregar a una omega a la manada.

—Alaric tiene razón. —Me mostré de acuerdo—. Isolde será la única hembra de la manada que podrá tener crías, lo que podría abrir algunas brechas emocionales o psicológicas.

—También tenemos que considerar las implicaciones a largo plazo —continuó Alaric—. Isolde es solo la primera omega de Hidden Creek y, a medida que más unidades asistan a la cacería, las otras hembras de la manada podrían sentirse condenadas al ostracismo. ¿Dónde está su lugar en la manada si no pueden formar unidades familiares por sí mismas?

—Eso no es del todo cierto —intervino Wynn—. Algunas parejas se eligen entre sí a pesar de su incapacidad para tener descendencia.

—Sí, pero ¿cuántos lo harán ahora que la posibilidad de obtener una omega es una realidad? —repliqué yo.

—A mi modo de ver, una confrontación es inevitable. Tendremos que abordar esto de frente y determinar si esta transición será demasiado difícil de manejar para los miembros de la manada.

—¿Y si sí les es difícil? ¿Y si las mujeres están en contra? ¿Crees que los machos perderán la oportunidad de reclamar a una omega? Preferirán deshacerse de las hembras no apareadas —aseguré.

Sería una traición dejar de lado a nuestras mujeres por una condición en la que no tienen elección. Pero sin omegas, nunca habría otra generación de lobos de Hidden Creek. Nuestra manada se desvanecería hasta quedar reducida a la nada.

No envidaba la posición de Wynn como alfa. Las decisiones que tomaba causaban gran pesar en su alma.

—La aclimataremos a la manada como a cualquier otra persona —dijo Wynn—. Descubriremos qué se le da bien, dónde encaja mejor. Será una parte visible de nuestra unidad. Es probable que las hembras se muestren hostiles al principio, pero mantener a Isolde alejada de ellas no ayudará. En todo caso, esa táctica hará que alberguen más resentimiento.

—¿Qué precauciones debemos tomar? —preguntó Alaric.

—Por ahora, asignaremos a dos ejecutores para que la sigan. Nos aseguraremos de que nunca la pierdan de vista, al menos hasta que podamos determinar cómo la ve la mayoría de la manada.

—Se cruzó los brazos sobre el pecho—. En cuanto a los machos, convocaremos una reunión. Nos aseguraremos de que entiendan que el maltrato a nuestras hembras no apareadas es inaceptable, y que cualquier ofensor será tratado con severidad. Independientemente de sus capacidades, son parte de la manada de Hidden Creek y seguirán siéndolo hasta que decidan irse.

Nos quedamos en silencio, perdidos en nuestros pensamientos, y recé para que nuestra manada diera la bienvenida a Isolde y aceptara los cambios que vendrían con ella. El futuro de Hidden Creek pendía de un hilo.

Capítulo 7

Isolde

El vínculo con Wynn, Bishop y Alaric era... indescriptible.

Insondable.

Mi ira y miedo se convirtieron en lujuria durante la cacería, pero, sentada en el asiento trasero de su Jeep de camino a Hidden Creek, mis nervios volvieron a hacer acto de presencia. Alaric estaba mirando por la ventanilla, con una mano posada sobre mi rodilla como si temiera que me fuera a escaparme. Wynn iba al volante y Bishop en el asiento de copiloto.

Íbamos en silencio.

Pero, ¿qué podía decirles a los tres hombres que se habían follado a esta omega más salida que el pico de una pala hasta dejarme sin sentido? ¿Cómo entablar conversación después de que me hubieran visto desparramada, desnuda y suplicando por ellos?

Diosa, era mortificante.

Y aunque sabía que debía preocuparme por lo que implicaría mi vida en Hidden Creek, solo podía pensar en los tres hombres frente a mí.

Mi loba estaba enamorada de sus olores, contenta con su presencia, como si esto fuera lo que siempre había esperado.

Me froté distraídamente el pecho. El vínculo zumbaba detrás de mis costillas, cada uno de los hilos individuales se trenzaba en un solo cordón que regresaba a mí. A pesar de esas conexiones estrechamente entrelazadas, pude decir sin miedo a equivocarme qué hilo pertenecía a quién.

—¿Cómo lo sientes tú? —me preguntó Alaric de repente.

Dejé caer la mano sobre mi regazo.

—Es... extraño. Cálido. —Podía sentir que los demás también me escuchaban, al parecer podía notarlo a través del vínculo—. Es como si pudiera sentirlos a todos a la vez aquí en el pecho, en un lugar que no sabía ni que existía. —Me encontré con la mirada de Alaric—. ¿Cómo es para ti?

Parpadeó, sorprendido por la pregunta. Era casi como si no esperara que se lo preguntara.

—Es un poco diferente. Nosotros hemos estado vinculados desde la pubertad, como todas las unidades masculinas...

Me eché hacia delante, intrigada.

—¿Todas las unidades se vinculan tan pronto? ¿Para qué?

—Para fortalecer nuestra conexión y establecer quiénes y qué somos el uno para el otro, individualmente y juntos —explicó Bishop, volviéndose hacia mí—. Pero la cosa evoluciona cuando se introduce a una omega.

—Nuestro vínculo es un tanto diferente ahora que formas parte de él. Antes era fuerte, pero le faltaba algo —dijo Alaric—. Ahora que estás tú, noto que está completo, como si me llenase los pulmones de aire después de pasar la vida viviendo bajo el agua.

Mi mirada se cruzó con la de Wynn en el espejo retrovisor. Sus gélidos ojos azules se suavizaron antes de apartar la mirada.

Su franqueza me dio coraje. «*Son mis compañeros*», me recordé. «*No me harán daño*».

Así que hice algo que el internado desaprobaba, algo por lo que me habrían encerrado en la sala de castigo durante días y días.

—¿Qué vais a hacer conmigo? —pregunté tentativamente.

El coche se quedó en tal silencio que aquello parecía un funeral. Su conmoción resonó a través del vínculo, seguido de un pico de ira.

Un pánico candente me recorrió por entera y traté de rectificar inmediatamente.

—No era mi intención ofender a nadie. Sólo me lo... preguntaba —la última palabra salió como un susurro.

—Eh. —La voz de Alaric me recordaba a nubes de azúcar derretidas, cálida y suave, mientras volvía mi rostro hacia el suyo con su dedo—. No vamos a hacer nada contigo. Eres nuestra compañera.

Incluso yo podía sentir que mi confusión se filtraba por el vínculo, seguida de la vergüenza que provenía de proyectar esa emoción tan fuerte. Tomé nota mental de aprender a proteger mis emociones.

—¿Qué pensabas que íbamos a hacer? —preguntó Wynn, con el rostro cuidadosamente inexpresivo.

Consideré cuánto revelar. ¿Pensarían que era una estúpida por no saberlo? Mi debilidad encendió un fuego dentro de mí, nacido de las mismas brasas que mantuvieron intacta mi dignidad durante los años en el internado.

Hice a un lado la necesidad instintiva de complacer a mis compañeros y me aferré a ese núcleo de independencia, de resistencia.

No importaba lo que pensarán. Necesitaba respuestas. Necesitaba saber en qué me estaba metiendo.

—No sé qué esperar. —Alcé la barbilla—. Nunca antes había estado cerca de una manada.

—¿Sabes cómo funcionan? —preguntó Bishop, con un tono tranquilizador y uniforme.

Negué con la cabeza.

—La estructura de una manada no se nos enseñaba en el internado, se esperaba que... lo aprendiéramos de nuestros compañeros.

Otro lapso de silencio se apoderó del coche, este más puntuado que el anterior. Aunque no se miraron entre ellos, juraría que se estaban comunicando de alguna manera.

Bishop asintió, y los cálidos dedos de Alaric se enroscaron alrededor de los míos.

—Muy bien, entonces aprovecharemos al máximo este viaje, y cualquier tema que no nos dé tiempo de discutir, ya lo hablaremos en casa.

El corazón se aceleró ante la mención de «casa».

—Vale.

—Comenzaremos con lo básico —dijo Alaric—. Cada manada está liderada por un alfa...

—El nuestro es Wynn —intervino Bishop.

—Ellos son los líderes. La cima de la jerarquía, el lobo más fuerte y dominante. También son los responsables de la manada, la guían y la protegen. La segunda posición más alta es la del beta...

—Servidor. —Sonrió Bishop.

Alaric puso los ojos en blanco, pero continuó.

—Son directamente responsables de llevar a cabo las órdenes del alfa y ocuparse de los problemas comunes que ocurren en la vida cotidiana y política. También es responsable de castigar a aquellos que pongan a la manada en un riesgo innecesario. Después está el gamma, que suele ser el ejecutor jefe, también llamado capitán, aunque no tiene por qué serlo. En nuestro caso lo así es —dijo Alaric, guiñándome un ojo.

Algo en el pecho me latía con fuerza. De alguna forma, registré quiénes eran cuando los recibieron con dignatarios a su vuelta, pero no fue hasta este momento que el peso del papel que yo iba a desempeñar me caló hondo.

Me había apareado a la unidad alfa.

—Después están los ejecutores; son nuestros defensores entrenados. Protegen nuestras tierras y a nuestra manada en tiempos de tensión o guerra, y garantizan que la seguridad de los miembros sea la máxima prioridad. Después de ellos están nuestros miembros, todos ellos tienen sus propios oficios y trabajos. Cada miembro contribuye a la manada de alguna manera.

El orgullo en la voz de Alaric era evidente, y tuve que admitir que tenía más curiosidad que nunca por ver cómo era esta manada en persona.

Le sonreí sin saber qué decir. La idea de que tanta gente hiciera algo más que existir uno al lado del otro me era incomprensible.

Los ojos de Wynn se encontraron con los míos en el espejo retrovisor y un calor constante se filtró a través de mi pecho.

—No hay necesidad de ponerse nerviosa, estarás con nosotros. Ahora somos tu manada.

Por extraño que parezca, le creí.

—Te has quedado muda —murmuró Alaric contra el contorno de mi oreja.

Un escalofrío me recorrió la columna vertebral mientras contemplaba el extenso territorio más allá de los postes perimetrales.

—Deja de incordiarla —refunfuñó Wynn desde mi otro lado.

Bishop sacó mi única bolsa de equipaje del maletero mientras nos dirigíamos hacia el edificio de seguridad. Los ejecutores flanqueaban la puerta principal, vestidos de negro de pies a cabeza. A diferencia de los funcionarios del Consejo, los ejecutores de Hidden Creek estaban repletos de músculo ganado con esfuerzo.

—Bienvenido de nuevo, Alfa Wynn —dijo uno de los ejecutores, inclinando la cabeza—. Beta, capitán —saludó a Bishop y Alaric.

Cierto, no eran una unidad cualquiera. Eran los tres lobos de más alto rango en Hidden Creek, los que hacían cumplir las reglas y protegían a la manada. Y ahora, yo era su compañera.

Por la Diosa.

El segundo ejecutor los saludó de la misma manera. Sentí sus ojos sobre mi piel y me preparé para las muecas y las miradas de disgusto. En cambio, me topé con una curiosidad transparente.

El primer ejecutor me dedicó una sonrisa encantadora pasándose una mano por el pelo largo y del color de la arena.

—Yo soy Valor. —Señaló al ejecutor de piel más oscura que estaba a su lado—. Y este es Bowen.

—Isolde —dije, sorprendida de que se dirigieran a mí.

—Confío en que todo haya ido bien en mi ausencia —dijo Alaric detrás de mí, deslizando una mano posesiva alrededor de mi cintura.

Valor asintió con la cabeza, apartando expresamente la mirada de mí.

—Todos han permanecido dentro de los límites del territorio en vuestra ausencia, y no ha habido incidentes.

—Muy bien. Convoca a los machos. Habrá una reunión dentro de una hora, y el alfa quiere que todos asistan.

Wynn me cogió de la mano para guiarme más allá de las puertas, y cuando la piel me hormigueó ante su contacto, caí en la cuenta de lo poco que me tocaba. Alaric y Bishop se mostraban más abiertos a la hora de mostrar su afecto, casi como si no pudieran evitarlo, pero Wynn era más reservado.

¿Se sentía incómodo conmigo?

Mi loba se echó hacia delante, distrayéndome de mis preocupaciones mientras se apretaba ansiosamente contra mi piel.

Respiré hondo, oliendo a hierba, pinos y hayas. Atisé un grupo circular de casas a lo lejos con gente dando vueltas.

Sabía que las manadas eran privadas y preferían vivir donde pudieran cambiar de forma libremente, pero no me esperaba esto. No me esperaba un... pueblo.

—Hidden Creek es casi completamente autosuficiente —me explicó Wynn mientras nos encaminábamos hacia su centro—. Agricultura, textiles, maquinaria, la tecnología, medicina... Todo lo encontrarás aquí, en las tierras de la manada.

Asentí, haciendo contacto visual con algunos miembros de la manada que asomaban por las tiendas y las casas.

Eché un vistazo al denso bosque que rodeaba Hidden Creek.

—¿Cómo de grande es vuestro territorio?

—Tenemos doscientas cuatro hectáreas de tierra, la mayoría de las cuales son bosques —dijo Bishop, saludando con la cabeza a los miembros mientras avanzábamos por la carretera.

Mi loba ronroneaba, contenta, y el calor me inundaba las venas. Reparé en cada característica del territorio, catalogando las hojas, los pájaros y las personas en cada oportunidad que se me presentaba. Quería desesperadamente dibujar este lugar lleno de vida.

Nos acercamos a una cabaña de madera de dos pisos en el centro del pueblo. De camino a Hidden Creek, Alaric me había contado que la casa del alfa estaba en el epicentro de la manada.

«Casa», susurró mi loba.

Una vez dentro, me quedé boquiabierta ante el interior immaculado. La cabaña contaba con techos altos, un diseño de espacio abierto, muebles lujosos y alfombras de piel, sin mencionar el olor de mis compañeros, que estaba impregnado en todo. Inhalé cuero, lluvia y especias mientras recorría el espacio con timidez. Era extraño pensar que iba a vivir aquí, entre tantos lujos y comodidades.

Me di la vuelta para encontrarme a mis tres hombres junto a la puerta, esperando a que dijera algo.

—Es increíble —dije, buscando con torpeza las palabras adecuadas—. No puedo creer que vaya a vivir aquí.

—Puedes cambiar cualquier cosa que no te guste —me dijo Wynn, con la piel tensa alrededor de los ojos.

—No, de verdad, es perfecto.

Bajó los hombros y, detrás de él, Alaric y Bishop exhalaban un suspiro.

El alivio inundó el vínculo. Querían que fuera feliz en su casa, la sola idea hizo que se me nublasen los pensamientos.

Una sonrisa perezosa se extendió por el rostro de Alaric cuando me cogió la mano.

—Deja que te enseñe el dormitorio. Puedes descansar y darte una ducha como es debido antes del recibimiento de la manada.

—¿El recibimiento de la manada? —Le seguí escaleras arriba.

—Queremos que te familiarices con ellos. Así te será más fácil pasar tu primer día fuera.

—¿Fuera? ¿Haciendo qué?

—Lo que quieras. Wynn no mentía cuando dijo que tenemos todo lo que cualquiera podría

necesitar en las tierras de la manada, incluidos diferentes trabajos. Cada miembro es responsable de contribuir a la manada —intercedió Bishop.

—Por lo general, eligen algo que a la persona en cuestión se le dé bien o que le interese —agregó Wynn.

Empezaron a sonar alarmas en mi cabeza. ¿Qué pasaría si me asignaban a un trabajo que se me diese de pena?

—¿Dónde estaré yo? —quise saber.

—Donde quieras. Tendrás las mismas opciones que todos los demás. Uno de nosotros te acompañará mañana y te mostraremos los alrededores para que puedas decidir —respondió el alfa.

Mi siguiente pregunta desapareció de mi mente en cuanto llegamos al dormitorio. Bishop abrió una pesada puerta de madera al final del pasillo y Alaric me guio hacia el interior.

Sus olores se arremolinaban a mi alrededor, y noté que se me nublaba la vista de felicidad.

Había unos ventanales que iban del suelo al techo con unas cortinas gruesas a cada lado derecho de la pared, y un par de puertas francesas que se abrían a un balcón. La moqueta era mullida y gris, y los muebles rústicos dejaban mucho espacio para moverse.

En el centro de la habitación había una enorme cama circular, repleta de almohadas y gruesas mantas.

—Esta es nuestra habitación —dije en voz alta, sin saber si estaba haciendo una pregunta o una declaración.

—Sí. —Bishop dejó mi bolsa junto a la puerta—. Ya hemos hecho espacio en el armario. —Señaló la puerta corredera a mi derecha.

—Mañana te pillaremos algunas cosas más en la plaza —agregó Alaric.

Mis manos revolotearon hasta mi pecho antes de cruzar los brazos frente a mí, asintiendo.

Wynn se aclaró la garganta e hizo un gesto a los demás para que lo siguieran al pasillo.

—Bueno, te dejamos que te instales.

Cerraron la puerta detrás de ellos y me desplomé sobre la cama. Nada de esto era lo que esperaba, y mucho menos mis compañeros.

Una frágil esperanza floreció dentro de mí, pero era demasiado pronto para saber si estaba viendo la situación con ojos soñadores.

Yo seguía siendo su omega, se esperaba de mí que diera a luz a sus cachorros. Era la única razón por la que estaba en Hidden Creek, y tenía que recordarlo.

«*Nuestros machos nos pondrán por encima de todo*», protestó mi loba, pero no estaba seguro de estar de acuerdo.

Capítulo 8

Wynn

—¿Está todo confirmado? —le pregunté a Bishop por medio de la unidad de comunicaciones.

—Sí. Todos los hombres han sido notificados de la reunión y las tiendas cerrarán temprano.

—Bien, ¿y Alaric?

—Está en el puesto fronterizo, haciendo un barrido final del perímetro y yendo a por los ejecutores que quedan.

—Muy bien. Tenemos que recordarles que estas reglas son para todas las omegas que algún día se unan a nosotros en Hidden Creek, no solo para Isolde. Tampoco podemos olvidarnos de hablar de las hembras alfa y beta, que serán las que tendrán más dificultades para adaptarse.

—Bien dicho, alfa. Nos vemos en la reunión. —Terminó la llamada.

Un hilo de miedo recorrió el vínculo recién formado, y contemplé el repentino estallido de emoción de Isolde. Su incertidumbre persistía en mi pecho, retumbando como una cuerda palpitante. Ella todavía no había descubierto cómo bloquear el vínculo, y no estaba seguro de si eso era una bendición o una maldición.

Como Bishop y Alaric ya se habían ido al centro de mando, yo era el compañero más cercano a Isolde. Suspiré, sin ser capaz de procesar ninguno de los informes que tenía delante.

Isolde no tenía ni idea de que podía hacer. Sin duda, se pensaba que esto iba de lo que se le permitía hacer. Por mucho que eso me molestara, entendía por qué se sentía así. ¿Quién sabía lo que pensaba que haría una manada con ella después de la cacería?

Nunca quise tener compañera hasta Isolde. Demonios, todavía no tenía claro si podría ser el tipo de macho que una hembra necesitaba. Era tan vacilante y suave... Me recordaba a mi madre, a la que habían reclamado y secuestrado como a todas las omegas. A la hora de la verdad, no teníamos otra opción, pero ellas tampoco.

Aunque mi madre había tratado de ocultarle su tristeza a mi hermana, sabíamos lo sola que se sentía. La mayoría de los machos optaban por mantener a su omega confinada en sus madrigueras, y rara vez se les permitía interactuar con los miembros de su manada. La soledad y la falta de elección destruyeron su espíritu, matándola de adentro hacia afuera.

Me preocupaba no ser el macho adecuado para una omega como Isolde, aunque no es que mis dudas le importaran a mi lobo. En lo que a él respectaba, ella era suya y encontraríamos la manera de ser el macho que necesitaba.

Quería estar en desacuerdo, pero no podía negar la verdad. Esa hembra delicada era cautivadora. Todavía podía sentir la seda de su piel bajo las yemas de mis dedos, oler su aroma a fresa y sentir su sexo caliente apretándose a mi alrededor a medida me enterraba en su interior.

Los pantalones empezaron a apretarme hasta el punto de la incomodidad, y me ajusté el miembro, rezando a la Diosa para que esta dureza perpetua disminuyera.

Mis pensamientos volvieron al collar mágico y a la única bolsa con pertenencias de Isolde. Nada tenía sentido. ¿Por qué iba el Consejo a retirar a las omegas de las manadas solo para maltratarlas?

¿Cuál era el beneficio de privarlas de conocimientos y ponerlas en una situación donde debían confiar a ciegas en lo que sus compañeros les contasen?

Tenía muchas preguntas que necesitaban respuestas, pero temía que fuera demasiado pronto. Todavía no confiaba en nosotros. Su respuesta a nuestro tacto no significaba nada, era una cuestión biológica. Los lobos, naturalmente, anhelaban a su pareja.

Mi lobo resopló como si estuviera obviando algo.

Un golpe en la puerta me impidió interrogarlo.

—Entra —grité.

—Pero bueno, qué rápidos. —Mi hermana Winnie entró en la habitación con su pelo corto y rubio ondeándole con cada paso—. Esperaba que os ausentaseis más tiempo.

Alcé una ceja.

—Es una cacería, no una luna de miel.

Se sentó en la esquina de mi escritorio y se cruzó de brazos.

—Bueno, ¿dónde está?

—En nuestra habitación —dije, estudiándola cuidadosamente—. Descansando antes de la presentación de la manada.

Asintió, sin mostrar ni un rastro de emoción en su rostro. Era un rasgo que habíamos heredado de nuestra madre.

Me recosté en la silla y enrollé los dedos en mi regazo.

—Deja de protegerme y escúpelo —exigió ella.

Gruñí ante su tono y ella puso los ojos en blanco.

—Quiero tu opinión sincera —murmuré finalmente—. ¿Cómo están enfrentándose las mujeres de la manada a este nuevo... ajuste?

Winnie era una beta. También fue la persona a la que acudí cuando necesité cerrar la brecha entre los machos y las hembras de Hidden Creek. Me ayudó a mantener el equilibrio, algo con lo que otras manadas tenían problemas debido a la maldición. Las hembras alfa y beta no tenían un lugar fuera del servicio en la mayoría de las manadas. Las relaciones eran una batalla cuesta arriba cuando los cachorros estaban fuera de discusión de forma permanente.

—¿Te refieres a tener una hembra que puede reproducirse en la manada? ¿La primera de muchas que vendrán? —Me miró fijamente—. ¿Cómo crees que están?

El pavor me formó un nudo en el estómago.

—Así de mal está la cosa, ¿eh?

Los ojos de Winnie se suavizaron.

—No puedes protegernos de todo, Wynn. Las hembras saben lo importantes que son las omegas para la manada. Nuestras madres eran omegas, ¿recuerdas? Pero saberlo no cambia el hecho de que duele. Todas aceptamos que algún día tendríamos que enfrentarnos a la verdad, y ese día ha llegado.

—Lo sé, pero ¿crees que alguien intentará hacer algo?

Frunció el ceño.

—Lo dudo. La mayoría de las hembras simplemente están... tristes. Tendrán que renunciar a los hombres que aman y ver cómo sus antiguos novios crían a los hijos que ellas nunca tendrán.

Se me rompió el corazón al percibir ese dolor en estado bruto en la voz de mi hermana. Había cosas que nunca podría tener, daba igual lo mucho que se las mereciera.

—¿Y qué hay de las demás? ¿Las que no has incluido en esa mayoría?

Sus ojos se endurecieron.

—Te pasaré sus nombres. No digo que vayan a hacer nada, pero están más enfadadas y son más agresivas que el resto, así que será mejor no perderlas de vista.

Asentí con la cabeza. Mi hermana me dedicó una sonrisa triste.

—Wynn, sabes que quiero que seas feliz, ¿verdad? No te preocupes por mí, he tenido años de sobra para hacer las paces con mi destino.

Me atraganté con mis palabras, abrumado por la emoción. Si tuviera el poder para hacerlo, revertiría la maldición y le daría a mi hermana una oportunidad de ser feliz.

Ella negó con la cabeza. Sabía que no soportaba recibir la lástima de nadie, así que lo dejé estar.

—Venga, hálame de tu compañera. —Esbozo una sonrisa juguetona—. ¿Cómo se llama?

—Isolde.

—¿Cómo es?

Hice una pausa, preguntándome cómo describirla.

—Es de pocas palabras. Y no sabe mucho sobre la vida en manada.

Cuando no dije nada más, mi hermana me miró con una mezcla de incredulidad y decepción.

—Wynn, has hablado con esta chica, ¿verdad?

—Lo de poder hablar se nos complicaba con el Consejo respirándonos en la nuca.

Resopló por la nariz.

—Pero seguro que sí encontraste ocasión de acostarte con ella. —Entrecerré los ojos y ella se echó a reír—. Lo que quiero decir es que, si quieres que la chica se sienta cómoda con vosotros tres, deberías esforzarte en conocerla.

—Lo sé, y eso mismo voy a hacer. —No era una mentira del todo, a pesar de estar pensando en cómo evitarla hasta resolver todo el asunto del apareamiento.

—Muy bien. No me gustaría ver cómo la cagas por estar demasiado ocupado cavilando sobre cosas que no importan.

—Gracias por el voto de confianza. —Me asaltó un pensamiento—. Eh, Winnie, ¿me harías un favor?

—Depende de lo que sea —respondió con recelo.

—Isolde no se ha traído muchas cosas. Dudo que tenga algo que ponerse para el recibimiento de la manada.

Se le iluminó el semblante.

—¿Y me lo dices ahora? —Consultó su reloj—. Mierda, solo me queda media hora, imbécil. ¿Cuál es su talla?

—¿Cómo diablos voy a saber yo eso?

—Calculándolo a ojo.

Otro estremecimiento de miedo recorrió el vínculo, y mi lobo gruñó, instándome a ir en busca de mi compañera. La necesidad de asegurarme de que estuviera a salvo me quemaba las extremidades, pero no sabía cómo calmar sus nervios. Pensé en mi madre y en lo aislada que había estado, en cómo respingaba cuando mi padre la tocaba. Yo no era consuelo para nadie, mucho menos para una omega.

Pero Winnie sí podría serlo.

—Tendrá más o menos tu misma talla —dije entre dientes apretados—. Y, Winnie, ¿podrías...?
—Me aclaré la garganta mientras mis garras se clavaban en los reposabrazos, la profundidad de mi cobardía me abrumaba.

Isolde era mi compañera, y este era mi primer fracaso.

Winnie le echó un vistazo a la madera rasgada.

—¿Qué pasa, Wynn?

—A Isolde no le está yendo muy bien. ¿Puedes ver cómo se encuentra cuando le llesves la ropa? Asegúrate de que esté bien.

—Claro —dijo, vacilante—. No eres como padre, Wynn. Lo que has hecho con esta manada es prueba suficiente de ello.

—Eso no cambia nada —murmuré.

—Lo cambia todo, y ahora tienes a alguien que te escuchará y aligerará tu carga. Pregúntale a cualquiera de las hembras, maldita sea, pregúntales a las unidades que ahora tienen una esperanza real de encontrar compañera. —Se encogió de hombros—. A lo mejor, Isolde solo quiere a alguien que la entienda, alguien a quien le importe. Eso fue lo único que padre nunca hizo. Mamá siempre fue una simple omega para él.

Winnie se retiró del despacho, prometiendo regresar con ropa para Isolde. En el silencio que le siguió, sus palabras resonaron en mi cabeza, desgarrando viejas heridas y dejándome en carne viva.

El problema no era pensar en Isolde como algo más que una omega, sino saber que, si le hubieran dado a elegir, no se habría vinculado a nosotros. Sus palabras se hundieron en mi cavidad torácica, alojándose entre mis costillas y mi corazón.

«Esfuérzate por ganarte el afecto y la devoción de nuestra compañera. No es demasiado tarde», insistió mi lobo. *«El destino nos la ha dado, y no voy a dejar que se me escape».*

Me detuve, llevándome una mano al esternón como si pudiera sentir el cordón tejido de nuestro vínculo.

«¿Qué has dicho?»

«Es nuestra», gruñó. «Nuestra compañera predestinada. Lo supe desde el momento en que la olí».

Su poderoso aroma había ahogado todo a su alrededor durante la cacería. Incluso entonces, supe que era nuestra.

Saber que ella era nuestra predestinada cambiaba todo y nada.

Isolde seguía mereciéndose tener la oportunidad de elegir.

Tenía que elegirnos, pero, si decidía abandonarnos, ¿tendría la fuerza necesaria para dejarla ir?

Capítulo 9

Isolde

Un golpe en la puerta me sacó de mi nube de pensamientos sobrecogidos por el pánico. Avergonzada de que un sonido tan inofensivo me hubiera acelerado el pulso, me acerqué para responder, notando que ninguno de los olores de mis compañeros se encontraba al otro lado.

«Pues claro que no, Isolde. ¿Por qué iban ellos a llamar a la puerta? Está también es su habitación», me reprendí para mis adentros.

Sintiendo curiosidad, abrí la puerta con cautela. Un par de ojos azules brillantes me saludaron, pero no reconocí a la mujer del pasillo. Parecía estar cortada por el mismo patrón de nieve y hielo que Wynn, pero su cara en forma de corazón era más suave y sus labios más voluptuosos. Su cabello blanco estaba peinado en un corte *bob* atrevido y anguloso, y los mechones brillantes le bailaban alrededor de la barbilla cuando sonrió.

—No quiero entrometerme, pero mi hermano mencionó que te vendría bien tener algo que ponerte para el evento de esta noche —dijo con voz suave.

—Cierto —murmuré, haciéndome a un lado e indicándole que podía entrar en la habitación—. Soy Isolde.

—Y yo Winnie. —Dejó caer una montaña de vestidos sobre la cama—. No estaba segura de que color te pegaría más, así que he traído unas cuantas opciones.

Se puso a revolver entre los vestidos y a mí se me desencajó la mandíbula viendo la gran cantidad de opciones. Había una amplia variedad de longitudes, estilos, patrones y colores, algunos de los cuales nunca había visto antes. Encogí los dedos dentro de las palmas de las manos y arrastré los pies, sin saber qué hacer.

Winnie ladeó la cabeza, notando mi vacilación.

—No tienes que cambiarte si prefieres lo que llevas puesto.

Se me pusieron rojas las mejillas.

—No. Quiero decir, gracias. Esto es... Nunca me he puesto nada así.

Me estudió, sin rastro de emoción en sus ojos glaciales.

—Pareces un encanto.

—Gracias...

—Será mejor que espabiles, y rápido, o las hembras te comerán viva.

Entrecerré los ojos.

—¿Qué significa eso?

—Voy a ser clara, Isolde. Los machos están encantados de tenerte aquí; seguro que los tendrás comiendo de la palma de tu mano en menos de lo que canta un gallo. Pero habrá hembras que odien lo que representas y te que te pondrán a prueba, sobre todo si sus lobas son más fuertes.

Se me pusieron los pelos de punta.

—¿Y tú eres una de esas hembras?

Se encogió de hombros, imperturbable ante mi tono.

—Si lo fuera, no estaría aquí.

—Pero no te caigo bien.

—No te conozco. Puedes pensar en mí como alguien neutral.

Sus palabras se abrieron paso por mi mente, ardientes e inflexibles, evocando recuerdos de cada mirada desagradable, comentario vil y castigo que había soportado simplemente por haber nacido.

—No voy a suplicar por su aceptación y, desde luego, no dejaré que unas brujas que se creen mejores que yo puedan conmigo. —Levanté la barbilla—. Nací como omega; elegí esto tanto como tú elegiste estar maldita. Así que no voy a acobardarme ni a disculparme. No me queda más remedio que aprovechar al máximo la vida que se me ha dado, y les sugiero que ellas hagan

lo mismo.

El silencio se extendió entre nosotras mientras seguíamos sin apartar la mirada la una de la otra.

Finalmente, Winnie asintió.

—Para que conste, hice las paces con lo que me ha tocado hace mucho tiempo.

No sabía cómo responder a eso, así que opté por cambiar de tema.

—No tengo ni idea de lo que me queda bien. En el internado vestíamos con uniformes.

Los ojos árticos de Winnie se calentaron al inspeccionar mi raído vestido gris.

—Qué espanto.

Tras repasar toda la pila de ropa, terminó decidiéndose por un vestido de color púrpura oscuro a media manga, con corpiño ajustado y una falda cruzada. Una vez vestida, me sentó frente al espejo y me cepilló el cabello.

—¿Puedo preguntarte algo?

—Me estás prestando este vestido, así que sí —respondí.

—¿Iba en serio lo que has dicho de que solo podías llevar ese esperpento gris?

Me reí cuando miró horrorizada el uniforme del internado.

—Nos daban a todas el mismo uniforme. Está pensado para recordarnos que no somos personas independientes, y que nuestro deber para con la sociedad es uno singular y definido. El gris es para las chicas mayores y el azul pálido para las más jóvenes —expliqué.

Sus dedos recorrieron mi cabello, retorciéndolo y acomodándolo en su sitio mientras hablábamos.

—¿Cómo son los internados?

Me encontré con sus ojos en el espejo.

—Como prisiones. Son fríos, blancos y silenciosos. Vamos de clase a nuestra habitación, y solo

se nos permite salir si hace calor suficiente. No tenemos bosques a los que tengamos acceso porque los talaron todos.

—Me la juego a que vuestras lobas no estaban nada contentas.

—El confinamiento las pone de mal humor. Se nos permite cambiar de forma una vez cada tres meses.

Sus manos dejaron de moverse.

—Pero eso es inaudito. Eso no puede estar bien, no puede ser *legal*.

El mal humor de Winnie se alzó como una tormenta de invierno. Estaba cabreada por lo que me habían hecho. Era la primera vez que alguien me mostraba tanta empatía.

—El Consejo hace lo que quiere con las omegas. No tenemos ninguna manada que nos proteja hasta que nos reclaman en la cacería.

Algo parecido a la lástima brilló en su rostro, y tuve que apartar la mirada para conservar alguna apariencia de dignidad.

—Nosotras también somos desechables. —Cuando habló, su voz carecía de la fuerza de antes—. Somos útiles para cocinar y limpiar, para trabajar en los negocios de la manada y echarse un revolcón en secreto, pero nadie nos ve como más. No sin...

No hacía falta que terminase la frase. Lo pillaba. Sabía lo que era que te redujeran a una sola cosa, que desechase todo lo demás como si no importara.

Puse mi mano sobre la suya.

—Yo te veo, Winnie.

Un cómodo silencio se apoderó de la habitación mientras me peinaba y maquillaba. Para cuando terminó, apenas me reconocía. Nunca había pasado mucho tiempo mirándome en espejos, pero, estudiando mi reflejo, casi pude considerarme preciosa.

—No está mal dejar el gris, ¿verdad?

—Es adictivo, más bien —confesé—. Gracias.

Hizo un gesto desdenoso con la mano y asintió con aprobación. Era extraño, pero sentía que la conocía de toda la vida. Nos entendíamos y, aunque decir que éramos amigas sería pasarse cuatro pueblos, al menos me había ganado su respeto.

Pensé en las hembras de Hidden Creek y fruncí el ceño. Si eran un incordio tan grande como Winnie las pintaba, tendría que hacer acopio de reservas emocionales y ponerme la máscara que usaba con las institutrices.

—¿Qué tal si te llevo de compras a finales de esta semana? —me preguntó Winnie, metiendo los vestidos sobrantes en el armario—. Y ni se te ocurra decir que no. He visto tu ropa.

Le dediqué una sonrisa de agradecimiento.

—Es horrenda.

—No le desearía ese vestuario ni a mi peor enemigo. —Se puso un vestido de color vino. Los ojos le brillaron con picardía—. Bueno, igual a Laris sí, pero estarás de acuerdo conmigo cuando tengas la mala suerte de conocerla.

Se pasó los dedos por el pelo corto para peinárselo y enganchó su brazo con el mío. Me puse recta, preparándome para la siguiente fase de mi vida, no solo como una omega reclamada, sino como la compañera de la unidad del Alfa.

—¿Dónde es la reunión? —pregunté mientras Winnie me conducía a la escalera.

—En el pabellón. Ahí es donde tienen lugar todas las reuniones importantes.

Observé mis alrededores a medida que atravesábamos la casa. Los espaciosos pasillos estaban limpios pero desnudos. No había cuadros en las paredes, y no sabía si eso me agradaba o me dejaba a la deriva.

¿Dónde encajaría yo aquí? ¿Y cómo?

Bishop dijo que podía elegir cómo contribuir a la manada. El problema era que no estaba segura de mis intereses ni capacidades. Me gustaba dibujar, pero dudaba eso que fuera algo útil. Necesitaban habilidades prácticas, no manualidades.

Percibí su olor antes de que aparecieran, y me sorprendió la fuerza de mi necesidad. Quería estar cerca de ellos, inhalar sus aromas y consolarme en su presencia. Mi loba gimió, instándome a

saltar a sus brazos mientras tres pares de ojos se posaban en mi cara.

Estaban hablando, pero sus voces se apagaron cuando entré en la habitación. Un coro bajo y retumbante llenó el aire, y se me contrajo el centro al oír tal sonido. La distancia entre nosotros era insoportable, y yo estaba jadeante, anhelando que nos tocaran.

—Bueno, nunca pensé que viviría para ver este día. Los tres os habéis quedado sin palabras, alabada sea la Diosa —se burló Winnie.

Wynn miró a su hermana, pero no había rastro de enfado en sus ojos. La comisura de su boca se elevó hacia arriba en el más leve atisbo de una sonrisa.

Alaric fue el primero en romper filas, dirigiéndose directamente hacia mí. Deslizó las manos desde mis hombros hasta mis muñecas como saboreando el calor de mi piel.

—Estás hecha una diablilla, Winnie. ¿La dejamos a solas contigo unas horas y nos la devuelves así? Estás poniendo a prueba los límites de mi paciencia.

—Pensé que tendríais que acostumbraros a que la miren. Toda la manada sentirá curiosidad por ella —dijo Winnie sin rastro de disculpa.

—Estás preciosa, Isolde —me dijo Bishop, y me sonrojé.

Wynn esperaba junto a la puerta mientras Alaric me conducía al frente de la casa, con Bishop y Winnie pisándonos los talones.

—No estés nerviosa —me dijo el alfa cuando llegué a su lado.

Para él es fácil decirlo.

Capítulo 10

Alaric

Apreté la mano en torno a la de Isolde cuando entramos en el pabellón. Todos estaban ya sentados en las sillas plegables dispuestas en fila, charlando mientras esperaban. En el momento en que nos olieron, un silencio se apoderó de la multitud. Alcé las cejas. Por lo general, era difícil conseguir que se hiciera el silencio en una manada tan tozuda como la nuestra.

Las hembras habían tomado asiento más cerca del estrado, ocupando el lado izquierdo de la sala. Estaban sentadas con las espaldas rectas como tablas, no era una buena señal. No tenía ninguna duda de que hoy pondrían a prueba a Isolde.

Reiteré en silencio mis órdenes con una mirada a los ejecutores desperdigados por el pabellón, que me respondieron con asentimientos de cabeza.

—Relájate —murmuró Bishop, manteniendo un volumen lo suficientemente bajo como para que solo yo pudiera oírlo.

—Ya lo estoy —mentí.

Resopló por lo bajo.

—Te he visto enfrentarte a retos con menos hostilidad.

—Esto es diferente.

—Sí que lo es, pero estamos aquí juntos.

Tenía razón.

Isolde estaba a salvo, pero mi lobo se sentía mejor sabiendo que habíamos contemplado todas las amenazas posibles. Había pasado mucho tiempo desde que había habido omegas en Hidden Creek, y no se les había permitido deambular libremente cuando el alfa anterior estaba a cargo. Estábamos cambiando las cosas, y todos en la manada tenían que meterse entre ceja y ceja lo que

era o no aceptable.

Todas las miradas se dirigieron a Isolde, y tuve que sofocar el instinto de gruñir. Bishop dio un paso al frente para protegerla entre los dos. Aunque Wynn no hizo ningún amago de darse la vuelta, los músculos se le tensaron bajo la camisa.

Los latidos del corazón de Isolde eran constantes, pero su incertidumbre se filtraba a través del vínculo. Le acaricié la parte superior de la mano con el pulgar por mientras subíamos al escenario y nos sentábamos detrás del estrado.

Winnie se unió a las otras hembras. Fue un movimiento inteligente de su parte, mostrándoles solidaridad a la vez que se posicionaba para ser de ayuda en caso necesario.

Bishop y Wynn estaban de pie hombro con hombro en el estrado, impidiendo que pudieran ver a Isolde mientras evaluaban la sala.

Un olor me golpeó, rápido y agrio: agresión.

Era sutil pero inconfundible, enterrado bajo la curiosidad y el entusiasmo.

—¿Cuántos lobos viven en la manada? —susurró Isolde.

La manada, no nuestra manada. Tendríamos que trabajar en eso.

—Doscientos, con otros quince patrullando.

Se puso pálida.

Presioné los labios contra su mano y sus ojos azules se clavaron en los míos.

—No te preocupes, esto es solo una reunión. Llegarás a conocer a todo el mundo con el tiempo.

Ella asintió y se volvió hacia la multitud, respirando profundamente.

—Ryr hlak it ' hry —anunció Wynn. *La manada lo es todo.* El antiguo idioma de nuestros antepasados resbaló por su lengua como la grava y la lluvia, era un llamado a nuestros lobos, les recordaba lo que importaba.

—Ryr hlak it ' hry —respondieron los miembros de la manada.

—Este es el comienzo de una nueva era para la manada de Hidden Creek —anunció Wynn—. Somos los que sobrevivimos a años de números fulminantes debido a las acciones crueles de las generaciones anteriores. Logramos emerger de esa oscuridad, creyendo que había una manera mejor de hacer las cosas. He convocado hoy esta reunión para discutir el futuro de Hidden Creek y establecer cómo apoyar a toda la manada, machos y hembras, de cara al futuro.

La multitud comenzó a murmurar y a removerse en sus asientos. Habían pasado veinte años desde aquella horrible y sangrienta noche que mancilló con vergüenza el nombre de Hidden Creek y dejó a la manada sin una omega.

—Como muchos sabéis, tenemos un nuevo miembro en la manada: la compañera de mi unidad.

Se produjo una pausa y el corazón me dio un vuelco. La indecisión se deslizó a través del vínculo. La conversación anterior volvió flotando a mí. La fuerza de nuestro vínculo, el cambio integral a nivel molecular, indicaba que ella no era una simple compañera elegida, y sabía que revelar esa información podría provocar diferentes consecuencias.

—Nos gustaría presentaros a Isolde —continuó—. Nuestra compañera predestinada.

Bishop levantó la mano, silenciando las preguntas antes de que alguien pudiera formularlas.

Las parejas predestinadas eran poco comunes. Cuando los machos participaban en la cacería, la mayoría esperaba encontrar una compañera elegida, no una determinada por la Diosa.

Eran cosa de leyenda. En un momento dado, el objetivo de todo cambiaformas —la mayor bendición— era encontrar a la persona nacida para ser tuya. Cualquiera podía establecer un vínculo marcando a alguien y comenzando el proceso de vinculación de almas, para conectarse, compartir fuerzas vitales y sentir su presencia. Sin embargo, este vínculo podía romperse o contaminarse.

Una pareja predestinada era una parte intrínseca de uno mismo. Cuando uno se cruzaba con su compañero predestinado, todos los demás palidecían en comparación, y su mundo se reducía a un solo objetivo. Equilibraban el alma el uno del otro. Y cuando estaban vinculados, dicho vínculo los seguiría hasta la muerte. Si un compañero predestinado se moría, también lo hacía su pareja.

Estas uniones benditas se veían magnificadas por las habilidades que conllevaban la solidificación de su vínculo. Podían sanarse el uno al otro, llamarse través del pensamiento y el

sentimiento únicamente y, cuando estaban separados, siempre encontraban el camino de regreso el uno al otro.

Al presentarla como nuestra compañera predestinada, Wynn había disuadido a la manada de hacerle daño sin proferir una sola amenaza. La compañera de un macho lo era todo, y no había límites que no estuviera dispuesto a cruzar para protegerla.

Me froté la cuerda irrompible en mi pecho, consolándome con la presencia de mi compañera en el otro extremo.

El aire de la habitación cambió cuando los machos miraron a Isolde para ver si era cierto.

—Las omegas serán como cualquier otro miembro de la manada —dijo Wynn—. Son libres de moverse a sus anchas, trabajar con la manada, conocernos y unirse a nuestras carreras. Isolde es sólo la primera. Las omegas jamás han vivido con una manada, y habrá cosas que no entiendan. Haced todo lo posible para proceder con respeto y brindar ayuda cuando sea necesario. Además, hay muchas falsedades que nos han contado con respecto a las omegas y necesitaremos aprender la verdad para entendernos unos a otros. Hidden Creek no tolera el abuso de ningún tipo, cada uno de vosotros debe tenerlo siempre presente.

Wynn se volvió y le tendió la mano a Isolde, que se puso en pie sin un rastro de miedo en su olor y entrelazó los dedos con los de él.

«Bien», gruñó mi lobo. *«Nuestra compañera nunca debe temer a nuestra manada».*

Wynn e Isolde se enfrentaron a la manada como uno solo, y yo uní a ellos, con el cuerpo ladeado hacia el de nuestra compañera.

—Hidden Creek, esta es Isolde —anunció Wynn—. Antes de continuar con nuestra celebración, queríamos concederos a cada uno de vosotros la oportunidad de expresaros. Si tenéis preguntas, dudas o inquietudes, ahora es el momento de pronunciarse.

Valor fue el primero, alzando un brazo delgado y dorado mientras se levantaba de su silla. Mi teniente no había ocultado su curiosidad cuando conoció a Isolde, por lo que su entusiasmo no resultaba sorprendente.

—Hola, Isolde. Soy Valor, teniente primero de los ejecutores de nuestra manada —se presentó con una sonrisa tan encantadora que mi lobo rechinó los dientes—. ¿De qué color es tu loba?

¿Qué tamaño tiene?

Los hombros de Bishop se relajaron ante el intento de Valor de dirigir las preguntas en una dirección más relajada.

Isolde sonrió.

—Hola, Valor. —Su voz era clara y directa—. Mi loba es negra y mucho más pequeña que los lobos de mis compañeros. Está hecha para correr rápido.

Mi lobo levantó las orejas.

«Deberíamos invitar a nuestra compañera a jugar», sugirió.

No era una mala idea. Odiaba reconocerlo, pero me moría por ver qué aspecto tenía.

Otra mano salió disparada al aire cuando Valor se sentó, y un joven se puso de pie. Era un artesano llamado Thomas.

—¿Es cierto que las omegas tienen sentidos más débiles que la mayoría de los lobos? —No había formulado la pregunta con malicia, pero Wynn se puso rígido de todos modos.

Isolde sonrió con dulzura a Tomás.

—Me sería más fácil responder a eso si no me hubiera pasado la mayor parte de mi vida con omegas. Aunque el internado lo dirigían hembras alfa y beta, y la única diferencia entre nosotras era una ligera discrepancia en la fuerza. En cuanto a mis sentidos, no creo que sean mejores o peores que los de otros lobos, pero podemos averiguarlo ahora que estoy aquí.

El chico asintió y se sentó con una sonrisilla. Wynn posó una mano a la parte baja de su espalda, una respuesta directa a la idea de que Isolde pasara tiempo con el joven. Él se negaba a admitir que la deseaba, pero su lobo no tenía ningún reparo.

No pasaría mucho tiempo antes de que el hombre llegara a la misma conclusión.

Una trabajadora de cocina llamada Vivian se puso de pie.

—¿Qué esperas de nuestra manada?

Y ahí estaba. La primera serie de preguntas que fácilmente podría provocar una avalancha. Me

encontré con la mirada de Winnie y ella me guiñó un ojo con semblante tranquilizador.

—Nada —respondió Isolde con voz suave, colocándose un rizo detrás de la oreja—. Nunca antes había vivido en una manada, así que no tengo ninguna expectativa. Sinceramente, ahora mismo solo intento aprender a formar parte de una comunidad como esta. Espero que podáis ayudarme con eso.

Vivian la observó por un momento antes de tomar asiento lentamente.

Un macho mayor se puso de pie, con las manos entrelazadas tras la espalda.

—Soy J'adore. —Le hizo una reverencia con la cabeza a Isolde—. La mayoría de los machos queremos saber qué podemos hacer para que Hidden Creek sea más cómodo para ti y para las futuras omegas.

Le eché un vistazo a Isolde, curioso por saber su respuesta. Me di cuenta de que Bishop y Wynn hacían lo mismo. El vínculo palpitaba como si contuviera la respiración.

Isolde se tomó un momento. Era la primera pregunta que le hacía contemplar su respuesta. Algo destelló en su mirada, pero desapareció antes de que pudiera determinar qué era.

—Sé tú mismo —respondió—. Muéstrame quién eres y yo haré lo mismo.

Pareció ser suficiente para J'adore, que regresó a su asiento.

Noté que se me hundía el estómago cuando Laris se levantó de un salto, echando hacia atrás su melena rubia. Era una alfa en todos los sentidos de la palabra: era de lengua afilada, directa y decidida a salirse con la suya. Mi lobo gruñó en señal de advertencia, sabiendo que lo que saliera de su boca venenosa no sería un buen augurio para Isolde.

Alzó la barbilla con arrogancia, mirando tanto a Wynn como a Isolde.

—¿Y dónde estará nuestro lugar, Alpha Wynn? Las hembras están preocupadas por los cambios en Hidden Creek. ¿A dónde iremos? ¿Qué haremos? ¿Nos dejarán a un lado como las hembras de otras manadas, nos veremos confinadas a las sombras como mano de obra invisible para hacer espacio a vuestras preciadas omegas?

Isolde se puso tensa y una oleada de rabia abrasó el vínculo.

Interesante.

—Como he dicho, Laris, las omegas serán como todos los demás. No recibirán un trato preferencial. Todas las hembras de la manada son valiosas. —Wynn se volvió hacia las hembras que estaban detrás de ella—. Todas vosotras son irremplazables. Cada una de vosotras tiene valor propio y nuestro cariño. No vais a perder nada, pero habrá que adaptarse a esta nueva situación. —Miró a los machos de la sala—. Todos nosotros tenemos que adaptarnos. Es probable que cometamos errores, pero si trabajamos juntos, encontraremos la forma.

Laris no se sentó. En cambio, se volvió hacia Isolde con el desafío claro en sus ojos.

—¿Y tú, Isolde? ¿Qué vas a ofrecerle a nuestra manada además de tumbarte boca arriba y parir cachorros? ¿Puedes hacer algo más?

Un gruñido de advertencia estalló en Wynn. Extendí el brazo, impidiendo que Bishop corriera al lado de Isolde. Tenía que valerse por sí misma si esperaba ganarse el respeto de las mujeres de la manada.

Capítulo 11

Isolde

¿Qué vas a ofrecerle a nuestra manada además de tumbarte boca arriba y parir a cachorros?

Las palabras eran lanzas bien elaboradas, forjadas y afiladas tras años de decepción. Miré fijamente a la hermosa rubia que tenía ante mí y me obligué a no echarme hacia atrás ante su desprecio. Me negué a dejarle ver que había dado en el blanco. No sabía la respuesta a su pregunta porque nunca me habían dicho que pudiese ofrecer nada más.

Los gélidos ojos azules de Winnie se encontraron con los míos. Ella me había advertido que esto sucedería. Encontré fuerza en su mirada endurecida, un aliento tácito para que vieran mi fiereza. Así que se la mostré.

Bajé los labios y me imaginé a Laris como la Madre de la Guarida, las institutrices y los funcionarios del Consejo que me menospreciaban.

—¿Y qué haces tú, Laris? —le pregunté con tono suave.

Frunció el ceño y frunció los labios con indignación.

—¿Disculpa?

—¿A qué te dedicas? —repetí lentamente, como si necesitara tiempo para entender mis palabras—. Ya que no puedes tumbarte boca arriba y parir cachorros, ¿en qué ocupas tu tiempo? Estaré encantada de ayudar allá donde sea necesario. ¿Se te ocurre algo?

Winnie me miró con alivio y orgullo. Podría haber insultado a Laris, pero esa táctica no daría ningún fruto a la hora de ganarse al resto de las hembras. Necesitaba hacerla parecer innecesariamente cruel y estúpida.

El rostro Laris adquirió una tonalidad rosada.

—Bueno, es demasiado como para enumerarlo todo en este momento.

—Igualmente, gracias por tu aporte —dije con una sonrisa amable—. Estoy segura de que no tendré problemas en encontrar un trabajo que beneficie a la manada.

Resopló, echando un vistazo alrededor de la sala y palideciendo ante las expresiones de asombro, desagrado y disgusto de la manada. Se sentó sin decir una palabra más.

Pero yo no había terminado.

—No estoy aquí para reemplazar a nadie. A muchas de nosotras no se nos da la opción de elegir el papel que desempeñamos, y el mío no es mejor ni peor que el vuestro. Todos estamos tratando de encontrar nuestro lugar y sobrevivir después de la Guerra Negra. —Dirigí la mirada hacia las hembras, con la esperanza de que pudieran percibir mi sinceridad—. A lo mejor nos resultaría más fácil si trabajáramos juntas.

Wynn se apresuró a mi lado, apareciendo tan repentinamente que jadeé en voz alta. Nuestras miradas se cruzaron durante un breve instante antes de que volviera su atención al pabellón. Su aprobación me recorrió la espalda, calentándome de adentro hacia afuera.

—¿Alguna pregunta más? —preguntó.

Unos cuantos machos más tomaron la palabra, y Wynn respondió atentamente a sus preguntas, asegurándose de no olvidarse de nadie. No pude evitar notar que no había gente joven. Todos los miembros de la manada parecían adultos, de al menos veinte años en adelante. Guardé esa información para más tarde. Tal vez no se traían a los niños a este tipo de cosas. La sala se calmó, y nuestro vínculo me latió en el pecho como un segundo latido del corazón.

La mano de Bishop se posó en la parte baja de mi espalda, enraizándose en el presente. Su aliento me hizo cosquillas en la oreja cuando se agachó para murmurar:

—Mi compañerita inteligente.

Noté que se me hinchaba el pecho ante el cumplido.

—Eso solo pasa cuando me arrinconan.

—Es una habilidad útil.

El vínculo parpadeó y se me aflojaron los músculos cuando me volví a girar de cara a la manada. No podría ser tan sencillo enamorarse de ellos, ¿verdad? ¿Me estaba engañando a mí misma,

viendo bondad en cada acción suya debido a mi nula experiencia en la materia?

«*Son nuestros predestinados. No nos harán daño*», me recordó mi loba.

Se me revolvió el estómago. Había renegado de esas palabras cuando Wynn las pronunció por primera vez, pero ¿eran ciertas? ¿Era esa la razón de mi abrumadora necesidad?

La mayoría de la gente pensaba que las parejas predestinadas se habían extinguido junto con la fertilidad femenina alfa y beta, pero, si ese no era el caso, ¿qué implicaba para las omegas y la cacería?

El pavor me corrió por las venas.

¿Podría el Consejo estar manteniendo a las omegas alejadas de sus compañeros predestinados a propósito?

La mano de Bishop se deslizó sobre la mía y entrelazó nuestros dedos. El aroma a canela y musgo me rodeó mientras Alaric se apoyaba en mi espalda, pegándose su cuerpo mientras me agarraba de la cadera como si nada. Sus caricias eran reconfortantes, y me di cuenta de que tenía que mejorar en lo de no publicitar a los cuatro vientos mis emociones.

—Ya casi ha terminado —me aseguró Alaric—. Entonces puedes contarnos qué es lo que está dando vueltas en esa bonita cabeza tuya.

Eso era lo que temía.

—¿Quién lo ha preparado? —pregunté, refiriéndome a lo que había sobre la mesa.

Parecía más un banquete que una cena. Dos pollos asados con mantequilla descansaban en el centro, flanqueados por unas gruesas lonchas de bistec, puré de patatas, verduras asadas, arroz, champiñones rellenos y macarrones con queso. Una variedad de pasteles, tartas y *strudels* estaban enfriándose cerca, tan recién hechos y esponjosos que se me hizo la boca agua.

No podía imaginarme cómo sería llenarme plato, mucho menos terminármelo.

Bishop levantó una mano.

—Culpable.

Wynn soltó un resoplido divertido.

—¿Te pensabas que sobrevivíamos a base de carne cruda?

—No, pero me imaginaba que una de las hembras os preparaba la comida.

—Cocinar es una habilidad básica para la vida. —Alaric le pasó un brazo a Wynn alrededor de los hombros—. Por suerte para nosotros, tenemos a Bishop. De lo contrario, estarías comiéndote algo muy diferente ahora mismo. Sería comestible, pero dudo que fueses a disfrutarlo.

—¿No sabes cocinar?

—Quemo todo menos el desayuno. —La sonrisa de Alaric era contagiosa, y se la devolví.

Me volví hacia Wynn.

—¿Y tú?

Mantuvo una expresión neutral, pero vi un destello de vergüenza en su mirada.

—Se me dan mejor los postres.

Mis ojos se dirigieron a los pasteles.

—¿Los has hecho tú?

Bajó la barbilla en señal de admisión.

—Ahora me muero por probarlo todo —dije, encantada por lo hogareños que eran mis compañeros. Le guiñé un ojo a Alaric—. Y espero con ansias a que me invites a desayunar.

—Será la mejor tostada francesa que comerás en tu vida. —Su sonrisa era arrogante.

Wynn pronunció unas palabras de agradecimiento a la Diosa antes de ponernos manos a la obra. Bishop no perdió el tiempo en ponerme un poco de todo en el plato, que llevaba en equilibrio entre sus grandes manos, mientras me servía los mejores trozos de carne. Nunca me había sentido tan cuidada.

Parecía nervioso cuando me dejó el plato delante. Cuando vi que seguía sin coger el tenedor, tardé un momento en entender que estaba esperando a que le diera un mordisco. Lo probé todo

para poder darle mi veredicto.

—Sabe mejor que cualquier cosa que haya comido jamás —anuncié finalmente.

La brillante sonrisa de Bishop se extendió por su rostro.

—Solo quieres hacerme la pelota, pero gracias.

Se concentró en su cena, y los demás lo imitaron.

—No es así, créeme —le aseguré—. Las comidas en el internado eran más insípidas que la comida del hospital.

Intercambiaron una mirada entre ellos que fingí no notar.

—¿Qué hacías en el internado? —preguntó Wynn.

Me concentré en bloquear mis emociones para que no traspasaran al vínculo.

—Teníamos clase todos los días —comencé, pensando en mi vida antes de la cacería. La falta de placer o alegría era deliberadamente cruel—. A todas se nos asignaba un horario, diseñado por el Consejo para enseñarnos las habilidades que consideran necesarias.

—¿Necesarias para qué? —quiso saber Bishop, con el rostro engañosamente suave.

Me sonrojé, ahogándome en la vergüenza. Al menos una parte de la acusación de Laris era correcta.

—La crianza de los hijos.

Las gruesas cejas de Bishop se le subieron hasta el nacimiento del pelo.

—¿Y cuáles serían esas habilidades?

Miré a mis compañeros, que habían sido muy amables. Mi loba creía que podíamos confiar en ellos sin lugar a dudas, y yo también quería creérmelo.

—Cocinar, limpiar, coser, cuidar a los niños, cuidar a los compañeros y obedecer —enumeré—. También nos enseñaron lectura, escritura y matemáticas básicas hasta un nivel de escuela secundaria.

Apenas probaron bocado mientras hablaba y dejaron a un lado sus tenedores cuando terminé.

—¿Qué es eso de cuidar a los compañeros? —Alaric centró toda su atención en mí.

—Son lecciones para aprender a complacer a tus compañeros. —Me llené la boca de comida, dándome unos minutos para luchar contra mi humillación.

El comedor se quedó en silencio, y cuando los miré de soslayo por debajo de las pestañas, no pude identificar la mezcla de emociones en sus rostros. La confusión, la ira y la incredulidad brillaban en sus semblantes, y el vínculo resonó en mi pecho.

—Podéis preguntarme lo que queráis saber —susurré.

Wynn apretó la mandíbula.

—¿Cómo se enseña eso exactamente? —gruñó.

Mantuve la vista fija en mi plato y me dediqué a mover de un lado a otro algunas verduras.

—Las institutrices que impartían las clases comenzaban enseñándonos biología, y luego pasábamos a la anatomía masculina, los puntos de presión, las zonas erógenas y métodos prácticos. —Levanté la cabeza, dejando que vieran la furia en mis ojos—. Todo lo que debemos saber para mantener a nuestras parejas sexualmente satisfechas.

Alaric se frotó la cara con una mano y se le contrajeron los músculos con el movimiento.

—Por la Diosa... ¿eso es legal siquiera?

Me encogí de hombros.

—Empiezan con las clases cuando tenemos quince años, ya que es la edad más temprana registrada con el cielo.

—¿Y os hacían...? —Wynn se quedó callado y los ojos se le oscurecieron.

—No —le aseguré—. El Consejo requiere que cada omega permanezca intacta para sus futuros compañeros.

La habitación estaba demasiado caldeada, o igual era yo. Busqué algo apropiado que decir, con la esperanza de distraer la atención de cualquier pensamiento que hubiera que hecho que tuvieran

esas caras tan largas.

—Bueno, ¿qué puedo hacer en la manada? No sé qué se me dará bien, pero estaré encantada de probar cosas diferentes hasta que lo descubramos.

Alaric percibió mi incomodidad e inmediatamente enumeró los diversos trabajos disponibles para los miembros de la manada. La mayoría de ellos eran un misterio para mí, y él sonrió con indulgencia ante mi evidente confusión.

—¿Qué te gusta hacer? —preguntó, sus ojos azules verdosos le brillaban con interés.

—Dibujar. —Suavicé la voz—. Eso hacía cada vez que se me presentaba la ocasión.

—Eso podría ser útil en varios puestos. Alaric y yo te enseñaremos Hidden Creek mañana. Así, puedes conocerlo todo y averiguar qué te gustaría probar mientras nosotros atendemos nuestros deberes —dijo Bishop.

Abrí mucho los ojos. Iban en serio con lo de dejarme caminar libremente y ser parte de la manada.

«Te dije que nuestros compañeros eran buenos machos, tonta», resopló mi loba.

—Aquí eres libre, Isolde —me aseguró Wynn—. Y estás a salvo. Queremos que seas feliz.

—No esperamos nada de ti, pero te agradeceríamos que nos dieras la oportunidad de mostrarte por qué el destino nos unió —Bishop tomó la palabra, con voz cautelosa y cargada de anhelo.

—¿Por qué? —susurré.

—Porque somos tuyos —dijo Alaric—. Igual que tú eres nuestra.

El vínculo retumbó, y sentí que me animaban para que bajara mis defensas, querían que viera la verdad en sus palabras.

Incapaz de resistirme, los dejé entrar.

Capítulo 12

Bishop

El constante estruendo de mi pecho me trajo una paz que no había anticipado. Por otra parte, nunca había esperado encontrar una compañera predestinada en la vida. La mayoría no la encontraban. Estaba bastante feliz porque me concediesen la oportunidad de tener una compañera elegida.

Alaric parecía reflejar mis propios sentimientos, ya que aprovechaba cada oportunidad para abrazar, tocar y acariciar a Isolde, que disfrutaba de sus atenciones, apoyándose en él cada vez que se las ofrecía. Mis instintos cobraron vida ante la perspectiva de que encontrara la felicidad con nosotros.

Aunque estaba contento, las palabras de Isolde durante la cena todavía me perseguían. Sentí el momento en que le cerró la puerta a sus emociones, manteniéndonos alejados de sus recuerdos.

Quería ir a ese internado y exigir respuestas al porqué de sus acciones porque lo que Isolde nos había descrito no podía estar autorizado. No podíamos evitar notar lo delgada que estaba o cómo los ojos se le agrandaban por la sorpresa cuando se le permitía hablar. A pesar de su nerviosismo inicial, había en ella un fuego y una voluntad para no dejarse avasallar y dejar que el Consejo ganara.

«Nuestra compañera es dura de pelar», resopló mi lobo, complacido.

Recorrimos el abarrotado mercado, optando por el camino más largo para que Isolde pudiera ver todo lo posible. Una parte de mí no quería dejarla sola mañana, pero tenía responsabilidades e Isolde quería libertad. La deseaba con tanta fuerza que podía saborearlo en el aire.

Me concentré en mostrarle nuestras fronteras, asegurándome de que entendiera la disposición de nuestras tierras para que no se perdiera. El lago Sarrin del sur, los claros al oeste, el portón al norte y la linde del bosque antes del claro que conducía al monte Icramel al este, marcaban los parámetros de nuestra tierra, y mientras estuvieran dentro de ellos, sabría que estaba cerca de casa.

—La frontera este es donde la cosa se complica —le advertí—. En el bosque de esa zona comienza el cambio hacia el territorio renegado. Icramel es lo que divide las tierras de renegados de las no autorizadas.

Los renegados eran cambiaformas despiadados, medio cuerdos, solitarios y sin ataduras a las manadas. La mayoría habían sido expulsados de sus manadas, pero algunos habían optado por abandonarlas. Sea como sea, no eran leales a ninguna manada, autorizada o no, ni al Consejo.

—¿Soléis tener problemas con los renegados? —preguntó.

—Los tuvimos una vez —respondió Alaric—. Pero ya no.

Hidden Creek se había establecido durante mucho tiempo como zona peligrosa para cualquier renegado que quisiera colarse dentro de nuestras fronteras. Podían entrar, pero nunca lograban volver a salir.

Pasamos por el distrito de la tela y los ojos le brillaron de emoción. Tomé nota de cada objeto en el que se detenía su mirada y de cada palabra intercambiada entre los comerciantes. Al mediodía, ya habíamos recorrido la mayor parte del mercado, dejando el distrito de comida para el final.

—Bueno, ¿qué te parece? —le preguntó Alaric.

—Es increíble. Podría haberme pasado la eternidad en el taller de carpintería. Nunca antes había visto tanta destreza. —Le dio un mordisco a su bocadillo de pollo—. Siento que tengáis que veros obligados a recorrerlo todo conmigo. Sé que estáis ocupados.

—No hay nada que preferiría estar haciendo más que pasar tiempo contigo, incluso si eso implica escucharte hablar efusivamente sobre la destreza de otros machos —bromeé.

Se sonrojó tanto que me supuso todo un esfuerzo por apoderarme de sus labios. Me conformé con ponerle una mano en la rodilla por debajo de la mesa. La caricia fue suficiente para calmar a mi lobo.

—Pero que tampoco se convierta en costumbre —le advirtió Alaric en voz baja—. No estoy seguro de cuánto podemos aguantar antes de que haya bajas.

Isolde se echó a reír, sin ser consciente de la veracidad de su afirmación.

Le puse una mano por debajo de la barbilla, guiando sus preciosos ojos turquesa hacia los míos.

—Vamos en serio con lo de querer estar aquí contigo. Llevamos esperando a nuestra compañera mucho tiempo, y ahora que tenemos a una predestinada... —Pasé el pulgar por el suave ángulo de su mejilla. Ella se estremeció y separó los labios en respuesta—. No hay nada más que desear.

—No sois lo que me esperaba —confesó Isolde mirando de uno a otro.

—¿En qué sentido?

—Bueno, supongo que no sabía qué esperarme, pero no era esto.

Alaric apoyó la barbilla en la mano.

—¿Qué te esperabas, compañerita?

Ella se sonrojó con timidez.

—Bueno, para ser sincera pensé que seríais unos imbéciles y que me tendríais encerrada en una habitación en alguna parte.

—¿Por qué te íbamos a encerrar en ninguna parte? —pregunté—. Eres nuestra compañera.

—Sí, pero la mayoría de los machos quieren solo lo que les aporta el apareamiento y nada más —murmuró ella.

Cachorros. Se refería a los cachorros.

No podía negarlo: muchos machos solo veían a las omegas como criadoras, y algunos continuaban manteniendo relaciones con las hembras alfa o beta incluso después de establecerse el vínculo.

—Nosotros no. —Alaric le robó una de sus patatas fritas con una sonrisa—. ¿No puedes sentir la fuerza de nuestro vínculo y cuánto te queremos?

—Ni siquiera nos conocemos. —No era una negación, sino un simple hecho.

—Todavía no, no del todo, pero nos conoceremos. —Posé la mano encima de la suya—. Bueno, ¿qué tal si nos cuentas qué te hizo interesarte en el arte?

Sus ojos se iluminaron.

—No puedo creer que no sepas nadar —dijo Alaric.

—La lista de cosas que no sé hacer es mucho más larga que la lista de cosas que sé hacer.

Le agarré la mano a Isolde y la ayudé a cruzar las rocas de camino al lago. La luz del sol se reflejaba en su cabello, resaltando los tonos azules y morados en sus ondas oscuras. El color había florecido en sus mejillas durante nuestra caminata, y le brillaban los ojos cada vez que toma nota de cada pequeña criatura que pasaba. Estaba tan encantada como un cachorro en su primer viaje por zonas silvestres.

Noté que algo se me contraía en las entrañas.

—Eso significa que tenemos el placer de poder enseñarte —dije.

—Y de verte semidesnuda. —Alaric movió las cejas de arriba abajo, apartándose antes de que Isolde pudiera darle un manotazo.

—Dudo que os parezca un espectáculo impresionante, teniendo en cuenta que ya me lo habéis visto todo —bromeó Isolde.

—Creo que no entiendes la gravedad del asunto. Cada centímetro de tu piel desnuda me excita —admitió Alaric con descaro—. Tengo que contenerme para no tocarte y lamerte.

Isolde se sonrojó y me miró en busca de confirmación.

Le deposité un suave beso en la boca, sin molestarme en contener el estruendo en mi pecho.

—A lo mejor después de nuestra lección de natación, podemos jugar —murmuré.

Llegamos al claro, y solté a regañadientes a Isolde. El lago brillaba con los rayos del sol que se abrían paso entre las hojas. Me quité los zapatos, seguidos de la camisa y los pantalones. Alaric me imitó.

Isolde miró del uno al otro, acariciando la longitud de nuestros cuerpos con esa mirada de cargada. A nuestra compañera no le afectábamos tan poco como fingía. La polla se me agitó ante la lujuria para nada disimulada de sus ojos.

La fragancia dulce y terrosa de su excitación flotaba por el claro y gruñí, incapaz de evitar

inhalar con avidez.

Me sacudí la cabeza para despejarme.

—Quítate la ropa —le ordené, con voz ronca y tensa. Cuando la vi dudar, sonreí—. ¿Necesitas ayuda?

Sus ojos azules examinaron mi cuerpo casi desnudo, deteniéndose en mi miembro endurecido bajo el material estirado de mis calzoncillos. A continuación, se desviaron hacia Alaric antes de volver a mi cara.

Su sonrisa era maliciosa.

—El primero que me atrape, gana.

Isolde echó a correr hacia el bosque, apenas consciente de sus palabras antes de lanzarme a perseguirla. Alaric estaba a mi altura, moviendo las piernas más rápido de lo que jamás le había visto. Me miró de reojo, con un desafío claro en su mirada, y le sonreí.

Nuestra pequeña compañera era rápida. Los pies le volaban sobre la tierra blanda como si estuviera flotando, pero eso solo servía para infundirme ánimos. Mis sentidos se agudizaron con una llamada biológica arraigada, atrayéndome hacia ella como un imán. La necesidad de reclamarla, de atraparla debajo de mi cuerpo y asegurarme de que nunca más volviera a huir de mí, me acariciaba la nuca.

Nos estrellamos contra ella, Alaric se retorció en el aire para que aterrizara entre nosotros.

—No tienes a donde huir, guapa.

—No es justo, sois dos contra uno —dijo entre risas.

Gruñí, pensando en otro escenario que también la implicaba a ella y donde Alaric y yo podíamos aunar fuerzas.

—Vamos a meterte en el agua antes de que tengamos que posponer la lección.

Ayudé a Isolde a levantarse antes de echármela por encima del hombro. Cuando llegamos a la orilla, agarré el dobladillo de su camisa y se la quité por encima de la cabeza mientras Alaric le bajaba los pantalones por las caderas.

Isolde se quedó en sujetador y bragas, con esas curvas que suplicaban que las toquemos.

Diosa, ayúdame.

El gemido de Alaric reflejó mis pensamientos.

—Vale —dije, mirando el agua y recordándome a mí mismo por qué estábamos allí—. Vamos a entrar y empezar poco a poco.

Sus ojos se abrieron de par en par por el miedo, y Alaric le puso una mano en la parte baja de la espalda.

—No dejaremos que te pase nada.

Me metí en el agua y extendí la mano, que aceptó respirando hondo antes de unirse a mí en el lago. Alaric la siguió, manteniéndose cerca para que se sintiera segura.

—Si dejáis que me ahogue —nos miró con un puchero—, volveré como un fantasma para acecharos.

—Tomo nota. —Le dediqué una sonrisa tranquila y la conduje más lejos, deteniéndome cuando el agua le rozó los brotes puntiagudos de sus pezones.

—Primero, vas a aprender la forma correcta de contener la respiración.

—¿Hay una manera correcta de contener la respiración?

Alaric soltó una carcajada ante su tono descarado.

—Ay, cariño, hay una manera correcta de hacer todo. Y respirar, o no respirar, es la clave para nadar. Tienes que dominar tus pulmones, pero también necesitas dominar tu mente. Cuando estés bajo el agua, tus instintos aflorarán. Querrán que entres en pánico, así que tienes que convencer a tu cuerpo de que estás a salvo para que tu mente se mantenga despejada.

—Claro, pan comido —dijo, poco convencida.

Le mostramos algunos ejercicios de respiración y sumergió la cabeza bajo el agua. Después de los primeros intentos, Isolde sonrió ante su progreso, y pasamos a los movimientos de las piernas y de los brazos. Por último, le mostramos cómo usar su abdomen para mantener el cuerpo

erguido.

Isolde aprendía rápido. Al poco tiempo, ya se estaba deslizándose por el agua.

—¿Qué pasa si soy capaz de nadar de regreso a la orilla sola? —preguntó con una sonrisa tímida.

Alcé una ceja.

—¿Quieres hacer una apuesta?

—A menos que te dé demasiado miedo —se burló, moviendo las manos con suavidad para mantenerse a flote cerca de mí.

—No te dejes engañar por esa cara tan dulce, Bishop. Está tratando de hacer que pierdas.

Estudí la sonrisa empalagosa de nuestra compañera.

—Muy bien. ¿Qué quieres si ganas?

—Quiero que hagas ese pollo asado que comimos anoche. No puedo quitármelo de la cabeza.

El orgullo masculino me llenó el pecho ante la idea de satisfacer a mi compañera, y sonreí.

—Trato hecho.

Alaric y yo observamos la ágil figura de Isolde atravesar el agua como si llevara nadando toda su vida. Estaba siendo una de las tardes más agradables que había tenido en mucho tiempo. Incluso Alaric parecía contento de pasar horas con ella en el agua. Lo único que nos faltaba era Wynn.

Isolde llegó a la orilla y un grito de orgullo resonó en el aire. Alaric y yo fuimos a su encuentro, sacudiéndonos como nuestros lobos.

—¿Cuándo se me entregará mi premio? —preguntó poniéndose los pantalones y meneando las cejas en mi dirección.

—Hoy, si quieres. —Me puse también la ropa.

Se lo pensó un momento.

—Espero que no te estés quedando conmigo.

—Yo sí que me quedo contigo. —Alaric le guiñó un ojo.

—Como si pudieras elegir, no os queda más remedio que apegarse conmigo —dijo entre risas.

—No querría tener que apegarse con nadie más que contigo —dijo con sinceridad.

El deleite que vi reflejado en su rostro fue casi más de lo que podía soportar.

Capítulo 13

Isolde

Nunca había estado más contenta de llevar la ropa empapada.

Los rayos del sol me calentaban la espalda, y mis dos compañeros caminaban a mi lado mientras nos dirigíamos a casa después de un día de cargado de primeras veces.

Cuando les admití que no sabía nadar, lo último que esperaba era que me enseñaran. Jamás me imaginé que se tomarían el tiempo de llevarme al lago y enseñarme a nadar ellos mismos. La amabilidad del gesto y lo mucho que nos divertimos me resultó igual de sorprendente.

—¿Qué tal si repetimos el fin de semana cuando podamos obligar a Wynn a salir de su cueva? —propuso Bishop.

Noté que me embargaban los nervios solo de pensarlo.

—¿Crees que vendría?

—Por supuesto, sobre todo si lo convences haciendo ese puchero tan mono. No va poder resistirse. —Alaric me rozó el brazo con su mano callosa y me estremecí.

Se me calentó la sangre ante la imagen de Alaric y Bishop en calzoncillos, que hacían poco para disimular la barra de acero que llevaban entre las piernas. Se me secó la boca y me lamí los labios. Mi loba se acicaló bajo mi piel, lista para presentarse a sus compañeros.

Le arrojé un cubo de hielo a mis hormonas enloquecidas.

—Pues me toca practicar mis pucheros, entonces.

Bishop resopló. La luz del sol que se desvanecía proyectaba un resplandor etéreo sobre su cálida piel morena.

—Me muero por verlo.

—¿Es duda eso que escucho en tu voz? —bromeé.

—¿Cuándo se trata de intentar convencer a Wynn de que haga algo que no quiere? Siempre.

Resoplé fingiéndome ofendida, todavía sorprendida de lo relajada que estaba con ellos.

«*Estamos en casa*», dijo mi loba.

Sabía que no se refería a la casa que tenía delante, sino a nuestros compañeros.

Alaric abrió la puerta de entrada, y las palabras que había estado a punto de pronunciar se desvanecieron al ver a Wynn de pie en el umbral.

¿Nos estaba esperando? ¿Por qué me ponía tan contenta esa idea?

Su mirada se deslizó entre los tres, y alzó una ceja blanca y rubia lanzándole una mirada penetrante al cielo.

—No parece que haya estado lloviendo.

Alaric lo empujó para pasar dentro.

—¿Nos has echado de menos? Estábamos nadando.

—¿Nadando? —repitió.

Bishop y yo seguimos a Alaric adentro.

—Me estaban enseñando a nadar —aclaré, mirando a Wynn a los ojos.

Él asintió. Si pensaba sobre lo que acababa de decir, no lo demostró.

—La cena estará lista después de que os aseéis —Me dedicó una última mirada antes de dirigirse a la cocina.

—¿Has preparado tú la cena? —gritó Alaric desde lo alto de la escalera, con sus palabras teñidas de humor—. Será mejor tener el Aerored a mano.

Se me escapó una risita que me ganó una mirada airada de Wynn, que a su vez hizo que subiera corriendo las escaleras detrás de Alaric.

—Muy gracioso —gritó Wynn tras nosotros.

—¿Sabes? Para alguien que asegura que se le dan mejor los postres, cocinas muy bien —dije, engullendo un buen bocado de lasaña bien cargada de carne y queso.

Los ojos de Wynn destellaron con un rastro de vergüenza y se aclaró la garganta.

—Es solo una lasaña. Y hay que ser muy torpe para cagarla con la pasta.

—Eso quiere decir que he conocido a muchos torpes —dije con tono informal.

Wynn me miró a los ojos, pero enseguida desvió la mirada. El alfa era más difícil de comprender que mis otros compañeros. No era que estuviera callado, sino su incertidumbre.

No estaba seguro de cómo comportarse cuando yo estaba cerca.

Una mano conocida me rozó la rodilla. Ya me había acostumbrado a que Alaric me tocara. Al principio, pensé que era un acto inconsciente, pero después me di cuenta de la amabilidad que esconde. Cada tierna caricia era una garantía de que yo seguía ahí.

Calmaba una parte de mí ansiosa de que la cuidasen y hambrienta de afecto. Incluso a mi loba parecían encantarle las sencillas caricias de Alaric. Con Bishop era igual, me acariciaba con despreocupación cada vez que estaba cerca, pero Wynn mantenía las distancias.

—Estoy seguro de que sí —dijo Alaric.

Bishop se echó a reír, y su risa de tenor profundo hizo vibrar la mesa.

—¿Cuánto tiempo hace que os conocéis? —pregunté, no quería que la conversación se estancara.

—Toda la vida —respondió Alaric entre bocado y bocado—. Crecimos juntos, y entrenábamos juntos.

La curiosidad hizo mella en mí.

—¿Siempre supisteis que serías una unidad?

—No. Las unidades no se forman hasta después de haber alcanzado a la pubertad, más o menos cuando nuestros lobos comienzan a emerger.

—¿Y cuándo fue eso?

—Para Alaric y yo a los trece, y a los once para Wynn —dijo Bishop.

Le gustaba que me interesara por ellos. Sentí que la alegría recorría nuestro vínculo.

Miré a Wynn.

—¿A los once?

Movió la barbilla en un gesto de asentimiento.

—Los lobos alfa emergen antes que la mayoría —explicó Alaric—. ¿Cuándo apareció la tuya?

—Mi loba era una vaga, estaba perfectamente contenta de esperar hasta que yo cumpliera los quince años.

Esto captó la atención de Wynn.

—¿Qué quieres decir con que esperó?

Miré entre los tres machos.

—Ha estado presente desde que tenía catorce años, pero nunca quiso cruzar la barrera.

—¿Por qué?

Me encogí de hombros.

—Porque odiaba el internado. Todas lo odiábamos, en realidad. No cambió de forma hasta que no le quedó más remedio. —Wynn guardó silencio, esperando a que prosiguiera con mi relato. Arrastré un poco de la lasaña por el plato e hice de tripas corazón, rezando para que me creyeran —. La demora es inaceptable en los internados. A cualquier loba sospechosa de ello se la lleva a terapia para emerger en las celdas de detención. A mi loba no le interesaba pasar por eso, así que nos transformamos.

La mesa se quedó en silencio por un momento. Nadie tenía claro en realidad en qué consistía la terapia para emerger, pero los gritos de las celdas nos mantenían despiertas por la noche.

Ninguna omega que entró ahí dentro salió siendo como era antes.

—¿Qué se siente al estar en una unidad vinculada? —pregunté en voz baja, sin querer pensar en el internado.

Cuando levanté la vista, los ojos de Wynn seguían clavados en mí, y Alaric estaba agarrando el tenedor con tanta fuerza que me sorprendió que no lo doblara.

Por suerte, Bishop me permitió cambiar de tema.

—Es como si siempre hubiéramos estado destinados a estar juntos. Somos parte el uno de los otros y, cuando te conocimos, encontramos el ancla que necesitábamos, el lazo final para asentar nuestras almas inquietas.

El resto de la cena transcurrió entre risas mientras me contaban las historias de las travesuras en las que se metían cuando eran niños. Hasta Wynn parecía más tranquilo, con esas pequeñas sonrisas que le retorcían los labios cada vez que su unidad rememoraba buenos tiempos. Me sorprendió hasta qué punto eran una familia, lo bien que conocían lo que le causa a los otros dolor y alegrías. Se tenían una confianza ciega y no se preocupaban por que hubiese intenciones ocultas.

Se me contrajo el pecho ante la idea de que me aceptasen estos machos.

No fue hasta que subimos a nuestra habitación que fui consciente de lo que implicaba esta nueva vida mía. Nunca volvería a estar sola.

Mis compañeros se movieron con facilidad, quitándose la ropa y preparándose para ir a la cama sin vergüenza ni vacilación. Algo se calentó en mi vientre al ver destellos de su piel desnuda. Observé con avidez sus músculos pronunciados y su carne seductora y fibrosa.

Sin saber qué hacer con esta punzada de lujuria, volví la vista hacia mis pertenencias y me preparé para dormir. Escuché cómo crujía el colchón mientras me ponía el camisón, y me giré para encontrar a Alaric tendido en la cama. Tenía los brazos abiertos y una sonrisa juvenil plasmada en la cara. Toda la tensión que sentía acumulada en los hombros se liberó al verlo.

—¿Te gusta acurrucarte? —Lo vacilé.

—¿Por qué no vienes a averiguarlo? —gruñó juguetonamente.

Solté un gritito cuando unas manos fuertes me agarraron por la cintura y salí despedida por los aires antes de poder darme cuenta de lo que estaba pasando. Mis rodillas golpearon el mullido

colchón, y Alaric me rodeó con los brazos mientras Bishop apretaba mi cuerpo entre el de ambos.

Wynn sonrió desde el extremo de la cama, pero percibí su vacilación. Tiré del vínculo, no quería que ninguno de mis compañeros se sintiera excluido. Su incertidumbre me dolía en el pecho y abrí los brazos.

—No nos vas a dejar esperando toda la noche, ¿verdad? —susurré.

Avanzó sin apartar los ojos de los míos. La cama se hundió bajo su peso y guie su cabeza hacia mi pecho.

Me dirigió una mirada de pánico.

—Te voy a aplastar.

Tiré de él con más fuerza.

—No, no es verdad. —Un ronroneo vibró a través de mi cuerpo, y tardé un momento darme cuenta de que era mi loba.

Wynn buscó algo en mi expresión, y se le suavizó el semblante ante lo que quiera que hubiese visto. Se relajó entre mis brazos.

Nuestra respiración se sincronizó a medida que su calor se filtraba en mis huesos y, por primera vez en mi vida, me sentí como si estuviera en casa.

Capítulo 14

Wynn

Despertarse con el aroma de Isolde resultaba casi demasiado bueno para ser verdad. Una parte de mí quería rechazar su dulzura que se entremezclaba con la nuestra, y otra parte quería enterrarme dentro de ella hasta que hiciera mella en mi piel. Pero el deber me llamaba, y lo que yo quisiese no importaba.

Al principio, pensé que mis sentimientos eran un efecto secundario de ver a mi unidad tan a gusto con ella, pero después de la noche que habíamos pasado, supe que no era el caso. El vínculo rugía con una sensación de culminación. Aceptar lo que ella ofrecía tan libremente era el primer paso, y sonreí al recordar la ternura que me consumió cuando apoyé la cabeza contra su corazón y dejé que su latido me arrullara hasta dormirme.

La deseaba, la anhelaba, a pesar de mi incertidumbre.

Mi lobo gruñó su aprobación.

Con una última inhalación de ese cremoso aroma a fresa del que rápidamente empezaba a depender, me separé de la maraña de extremidades dormidas, me aseo y me dirigí a mi despacho. Quería ponerme en contacto con mi hermana para asegurarme de que todo estaba listo para hoy.

Sabía que Isolde estaría físicamente segura en mi manada, pero no había forma de saber con qué otros factores estresantes se toparía estando sola.

Winnie me contestó al segundo timbrado.

—No te tenía por tan ansioso —dijo ella a modo de saludo.

—Y no lo soy, tú vas a estar con ella. Solo quería asegurarme de que tengas todo lo necesario para hoy.

Su resoplido me llega desde el otro lado de la línea.

—Claro, porque la lista de suministros necesarios para llevarla a la nueva guardería de cachorros es larguísima. —Casi podía oírla poner los ojos en blanco. Ella sabía que era mentira, y yo también.

—Bah. Bueno, ¿estás lista?

—Si no lo estuviera, no estaríamos hablando.

—Listilla —refunfuñé—. Ya sabes a lo que me refiero.

—Mira, si te preocupa que las chicas hagan o digan algo que la haga sentir... incómoda, pues no sé muy bien qué decirte. La verdad es que es algo que podría pasar, pero tiene que aprender a enfrentarse a ello. El respeto se gana en ambos sentidos, así que, si estás pensando en ponerte en plan alfa con ellas, olvídate. Así solo le pondrás las cosas más difíciles a Isolde.

Gruñí, dejando claro mi disgusto.

—Gruñe todo lo que quieras, pero no podéis estar con ella todo el tiempo. Y si quieres que a las omegas se las trate como todos los demás, tienes que dejar que peleen sus batallas como lobos.

Tenía razón. No era algo que me gustase, pero estaba en lo cierto.

—Está bien, pero, Winn...

—No le va a pasar nada —me aseguró con tono tranquilizador.

—Pero respecto a la guardería, ¿no crees que eso podría... caldear un poco los ánimos, dadas las circunstancias?

—Ah, ¿te refieres a que ninguna hembra más que ella puede dar a luz en esta manada? —Esboqué una mueca ante el dolor oculto tras sus palabras—. Sí que se caldearán los ánimos, pero también obligará a las hembras alfa y beta a expresar sus quejas. Con algo de suerte, podremos pasar página en cuanto todas se hayan desahogado. Además, a Isolde le encanta dibujar, y pensé que supervisar la pintura del mural de la guardería la ayudaría a sentirse más cómoda con nosotros.

Mi ansiedad disminuyó, Winnie cuidaría de Isolde.

—Gracias por hacer esto. Isolde debería estar lista a las ocho.

—Cualquier cosa por mi cuñada —dijo antes de colgar, y estaba seguro de que lo decía en serio.

Me sacudí de encima el miedo persistente de que Isolde no encontrara su lugar en Hidden Creek.

«Si nuestra compañera nos necesita, lo sabremos», me aseguró mi lobo. *«No hay necesidad de preocuparse»*.

Ojalá fuera así de simple.

Alcé la vista de inmediato cuando Bishop y Alaric entraron por fin en mi despacho, sintiéndome un poco avergonzado por lo ansioso que estaba por dejar aparcado mi trabajo.

—¿Ya se ha pasado Winnie a recogerla?

Bishop tomó asiento en el diván mientras Alaric se dirigía a la barra para cogerse una botella de agua.

—Sí, parecía emocionada —contestó el primero con una sonrisa en su rostro—. Y tú parece que estás a punto de arrancarte los pelos.

Resoplé, pero no tenía sentido mentir.

—Es solo que no quiero que salga nada mal.

—Mal, ¿cómo? —Alaric se sentó al lado de Bishop y le echó las piernas sobre el regazo.

Le miré una mirada sagaz y él se encogió de hombros con confianza.

—Winnie está con ella. Tendrían que ser muy estúpidas para enfrentarse a Isolde estando ella delante. —Tenía razón. Aunque mi hermana era una beta, podía enfrentarse a algunos de nuestros mejores ejecutores. Me había asegurado de ello—. Además, ya he hecho hueco en la agenda para entrenar con Isolde. Debería tener al menos unas nociones básicas de defensa personal —continuó.

Bishop asintió en señal de aprobación. Noté cómo la opresión que sentía en el pecho se aliviaba. Si Alaric tenía pensado entrenar a Isolde, era una cosa menos de la que preocuparme.

Mi lobo estuvo de acuerdo.

—Hablando de lobos —se aventuró Bishop con tiento—, ¿deberíamos sacar el tema de salir a correr pronto?

El dolor punzante del que había estado tratando de deshacerme desde que Isolde nos habló del internado me desgarró el pecho. Había creído que el Consejo estaba protegiendo a las omegas, pero cuanto más hablaba Isolde de su pasado, más se acrecentaba esa sensación de que algo iba muy mal. El abuso al que se había visto sometida nuestra compañera hacía que se me erizara el pelaje y que no me surgieran más que preguntas.

Ya no me daba la impresión de que el Consejo estuviera protegiendo a las omegas, sino que las hacían vivir como esclavas. ¿Qué otra manera había de llamarlo? El aislamiento, las clases que les proporcionaban, la ignorancia intencionada y el desapego de sus lobos eran actos inhumanos.

Un cambiaformas y su lobo eran dos caras de la misma moneda. No estábamos tan separados como a algunos les gustaba pensar. Mantenernos separados era negarle al cambiaformas la otra mitad de su alma. ¿Cómo podrían privar a las omegas de cambiar de forma?

«*Tenemos que comprobar cómo está nuestra compañera*», dijo mi lobo, llegando a la misma conclusión.

Tenía que comprobar por mí mismo que su loba estaba ilesa.

—Sí, tenemos que verla en su forma de lobo —dije.

—Puede que sea mejor si solo estás tú la primera vez —sugirió Alaric.

Sorprendido, sostuve su mirada.

—¿Por qué yo?

La cabeza me iba a mil por hora, no paraba de pensar en todas las cosas que podían salir mal y, a la mayoría, no creía poder enfrentarme yo solo. A Bishop se le daba mejor tratar con los sentimientos de los demás y si su loba estaba asustada...

—Tú eres el alfa —me recordó Bishop—. Su loba responderá ante ti por instinto. Deja que el tuyo propio te guíe.

Antes de poder replicar nada, saltó una videollamada en el sistema de comunicaciones.

Era el Consejo.

Bishop y Alaric esperaron en silencio fuera de la vista de la pantalla, listos para escuchar cada palabra.

Borrándome el ceño fruncido de la cara, adopté una máscara de fría indiferencia. ¿Por qué demonios se ponían en contacto conmigo? Todavía quedaban tres meses para la próxima cacería.

Le di a aceptar, y el rostro del concejal Raza apareció en la pantalla. Llevaba el pelo gris en su característico peinado echado hacia atrás, y los ojos negros le brillaban con un leve rastro de diversión.

—Concejal, no esperaba saber de usted. ¿Va todo bien? —pregunté.

—Muy bien, Alfa Wynn. Solo queríamos comprobar cómo le está yendo a nuestra nueva incorporación. ¿Cómo se está adaptando Hidden Creek?

Sabía por qué preguntaba, pero, aun así, me irritaba los nervios. El Consejo se negaba a dejarnos olvidar el pasado de nuestra manada.

—Tanto mi compañera como mi manada están muy bien.

Esbozó una sonrisilla engreída. Capullo arrogante.

—Cómo me alegro de oír eso. Mi colega concejal se quedó bastante impresionado con el cambio de rumbo de Hidden Creek. Me alegra saber que esta vez la cosa parece ser diferente.

Apreté la mandíbula. Una chispa de molestia se encendió en el vínculo, cortesía de Bishop y Alaric.

—¿Hay alguna otra razón para su llamada? —espeté, molesto.

Su sonrisa no hizo más que ampliarse.

—No le gusta que le hagan perder el tiempo, y a mí tampoco, así que iré al grano. ¿Es necesario programar una visita a una de nuestras clínicas?

Por un momento, me sentí confundido. Entonces, el carácter de su pregunta me golpeó con la fuerza un bate de béisbol en la cabeza.

Estaban atentos a Isolde, no a nosotros.

—Nuestra compañera no está embarazada si eso es lo que me está preguntando, concejal. Y en caso de que no esté informado, Hidden Creek está bien equipada para ocuparse del parto, por lo que, cuando esté embarazada, no tendremos necesidad de hacer uso de sus instalaciones.

La sonrisa le flaqueó.

—Es cierto. ¿Y dónde está la omega?

¡Cómo se atreve a cuestionarme sobre mi compañera!

—Con su manada. —Mi tono sonaba mordaz hasta a mis propios oídos—. Como debe ser.

—Alfa Wynn, —frunció el ceño—, siento que es mi deber disuadirle de dejar a su omega en las proximidades de machos no apareados. Podría causar un gran revuelo. Lo mejor es que se quede...

—Mi compañera no es ninguna mascota, y no tengo la intención de hacer que se quede en ningún lado —gruñí.

—No diga tonterías. Solo le estaba proporcionando unos buenos consejos basados en innumerables integraciones exitosas.

—Creo que usted y yo tenemos definiciones muy diferentes de lo que es el éxito. —Apreté el puño, haciendo un esfuerzo por mantener una voz uniforme—. Pero sigo sin comprender en qué le concierne al Consejo lo que haga con mi compañera. La cacería ha terminado y se encuentra oficialmente bajo la protección de Hidden Creek.

Los ojos del concejal Raza se entrecerraron.

—Sea como fuere, como manada autorizada, sigue estando en la obligación de informar al Consejo de cualquier nacimiento y sus clasificaciones. Espere una llamada semanal, alfa Wynn, para que seamos los primeros en felicitarle por la nueva incorporación de su unidad.

A mi lobo se le pusieron los pelos de punta, irritado por la amenaza velada en las palabras del concejal. Un gruñido de advertencia resonó en el despacho.

—Hasta la semana que viene, alfa —dijo Raza con burla, y la pantalla se quedó en negro.

Alaric se levantó de su asiento, con la ira ardiendo tras sus ojos de un azul verdoso.

—¡Mamonazo de mierda! ¿Quién coño se cree que es?

—Los estatutos están de su parte —le recordó Bishop, antes de girarse hacia mí. Tan inteligente como siempre ya estaba comprendiendo lo que esto significaba.

—Entonces, ¿qué? ¿Vamos a dejar que le respire en la nuca como si ella fuera una especie de premio prestado?

La mano de Bishop se dirigió al antebrazo de Alaric para darle un ligero apretón.

La puerta se abrió de golpe y los ojos de Valor se cruzaron con los míos. Algo muy parecido al pavor se enroscó en mis entrañas.

Me concentré en el vínculo y sentí una oleada de dolor apenas disimulada.

—Isolde está entrando en celo —anunció el ejecutor.

Capítulo 15

Isolde

—Llegarán enseguida, tú aguanta —me tranquilizó Winnie, trazando pequeños círculos en mi espalda mientras que yo estaba acurrucada en una bola.

Unas piedrecillas pequeñas y afiladas se me clavaban en las rodillas, pero era un dolor bienvenido, agradecía cualquier cosa que me distrajera de la niebla de lujuria y necesidad que envolvía mi cuerpo.

Mi loba gimió, llamando a sus compañeros, necesitándolos para aliviar este malestar.

Estaba pasando algo. Se escuchaban cerca gritos y gruñidos apagados, y pude oler a machos, pero ninguno de ellos eran mis compañeros. El sudor me corría por la frente mientras el dolor se irradiaba por mis extremidades, y no pude evitar el gemido que escapó de mis labios.

Unas voces me rodeaban, pero no podía distinguir lo que decían. Abrí los ojos y vi las espaldas de las hembras con las que había pasado toda la mañana, armando una barrera entre los machos y yo. Incluso Laris, que no había ocultado su molestia ante mi presencia, se erigía como un pilar más en su muro improvisado.

A pesar del dolor, noté que el pecho se me encogía con ternura ante su rápida predisposición a defenderme. Apenas las conocía. Yo era una amenaza para sus posiciones en la manada por el mero hecho de existir, pero se estaban interponiendo entre mí y una amenaza potencial como un frente unido.

Un gruñido se abrió paso entre la niebla e hizo que apretase los dientes. Un macho se lanzó contra el muro de mujeres, pero Winnie fue a su encuentro de frente, y su gruñido resonó en el claro. Dos ejecutores masculinos lo derribaron, reteniendo al volátil hombre mientras las mujeres cerraban filas.

Grité, con el cuerpo temblándome de agonía y humillación a medida que la humedad se acumulaba entre mis muslos. Los pezones se me endurecieron y el abdomen se me contrajo con

violencia.

«Necesito a mis compañeros ya mismo. Necesito que nos hagan suyas, nos reclamen y nos llenen con su semilla».

Me sonrojé ante los pensamientos obscenos y desesperados. Clavé los dedos en la tierra conforme las náuseas me retorcían el estómago.

La menta y el pachulí captaron mi atención, y mi cuerpo se desplazó hacia el adictivo olor a musgo de mi compañero. Dejé escapar un gemido vergonzosamente necesitado, y la pared de cuerpos a mi alrededor se abrió.

El gruñido de respuesta de Wynn envió un torrente de lujuria por mis venas.

—Llévao a las celdas. Me ocuparé de él más tarde —ordenó Wynn, levantándose en brazos.

Mis gemidos se volvieron frenéticos. Le rodeé los hombros con los brazos e inhalé su aroma. Su corazón latía con fuerza junto al mío.

—Wynn —supliqué, apenas reconocía mi voz.

—No te preocupes, ya casi estamos en casa —dijo con voz grave.

La fricción de su cuerpo contra el mío era casi demasiado y, sin sentir un ápice de vergüenza, restregué las caderas contra su miembro deliciosamente duro. Su gruñido fue una advertencia y una promesa a partes iguales mientras me agarraba con firmeza, restringiendo mis movimientos.

—No tengo mucho autocontrol en estos momentos —dijo, con la voz tensa.

Wynn aceleró el paso hasta que prácticamente estaba corriendo conmigo en brazos, pero su cuerpo se frotaba contra el mío a cada paso, burlándose de mi dolorido centro.

Sentía la mente confusa. De forma vaga, sentí que mis garras se desenvainaban y que arrastraba la lengua por la columna de su cuello.

Volvió a maldecir. Su tono debería haberme inspirado miedo, pero sentí que la viscosidad se deslizaba por mis muslos. El dominio en su tono hizo que me hormigueara la columna vertebral y que se me doblaran los dedos de los pies.

—Wynn, no puedo soportarlo más... por favor —le supliqué.

La puerta principal se abrió de golpe y el tentador aroma de mis compañeros me rodeó. Wynn subió los escalones de dos en dos, y no disminuyó la velocidad hasta que llegamos a nuestro dormitorio.

—Joder. Isolde, cariño, vas a estar bien —me aseguró Alaric, que me rodeó con los brazos y me depositó sobre algo grueso y suave.

Era algo que olía a ellos. Parpadeé, despejando la neblina de mi vista mientras le daba sentido a lo que me rodeaba. La cama estaba repleta de mantas, camisas y pantalones de chándal, todos los materiales blandos que olían a ellos.

Era un nido, caí en cuenta.

Mi loba ronroneó y una profunda satisfacción se abrió paso por mi cerebro aturdido por la lujuria.

Me habían hecho un nido.

Las manos se me movieron solas, el instinto exigía que todo estuviera perfecto para lo que vendría a continuación. En algún lugar al fondo de mi mente, yo temblaba de miedo. Entendía que probablemente estaría embarazada una vez terminara mi celo.

Pero la exigencia de alimentar mi lujuria me resonó en los oídos. Tenía el cuerpo caliente y la piel sensible. Cuanto más me movía, rodaba y arreglaba el nido, más pesados sentía los pechos y más fuerte me latía la entrepierna.

La vergüenza me era un concepto extraño. Nada importaba cuando tomé asiento, satisfecha con mi nido.

Me encontré con las miradas hambrientas y oscuras de mis compañeros. Estaban desnudos y listos, con las pollas apretándose contra sus abdómenes. Gemí, desesperada por algo más que esta imagen de perfección masculina frente a mí.

Sus ojos seguían mis movimientos a medida que se repartían para rodearme con lentitud, arrinconándome como si me fuera a escapar. Wynn y Alaric flanquearon mis costados mientras que Bishop tomó el centro. Vi destellos de miradas doradas y dientes afilados que aumentaron mi deseo mientras sus lobos salían a jugar a un pelo de la superficie de su piel.

Mi loba los animó, y la viscosidad se derramó por mis piernas.

Las fosas nasales de Bishop se ensancharon a medida que mis manos se deslizaban por mi cuerpo, quitando capas de ropa y dejando a la vista cada centímetro de mi piel.

—No te haces una idea de lo perfecta que eres —dijo Bishop, cruzando la habitación y atrayéndome hacia él.

En el momento en que sus grandes manos me rozaron la piel, gemí, recostándome en busca de su contacto. Me acarició los pechos y animó a Alaric y a Wynn a que se acercaran.

—Mira lo sensible que es —murmuró, pasando un dedo con garras por mi pezón duro. Los dientes se me hundieron en el labio—. ¿Qué quieres primero, compañerita nuestra?

Wynn se toqueteó la polla palpitante mientras la mano de Bishop se extendía sobre la parte inferior de mi abdomen. El placer atravesó el cielo, y sus manos callosas me prometieron más. Los muslos me temblaban de anticipación.

—¿Quieres que te ofrezca a ellos? —murmuró en mi oído, rozando la capucha de mi clítoris con los dedos mientras la otra mano amasaba hábilmente mi pecho. Me pellizcó el pezón con fuerza y grité. La mezcla de placer y dolor hizo que un escalofrío me recorriera la columna—. No he oído una respuesta —gruñó.

Joder, ¿por qué el sonido de su voz me parecía tan sexy?

Mis ojos revolotearon de Alaric a Wynn. Me encontraba atrapada entre la tentación y el instinto. Pero no quería ser libre. Quería que me devoraran.

—Sí —jadeé.

—Buena chica.

Los dedos de Bishop trazaron mis labios, deslizándose por mi viscosidad y presionándome el clítoris. Gemí, sacudiendo las caderas hacia adelante. Me ahuecó el pecho, ofreciéndoselo a Alaric, quien se adelantó y me chupó el pezón duro con un gemido que hizo que me flaquearan las rodillas. Mis respiraciones eran jadeos ásperos y rápidos conforme la lengua de Alaric se deslizaba sobre mi piel.

Jadeé cuando Wynn se arrodilló frente a mí y presionó la nariz contra mi sexo, inhalando

obscenamente.

—Por la Diosa, cómo me pones —murmuró. Me miró con esos penetrantes ojos helados. Ver a mi alfa de rodillas, con la mirada más ardiente que el fuego del infierno, fue suficiente para hacerme perder todo sentido de la realidad—. ¿Vas a verme cómo lamo el néctar de este coño tan caliente?

Diosa, sálvame.

Lo más que pude hacer fue soltar un gemido, pero fue más que suficiente para mis compañeros.

Antes de que pudiera comprender lo que estaba pasando, Bishop me abrió con dos dedos. El gruñido de agradecimiento de Wynn solo se hizo más fuerte cuando Alaric me mordió el pezón.

Grité cuando Wynn comenzó a darse un festín con mi sexo. Era casi demasiado. Los dientes, los labios y la lengua acariciaban mi carne, mordisqueando y palpitando, chupando y reclamando mientras ola tras ola de placer demoledor se acumulaba bajo mi piel.

—Eres una buena chica, Isolde —ronroneó Bishop, deslizando la nariz por mi cuello.

Me besó la clavícula y la cabeza me cayó hacia un lado, dándole más acceso: sus dientes se hundieron en la carne tierna y su gruñido posesivo me calentó la columna vertebral.

Sus manos estaban por todas partes, sus bocas y lenguas marcaban cada centímetro de mí. Vi las estrellas, la felicidad estalló en penachos a través de mi piel.

Wynn deslizó su lengua larga dentro de mí, follándome con ella como si fuera su polla. Me quedé boquiabierta, pero él se apartó antes de que pudiera alcanzar el clímax. Gruñí de frustración y una risita oscura resonó por toda la habitación.

Mis rodillas golpearon la cama y Alaric se deslizó debajo de mí. Una sonrisa se dibujó en sus labios mientras contemplaba con descaro las partes más íntimas de mí.

—Qué impaciente. —Me depositó un besito en el centro—. ¿Estás lista para que te llenen? ¿Para estar tan llena de nuestra semilla que te goteará por las piernas durante días?

Diosa, ¿qué me pasaba? Me pregunté si el celo me perjudicaba las neuronas porque sentía que podía correrme solo con sus palabras.

—Restriégame ese coño necesitado por toda la cara, cariño —me arrulló Alaric—. No seas tímida.

Me sonrojé, pero hice lo que me pedía. Dejé que mi celo guiara mis movimientos, y el mundo se desvaneció conforme me dejaba caer sobre su rostro.

Las manos de Wynn me empujaron hacia adelante, unos dedos se deslizaron por mi espalda provocándome con unas caricias firmes y exigentes. Y estaba él, con su hombría presionando mi entrada apretada.

—¿Vas a recibir esta polla como una buena chica? —gruñó Wynn.

Asentí con frenesí.

—Necesito oírte decirlo. —Una palma firme cayó sobre mi culo y proferí un grito—. Usa las palabras.

Alaric me succionó el clítoris y yo maullé, mi cuerpo sufría espasmos por un éxtasis que aún no me habían dado.

Necesitaba más, mucho más.

—Quiero —dije rápidamente.

—¿Quieres qué? —preguntó.

Un gemido de frustración brotó de mi garganta.

—Quiero que me metas la polla. —Mi respuesta me salió entrecortada y desenfrenada, rebosante de un deseo tácito.

Wynn se enterró hasta la empuñadura con una poderosa estocada, y yo grité de éxtasis. Bishop se tragó mis gemidos mientras Wynn rodeaba mis caderas. Mi cuerpo zumbaba de un placer indescriptible, y arañé a mis compañeros, queriendo que estuvieran más cerca.

Bishop me agarró del pelo, obligándome a mirarlo mientras se cernía sobre mí. Tenía su polla gruesa y venosa en la mano, y se la acarició dos veces antes de guiar el enorme pene entre mis labios.

Abrí la boca con entusiasmo, dejando que me estirara y me llenara hasta que pude sentir la tensión en mi mandíbula.

Bishop me folló la boca, igualando sus embestidas a las de Wynn, y temblé cuando la hábil lengua de Alaric me azotó el clítoris. Un dedo se asomó a mi agujero vacío, frotándome entre las nalgas, y gemí.

Diosa, sí, eso era lo que necesitaba.

Mi cuerpo se desmoronó y el mundo se desvaneció hasta que solo quedaron caricias calientes, el sonido de palmadas de la piel al chocarse y gruñidos salvajes.

Se me sacudieron las caderas a medida que los empujones de mis compañeros se tornaban erráticos. Justo cuando pensaba que no podía aguantar más, Alaric deslizó un dedo en mi agujero oscuro.

La presión fue en aumento, las llamas me lamían la piel conforme me follaban y me acariciaban hasta la locura.

Ahuequé las mejillas, chupando a Bishop con fuerzas renovadas. Me encantaba notar su peso en mi boca, y lo provoqué sacando los dientes a paseo, raspándole su polla palpitante con delicadeza.

Nuestro vínculo se iluminó como una estrella fugaz. De repente, unas oleadas de lujuria me golpearon por todos lados, y nos corrimos con un rugido. Wynn se vació dentro de mí, y mis jugos me cubrieron la cara interna de los muslos, goteando en la boca expectante de Alaric.

Apenas unos segundos después de que mi orgasmo se consumiera, el celo se apoderó de mi centro una vez más.

Los deseaba de nuevo, y una parte de mí temía que nunca tendría suficiente.

Capítulo 16

Alaric

Me encamine con decisión hacia el edificio de seguridad reforzada, mis pasos iban cargados de determinación. Después de varios días con Isolde y mi unidad, las emociones de mi lobo se habían calmado en algunos aspectos e intensificado en otros. Su celo había sido íntimo y vital para el vínculo, pero había sido una de las pocas veces en que Wynn, Bishop y yo nos habíamos ausentados de nuestros deberes. Aparte de atender a un puñado de informes de nuestros ejecutores de confianza, habíamos pasado cada minuto posible con nuestra compañera. Pero ahora que su celo había llegado a su fin, era hora de enfrentarse al lobo hostil que se había atrevido a intentar reclamar a Isolde al comienzo de su ciclo.

Apreté la mandíbula y el dolor me distrajo de mi ira reprimida. Si las hembras no hubieran usado sus cuerpos para formar una barricada, ¿quién sabía lo que podría haber pasado? Isolde, con su espíritu ardiente y su naturaleza independiente, no era de las que sucumbían fácilmente a la dominación. Pero, ¿qué podría haber hecho para defenderse? El intento audaz y alimentado por el celo de usurpar su autonomía había avivado una protección feroz en mi interior, que se alzaba bajo mi fachada de control.

La prisión de piedra y metal apareció a la vista, su formidable estructura era un testimonio del compromiso de la manada de Hidden Creek con la protección de sus miembros. Estaba decidido a garantizar la seguridad de Isolde y la seguridad de todas las futuras omegas que llamarían hogar a Hidden Creek. Los machos tenían que entender cuál era su sitio.

Entré en el edificio, recibiendo el saludo de reconocimiento de mis ejecutores de camino a las celdas de detención. Los pasillos estaban en silencio y, cuando llegué a la altura Valor, adoptó la posición de firme.

—Comandante —me saludó—. El macho ha estado callado desde su reclusión.

Asentí y le puse una mano en el hombro en un esfuerzo por calmarlo.

—Muy bien. Es joven, no pienses que no lo hemos tenido en cuenta. Aun así, debe recibir un

castigo por sus acciones.

—Entiendo, señor, pero, ¿se me permite hacer una sugerencia?

—Adelante.

—Este suceso ha presentado nuevos problemas con la integración de las omegas. Los machos jóvenes son más susceptibles a dejarse llevar por sus instintos más básicos y necesitarán tiempo para aprender a controlarlos. Tal vez podría emparejarse a una unidad de machos mayores con los más jóvenes para evitar que situaciones como esta vuelvan a ocurrir.

No se equivocaba, y era una solución práctica.

—Gracias, teniente. Le haré llegar al alfa tu sugerencia.

Valor asintió y regresó a su puesto cuando yo entré en una celda cercana.

Recorrí la habitación con la vista hasta posarla en Malakai. El macho joven solía tener un temperamento equilibrado y ser de trato fácil, pero el olor de una hembra en celo podía hacer que incluso el macho más dócil se volviera hostil. Se puso de pie, evitando mi mirada con respeto, preparado para aceptar cualquier castigo que se hubiera ganado. A pesar de mi cabreo, me enorgullecía de su integridad.

—Tenemos que hablar —dije con un tono firme e inquebrantable.

Él asintió, pero fue lo bastante sabio como para no decir nada. No había lugar para negociar ni para escurrir el bulto. El asunto necesitaba una solución, y yo tenía toda la intención de garantizar la seguridad de Isolde.

—Te dejaste llevar por los instintos de apareamiento y no puedo culparte por ello, cualquier macho inexperto es propenso a verse afectado por el celo de una omega. —Su cara recuperó algo de color—. Sin embargo, no puedo hacer la vista gorda respecto al peligro al que has expuesto a Isolde, o a las mujeres que la protegieron. De haberte salido con la tuya, habrías tomado a Isolde en contra de su voluntad. Lo habrías hecho aun sabiendo que está apareada con tu unidad alfa... conmigo.

La tensión en la sala se podía palpar cuando nos miramos el uno al otro, y el peso tácito de las consecuencias flotaba con pesadez en el aire. La confrontación no era una demostración de dominio, sino una protección necesaria para la persona a la que yo apreciaba. Esperaba que los

demás lo entendieran a medida que se incorporaran más omegas a la manada.

Tener que enfrentarnos a la intrincada dinámica del celo de Isolde había dejado expuesto lo ignorantes que eran los de nuestra especie respecto a las omegas. Nuestra manada no había estado cerca de ellas a menudo, si es que alguna vez lo habían estado, y la falta de conocimiento no era del todo sorprendente. Pero eso no excusaba el flagrante desprecio por el estatus de compañera de Isolde.

Malakai me miró a los ojos, con una mezcla de vergüenza e incertidumbre en su semblante.

—No quise hacer daño ni ser irrespetuoso —comenzó, pero levanté una mano, deteniendo cualquier intento de explicación.

—Entiendo que no comprendas del todo cómo funciona el celo —dije con voz mesurada—, pero quisiste lanzarte a por una omega apareada.

La expresión del lobo cambió.

—Yo... No lo sabía.

—Sabías que era una omega, eso debería haber sido suficiente. No solo eres un miembro de la manada, eres un ejecutor. La conciencia y el control son tus habilidades más valiosas. ¿Dónde estaban cuando te dejaste llevar por el celo? —Se estremeció—. Deberías haberte retirado o haber buscado la ayuda de tu equipo, pero no lo hiciste.

Bajó la cabeza y la ladeó, dejando al descubierto su cuello en un acto de sumisión.

—Es imperativo entender que, cuando una omega se aparee, es intocable —continué—. No hay forma de excusar la ignorancia cuando hablamos de respetar el vínculo de otra unidad. —Se puso tenso y mi lobo gruñó. El sonido hizo que temblasen las paredes de la celda—. Habla —le ordené, sintiendo que algo le rondaba la cabeza.

—Con todo respeto, comandante, pero algunos machos han estado hablando.

—¿Hablando de qué?

—De que se rumorea que las omegas no establecen vínculos como otros lobos. Por lo visto, pueden recibir el esperma de cualquier lobo y engendrar a su hijo.

Mi lobo gruñó, y necesité hacer acopio de toda mi fuerza de voluntad para evitar transformarme. La idea de que cualquier otro macho se acercara a Isolde y nos la robara provocaba que mi cuerpo se preparara para pelear.

¡Diosa, ayúdame!

Mi frustración sólo se veía superada por la apremiante necesidad de disipar tales conceptos erróneos. Esta charla ya no iba de abordar el reciente incidente, lo que acababa de contarme Malakai podía derivar en que reinase el caos en Hidden Creek. Si se permitía que tales creencias echaran raíces en la manada, ésta se convertiría en un lugar inseguro para toda omega.

—Las omegas sí establecen vínculos —aclaré, con un tono firme pero paciente—. Su conformidad es tan real y significativa como cualquier otro vínculo de apareamiento, irrompible y bendecido por la Diosa. Isolde solo puede engendrar a los hijos de mi unidad, y si cualquier otro tomara parte en su celo, sería una violación. —Sus ojos se clavaron en los míos, muy abiertos de horror por lo que había estado a punto de hacer—. Ignorarlo no solo es irrespetuoso, sino una falsedad total.

—Perdóneme, comandante —susurró—. Nunca haría algo así. Yo no... Yo no soy esa clase de macho.

—Lo sé, por eso os asigno ti y a Valor la tarea de congregar a los machos. Es hora de poner fin a esos rumores. Esto, junto con turnos de patrulla adicionales, serán tu castigo.

—Sí, señor. —Asintió con vehemencia.

—Eres libre de reportarte con Valor. Declaro de forma oficial que tu confinamiento ha llegado a su fin —dije, yendo hacia la puerta, para encontrarme con la mirada de Valor al salir—. Malakai es tu responsabilidad hasta la próxima luna llena. Después, lo evaluaré y veré si todavía necesita supervisión o si podemos volver a dejarlo solo nuevamente.

—Sí, comandante.

—Y estate pendiente de tu dispositivo. Me pondré en contacto contigo pronto con instrucciones del alfa.

Valor le dio unas palmaditas al dispositivo de comunicaciones que llevaba a un lado.

—No voy a ninguna parte sin él.

Gruñí en señal de aprobación y abandoné el edificio. La cabeza me iba a mil sopesando las implicaciones de lo que me había informado Malakai. ¿Cuántos de nuestros machos pensaban de esa manera? ¿Cuántos de ellos esperaban a la sombra la oportunidad de hacerse con una omega, convencidos de que podrían obligarla a engendrar a su hijo? Era consciente de su desesperación por continuar con su legado, pero llegar tan lejos como para arriesgarse a dañar a una hembra apareada era diabólico. Maldad en estado puro.

El rumor amenazaba la dinámica de la manada y ponía a Hidden Creek en riesgo de perder su estatus de autorizado. Si eso pasaba, no habría más omegas. Nada de cachorros ni futuro para esta manada. Tenía que corregir los malentendidos y fomentar un entorno en el que se honrase y reverenciase el vínculo de cada lobo.

Al llegar a casa, subí las escaleras de dos en dos. El aroma de Isolde había impregnado la casa durante su celo, e inhalé con avidez, pero el consuelo que me brindaba se vio eclipsado por el miedo que me corría por las venas.

Encontré a Wynn en su despacho, de pie junto a su escritorio.

—Tenemos un problema —le comuniqué.

—¿Con el macho?

—Sí y no. —Me miró confundido, así que continué—: Se están extendiendo unos rumores peligrosos por la manada. Algunos de los machos creen que las omegas son incapaces de establecer vínculos. —Entrecerró los ojos—. Y eso no es lo peor.

—¿Cómo puede ser peor? —preguntó, con un tono frío como el hielo.

—También creen que las omegas son capaces de dar a luz a la descendencia de cualquier macho.

La rabia que aunaba en Wynn bajó la temperatura de la habitación.

—¿Es por eso que ese macho trató de reclamar a Isolde?

—Creo que podría haber acrecentado su falta de control —expliqué cuidadosamente—, pero no creo que quisiera preñarla. Estaba consumido por el celo.

—¡Mierda! —Wynn se apresuró hacia su escritorio para dar la vuelta y ponerse a caminar de un lado a otro con una furia apenas contenida—. Tenemos que hacer control de daños, y rápido,

antes de que estos idiotas pierdan la cabeza y cometan un error que no podamos arreglar.

—Ya lo he estado pensado. Valor me ha sugerido un nuevo sistema para mantener a raya a los machos más jóvenes. Y creo que deberíamos tener otra reunión con la manada.

—Dalo por hecho. Prepáralo todo para dentro de una hora, quiero que asistan todos los machos. Los que estén de guardia se intercambiarán en intervalos de treinta minutos, para no quedarnos desprotegidos, pero que tampoco nadie se quede sin conocer esta información o mi advertencia.

Asentí con la cabeza.

Sería mi máxima prioridad. No dejaría que la desinformación echara por la borda todo el arduo trabajo que habíamos hecho para reconstruir Hidden Creek. Era hora de informar a nuestros lobos de la santidad del vínculo de una omega y la importancia del respeto. No se trataba de avergonzarlos ni castigar su ignorancia, sino de fomentar una comunidad basada en el entendimiento mutuo.

Se trataba de crear una manada fuerte.

Y sospechaba que el Consejo había tenido algo que ver en su sabotaje.

Capítulo 17

Isolde

La hierba alta me hacía cosquillas en las pantorrillas a medida que atravesaba los caminos que ahora me resultaban familiares y que conducían al mercado central. Todavía me pillaba por sorpresa lo mucho que había empezado a pensar en Hidden Creek como en casa.

Mi celo era indescriptible. Fortalecía mi vínculo con mis compañeros, y estaba asombrada por la forma en que me daban todo de sí mismos sin esperar nada a cambio.

Por primera vez, mi loba se sintió completa.

Cuando llegué a las afueras del mercado, un matiz de incertidumbre me recorrió la espalda. ¿Cómo iría el día de hoy? Toda la manada sabía que había entrado en celo, luché para que un cálido rubor no me subiera a las mejillas. Nada más me había importado mientras sucumbía a la intensidad del celo, pero ahora que mi cuerpo y mi mente habían vuelto a la normalidad, todas mis preocupaciones anteriores regresaron con fuerza.

Yo era una omega, y no importaba lo afortunada que fuera de estar con mi unidad, a la manada le interesaban los cachorros. Me cubrí el abdomen con la mano, preguntándome si ya estaría creciendo uno en mi vientre.

Descarté tal pensamiento, ya habría tiempo para preocuparse más tarde. Por el momento, necesitaba sentir que todo transcurría con normalidad. Me adentré en el mercado, y dos ejecutores desviaron rápidamente la mirada.

—Buenos días —dije.

—Buenos días —respondió el primero, con la mirada aún gacha.

El segundo macho se limitó a asentir con la cabeza antes de alejarse apresuradamente. Qué raro.

Continué por el sendero concurrido, notando que cada vez más machos volvían la cara con sonrisas breves, casi temerosas. Algunos incluso cambiaron de dirección nada más verme. El

pavor se instaló en la boca de mi estómago. ¿Había hecho algo malo?

—No pongas esa cara larga. No todos los días pueden oler los machos el cambio en una omega —reflexionó Laris, saliendo de la panadería y pillándome desprevenida.

Me miró de arriba abajo con una expresión casi indiferente. Se echó su larga cabellera dorada sobre el hombro y se puso a mi altura.

Por mi parte, mantuve una expresión neutral, no quería darle la satisfacción de verme incómoda en su presencia. No pillaba a esta chica; a veces, se mostraba cordial, y otras, se medía conmigo a propósito.

—¿De qué estás hablando?

—De tu olor. Huele como si unos machos te hubiesen meado encima. —Me sonrojé, notaba que la vergüenza me subía por la garganta. Ella se echó a reír—. Ay, ahora no te pongas tímida. La manada sabe cuál es tu propósito aquí. La unidad alfa estaba obligada a llenar todos tus orificios con su olor, es lo que hacen los machos dominantes.

Se me cerraron las manos en puños y las mejillas se me calentaron a medida que nos acercábamos a la guardería. ¿Quién decía cosas así?

—Mira, no te tengo que gustar, pero tienes que respetarme —le espeté.

—Ahí es donde te equivocas. —Dejó de caminar y se volvió hacia mí. Su cuerpo más grande se elevaba sobre el mío—. Puede que trabajemos juntas, y puede que seas la compañera de la unidad alfa, pero aún no te has ganado nada, pequeña omega.

Dio un paso atrás y entró en el edificio antes de que pudiera notar el escalofrío de malicia que se apoderó de ella.

«¿Qué diablos había sido eso?». Olvidándome del tema, fui hasta las puertas de la guardería, todavía desconcertada por el comportamiento cada vez más extraño de los machos que me rodeaban. Una parte de mí creía que podía ser mi olor, pero algo no encajaba del todo. Los machos, que antes intercambiaban palabras amistosas y saludos, ahora desviaban la mirada al verme. Su intento de esquivarme era descarado y me dejaba desconcertada y, en cierto modo, descorazonada.

¿Había pensado que este era mi sitio demasiado pronto? ¿Era este extraño comportamiento

resultado de mi celo? Mi loba gruñó, rechazando la idea.

Enterrando mi confusión bajo una máscara de indiferencia, seguí adelante, decidida a cumplir con mis obligaciones en la guardería. Cuando el edificio de color canela apareció ante mi vista, solté un suspiro que no sabía que estaba conteniendo. Tal vez podría encontrar la forma de distraerme de las preguntas que me enturbiaban el cerebro.

Las puertas se abrieron con suavidad y sonreí ante el leve olor a pintura que se percibía en el ambiente. Había mujeres corriendo de un lado a otro, todas ocupadas con sus respectivas tareas. Algunas de ellas me dedicaron unas sonrisas forzadas y se me revolvieron las tripas.

Más adelante, vi un destello de cabello blanco.

—Winnie —la saludé.

La pequeña beta me dedicó una sonrisa brillante y astuta. Era la primera reacción normal que recibía en todo el día.

—Ahí está mi máquina para hacer bebés. —Movié las cejas de arriba abajo. Me sonrojé. —. ¿Cómo fue el... encuentro?

Me eché a reír, pero se me abrieron mucho los ojos cuando me di cuenta de que hablaba en serio.

—Ay, por la Diosa, no esperas que te responda de verdad, ¿cierto? Wynn es tu hermano.

—Guárdate todas las partes espeluznantes y cuéntame el resto. Vamos, para eso están las hermanas —dijo, llevándome a la zona principal donde ya estaban preparadas las pinturas.

—Fue... bien.

Ella frunció la nariz.

—¿Bien? ¿Tengo que tener unas palabras con tus compañeros?

Me ardía la cara.

—No. Winnie, no.

Su risa resonó en las paredes y varias mujeres esbozaron unas sonrisillas.

Le di un codazo.

—¿Qué tal si nos ponemos a trabajar antes de que se seque la pintura?

Winnie se sentó a mi lado y nos pusimos manos a la obra con el mural de animales por el que nos habíamos decidido la última vez que estuve allí. Mientras pintábamos, noté que algunas mujeres mostraban el mismo comportamiento extraño que los hombres. O bien apartaban la vista por completo o me ignoraban incluso cuando les hacía alguna pregunta. Después de pasar una hora evitando mi mirada, mi preocupación se convirtió en ira. ¿Qué demonios estaba pasando?

Haciendo acopio de coraje, miré a April, una beta que había sido amable conmigo desde que nos conocimos.

—Oye, ¿tienes un momento? —le pregunté cuándo vino a rellenar las pinturas.

Los grandes ojos marrones de April se movieron de un lado a otro antes de asentir lentamente.

—Claro, ¿qué pasa? ¿Necesitas ayuda con algo? —¿Era miedo lo que percibía en su voz?

Decidí ir al grano. Aquí pasaba algo y no quería permanecer en la ignorancia más tiempo del necesario.

—¿Qué está pasando? —La preocupación y la frustración se entremezclaban con mis palabras. April echó un vistazo por encima de mi hombro y me volví para ver a Cynthia, una hembra alfa de voz suave, detrás de mí. Las mujeres intercambiaron miradas vacilantes—. Oye, sea lo que sea, no me voy a enfadar. Es solo que, bueno, todo el mundo me ha estado ignorando, y si he hecho algo mal, quiero saberlo, por favor. Nunca antes había vivido en una manada, así que podría tratarse de un gran malentendido.

Finalmente, Cynthia tomó la palabra.

—A los hombres... se les ha dado órdenes de mantenerse alejados de ti.

Fruncí el ceño.

—¿Órdenes de mantenerse alejados? ¿Por qué? ¿De parte de quién?

—Del alfa —murmuró April, echando una mirada furtiva alrededor de la habitación, como si temiera que la oyeran—. Después de lo que sucedió con tu celo, el alfa Wynn dejó claro que

cualquier macho no apareado que se acercara a ti se le consideraría una amenaza.

No, él no haría tal cosa.

Esta revelación inspiraba en mí una mezcla de sorpresa y disgusto. ¿Qué le llevaría a tomar unas medidas tan drásticas? Entendía que lo que había sucedido no era lo ideal, pero ¿cómo demonios se suponía que iba a integrarme en una manada cuyos miembros tenían miedo de hablar conmigo?

«Nuestro compañero solo desea protegernos», dijo mi loba.

Una parte de mí aceptaba que eso era la verdad, pero otra no podía evitar sentirse atrapada, aislada.

No podía aguantar las miradas incómodas y las cabezas giradas durante el resto de mi vida. Wynn iba a convertirme en un paria.

Reprimiendo una oleada de irritación, esboqué una sonrisa forzada.

—Gracias por contármelo. —Le apreté el hombro a April—. Mi unidad está siendo innecesariamente sobreprotectora en este momento, pero tampoco hay que alarmarse. No quiero que me tengáis miedo. Somos una manada, así que, por favor, no me tratéis de manera diferente, ¿de acuerdo?

Me aguantaron la mirada durante un momento, debatiéndose entre si creerme o no. Cuando finalmente asintieron, dejé escapar un suspiro de alivio.

—Se lo haremos saber a las otras chicas —me dijo April antes de que volver al trabajo.

Eligiendo canalizar mis emociones sobre el mural frente a mí, dejé de lado las noticias inquietantes y me perdí entre colores y formas. Las simples pinceladas y los brochazos audaces aliviaron el dolor que se acumulaba en mi pecho.

Mis compañeros habían restringido mi acceso a los demás como si fuera de su propiedad, en lugar de una persona que pudiera tomar sus propias decisiones. Ese pensamiento afeó el lustre del afecto que había estado disfrutando desde el cielo. En el internado, la Madre de la Guarida controlaba con quién hablábamos, cómo nos vestíamos y qué estudiábamos. Yo no era nada entonces, ¿me convertirían en nada ahora?

Exhalando un suspiro, me dediqué a mi trabajo. Las mujeres se sentían más cómodas con mi presencia y, para cuando llegó la tarde, nos estábamos riendo, haciendo bromas y compartiendo nuestras ideas para el proyecto una vez más.

Horas más tarde, me sacudí las manos y contemplé el progreso que había hecho en el mural. La escena empezaba a tomar forma.

—Buen trabajo —dijo Winnie situándose detrás de mí.

—Hasta ahora todo va viento en popa. Todavía me falta dimensionarlo todo, pero confío en que todo quede perfecto para finales de semana.

—Yo también confío. —Sonrió—. Las chicas se alegran de que estés aquí.

La miré, vacilante.

—¿De verdad?

Asintió.

—La mayoría estamos felices de que en la manada vuelva a haber niños. Ayudar a criarlos es lo más parecido a tener el tuyo propio. —Sus ojos azules eran sinceros—. Tu bebé va a ser muy querido, y vas a recibir más ofertas para hacerle de canguro de las que podrás gestionar.

El hielo que se había formado alrededor de mi pecho después de enterarme de la orden del alfa se derritió.

—¿Sabes?, creo que es posible que seas lo mejor que me ha pasado con este apareamiento —le dije.

—No podría estar más de acuerdo.

Por mucho que quisiera enfrentarme a Wynn, entendía por qué lo había hecho tras un día de reflexionarlo. Sentía el miedo y la ira a través de nuestro vínculo, incluso si creía que no lo estaba manejando de la mejor manera.

A lo mejor tenía que darle tiempo. Los machos apareados eran territoriales, y yo tenía que aprender a elegir mis batallas. Además, esto no iba solo de mí, sino de todas las demás omegas que vendrían después de mí.

Si quería que me trataran como parte de la manada, tenía que empezar a pensar como tal.

Winnie me esperaba en la entrada principal y echamos el cierre juntas juntas.

—No hacía falta que me esperaras —le aseguré.

Ella se encogió de hombros.

—Me dirijo hacia allí de todas formas, además, quería informarte sobre algunos proyectos futuros. —Winnie se colocó a mi altura mientras avanzábamos por el sendero. Su compañía era reconfortante, sólida y cálida. Apreciaba cómo siempre se interponía entre la manada y yo sin coartar mi libertad.

—¿Qué serían? —quise saber.

—Vamos a empezar a hacer alguna renovación en algunas de las casas de los ancianos. Las casas más antiguas sufrieron daños con la última tormenta.

Recordé la tormenta que tuvo lugar la noche antes de que me llevaran del internado a las instalaciones. Había sido tan fuerte que hasta hizo temblar los cimientos del internado. No me podía llegar a imaginar los estragos que había causado.

—¿Qué necesitáis? —me ofrecí sin dudar.

—Cualquier ayuda que puedas prestar. Tenemos proyectos de jardinería, carpintería y algunas tareas de mantenimiento en general.

Sonreí.

—Contad conmigo.

—Perfecto, sabía que querrías ayudar. —Entrelazó el brazo con el mío.

Mientras seguíamos avanzando, pensé en lo que me contaron las chicas sobre la orden impuesta a los machos.

—¿Crees que Wynn rescindiré la orden? —pregunté, sabiendo que no necesitaba más explicaciones.

—Con el tiempo. Estaba molesto y asustado, y con razón.

—Sé que lo que hizo ese macho fue pasarse, pero fue el instinto activado por el celo...

—Esa no fue la única razón —me interrumpió Winnie, bajando el volumen a un susurro—. Se estaba circulando un rumor.

—Vale —dije, sin entender del todo lo que me quería decir.

—Uno sobre las omegas y sus vínculos. Por lo visto, algunos machos tenían la impresión de que una omega puede engendrar el hijo de cualquiera.

Las palabras de Winnie me provocaron un escalofrío. No era de extrañar que Wynn hubiera sido tan duro con los machos.

Se hizo el silencio conforme avanzábamos por la tranquila plaza del mercado. El cielo comenzaba a adquirir los tonos más profundos de la noche, bañando las calles en sombras. Una ligera brisa bailaba a través del follaje.

Winnie se detuvo, extendiéndome una mano por delante para evitar que siguiera avanzando.

—Sal —gritó, mirando la espesa maleza que teníamos delante. No hubo respuesta—. Puede que guardes silencio, pero te he oído a un kilómetro de distancia. No volveré a pedírtelo, da un paso al frente.

Se me erizaron los pelos de la nuca y rápidamente resguardé mis sentimientos del vínculo antes de que mi unidad sintiera mis emociones. Olfateando el aire, traté de dilucidar qué era eso que olía Winnie, pero solo pude obtener un leve rastro a gasolina.

Un macho salió de entre los arbustos, con los ojos fijos en mí. El aire chisporroteaba con una tensión apenas contenida. Mi loba pasó al frente de mi mente, y un gruñido de advertencia resonó en el ambiente cuando Winnie se interpuso entre el macho y yo. La hostilidad en su mirada oscura me puso nerviosa. Sus ojos se deslizaron hacia Winnie y luego hacia mí.

—¿Qué quieres? —gruñó Winnie.

Sin decir una palabra, el macho se hizo a un lado y levantó las manos en el aire.

El corazón me latió con rapidez en el pecho cuando Winnie entrecerró los ojos. Me puso las manos sobre los hombros y me hizo rodearlo, pero la inquietud se enroscó alrededor cuanto más nos acercábamos.

Cuando estuvimos frente a él, Winnie chasqueó las mandíbulas en señal de advertencia.

—Tranquila. Nadie va a hacerte daño —refunfuñó. Sus ojos se dirigieron a mí—. A ti, por otra parte, es posible que te interese andar con cuidado si te paseas por el pueblo tan tarde. No me gustaría que ocurriera otro incidente cuando no hay nadie cerca para protegerte.

—Ándate con cuidado —le advirtió Winnie—. No me gustaría que tus palabras se malinterpretaran como una amenaza.

Se rio sombríamente.

—Es solo un consejo amistoso para nuestra criadora.

Gruñí.

—Ah, parece que tienes sangre en las venas después de todo —murmuró.

Giró sobre sus talones y se metió las manos en los bolsillos, silbando una melodía baja e inquietante mientras se alejaba.

—Puto bicho raro —murmuró Winnie.

La melodía silbada nos siguió mientras nos apresurábamos por el sendero. Se quedó grabada en mi mente, hundiendo sus garras en la burbuja de consuelo que había construido lentamente durante las semanas pasadas en Hidden Creek.

¿Quién demonios era ese?

Incluso cuando avisté mi casa en el claro de enfrente, el encuentro con el lobo macho permaneció en mis pensamientos.

Capítulo 18

Bishop

Wynn quería celebrar la reunión de inmediato, pero nuestro primer intento fue infructuoso. El ambiente se había caldeado tanto que ordenó a todos los machos que alejaran la vista cuando Isolde estuviera presente. Alaric y yo les dimos unos días para que se calmaran, pero era hora de abordar los conceptos erróneos que habían estado echando raíces durante demasiado tiempo.

—Eso es una chorrada —dijo un artesano desde las filas de atrás—. ¿Por qué iban a mantener a las omegas separadas si no fueran la clave para revitalizar la raza cambiaformas?

Le gruñí una advertencia al macho, y rápidamente dobló el cuello en señal de sumisión.

Una mezcla palpable de confusión, rabia y desesperación se abrió paso en el ambiente. Las tensiones dentro de la manada habían estado yendo en aumento durante tres días, y ahora, con todos los machos reunidos, la hostilidad y la incertidumbre eran abrumadoras.

Nos encontrábamos al frente de la sala, atrayendo la atención de los machos presentes con una demostración unida de dominio. Alaric había posicionado a sus ejecutores más experimentados en todas las salidas para contener a la multitud si las cosas se salían de control.

—¿Te he mentado alguna vez? —preguntó Wynn. —¿Alguna vez le he mentado a alguien de Hidden Creek?

—No, alfa —dijo el artesano.

—Entonces, ¿por qué iba a empezar ahora que la manada está a punto de restablecerse?

Los murmullos se abrieron paso entre la multitud.

Me acerqué a Wynn, proyectando la calma de mi beta hacia la vorágine de testosterona.

—Entendemos que tenéis muchas preguntas e inquietudes, de las que nos ocuparemos punto por punto. Sin embargo, necesitamos que todos os calméis. Hay muchos rumores sobre las omegas,

no solo dentro de las fronteras de Hidden Creek, sino en todo el territorio autorizado. El alfa Wynn, el comandante Alaric y yo queremos que todos sepáis cuáles son mentira.

—Como ha dicho el alfa Wynn, no os mentiremos —dijo Alaric—. Somos una manada. Una familia. Por lo tanto, nuestra sabiduría es vuestra sabiduría. Creemos que muchos conceptos erróneos provienen del Consejo, aunque no estamos seguros de por qué dicen medias verdades y mentiras a las manadas autorizadas.

La sala estalló en voces, preguntas que se superponían unas a otras hasta que resultaban indiscernibles. Wynn alzó la mano y la sala volvió a quedar en silencio.

Un hombre se puso en pie.

—¿Qué falsedades nos han contado?

—Nos dijeron que ya no había parejas predestinadas, que tal bendición murió con la maldición de la Bruja. Ahora sabemos que eso no es cierto —dije yo.

—¿Cómo sabes que estás predestinado? —quiso saber otro hombre.

—Podemos sentir el dolor del otro y sentir la ubicación como en los cuentos de antaño. —Miré a Wynn en busca de permiso para compartir nuestro descubrimiento más reciente—. Incluso podemos usar nuestro vínculo para llamarnos los unos a los otros.

—Por la Diosa —exclamó alguien.

El curandero jefe de la manada, Korren, se puso de pie.

—¿Qué significa eso con respecto a la cacería?

Me encontré con su mirada.

—Significa que el Consejo ha olvidado que esto es posible o lo ha ignorado. Si esto último es cierto, han continuado la cacería sabiendo que están separando a posibles parejas predestinadas.

La rabia fluyó a través del vínculo. Cada día, descubríamos nuevas verdades a medias que el Consejo había hecho creer a las manadas para fomentar su ignorancia.

Los machos estaban indignados. Comprendían las ramificaciones de las acciones del Consejo, el

predestinamiento que deseaban negar. Impedir la unión de parejas era rechazar la voluntad de la Diosa. Era un sacrilegio.

—¿Sobre qué más nos han mentido? —preguntó Korren.

Wynn dio un paso al frente, y escuché cómo disipaba las falacias comunes que rodean a las omegas. Fue revelador escuchar cuántos creían que las omegas eran meros recipientes para la reproducción, débiles e intrascendentes en la jerarquía de la manada.

Mi lobo gruñó. El Consejo había alimentado estas falsedades. El rostro sonriente de Isolde se cruzó por mi mente. Saber la vida a la que la sometieron, una vida que innumerables omegas aún llevaban, me causaba ganas de destrozar hasta al último miembro del Consejo.

¿Cómo pudimos estar tan ciegos?

¿Habían descubierto los otros grupos los defectos del Consejo? ¿Habían elegido pasarlos por alto?

—Las omegas son parte integral de la supervivencia de nuestra manada. —La voz de Alaric se hizo escuchar, firme y autoritaria—. Incluso antes del regalo de la Diosa, equilibraban el dominio de los alfas, ayudaban a los betas a calmar a la manada y ofrecían un respiro a los gammas. Sus instintos y habilidades únicas no son debilidades.

—Este concepto erróneo sobre los cachorros debe terminar —intervino Wynn—. Las omegas tienen límites, y su autonomía no está abierta a discusión.

—La decisión del Consejo de mantener a las omegas fuera de la vista no tiene que ver con su debilidad —afirmé—. Pensamos que era para protegerlas de daños y salvaguardar el futuro de nuestras manadas, pero ahora vemos el daño que le han causado.

Mis palabras calaron en la asamblea. Vi cómo cambiaban sus perspectivas a medida que nuestros hombres escuchaban la verdad. Era un momento crucial, una oportunidad para reescribir las narrativas que durante mucho tiempo habían nublado nuestra comprensión.

El vínculo zumbaba como la luz del sol, brillando con la aprobación de la Diosa.

—¿Qué vamos a hacer con el Consejo? —preguntó Valor—. No podemos llamarnos honorables si permitimos que abusen de las omegas o las sometan a sus cacerías.

Un murmullo de acuerdo se elevó entre los presentes.

Era cierto, pero teníamos las manos atadas.

Por ahora.

—El Consejo tiene la sartén por el mango, pero no será así por mucho tiempo. Por ahora, debemos seguir sus reglas hasta cierto punto. Una sola manada no tiene el poder de erradicar la cacería o el Consejo, por lo que nuestra principal preocupación es Hidden Creek. En el futuro, el objetivo de la cacería será rescatar a las omegas que capturemos.

Circulaban teorías entre los hombres reunidos sobre agendas y motivos ocultos mientras me acercaba a Alaric y Wynn, dándole tiempo a la sala para discutir las noticias.

—Ha ido mejor de lo esperado —dijo Alaric, cruzándose de brazos y escudriñando la sala en busca de cualquier indicio de agresión o inquietud.

—Es algo bueno —dije, pasándole un brazo por encima del hombro—. Deberías actuar como tal.

Resopló, volviéndose hacia Wynn.

—Le has echado cojones.

—He dicho la verdad. Ahora que sabemos que existen las parejas predestinadas, enviaremos a nuestras unidades para olfatearlas.

—¿Y si no las encuentran? —pregunté.

—Entonces, la unidad y la omega pueden optar por conservar el vínculo o esperar a sus compañeros predestinados, tal como sucedía en los días previos a la guerra.

—Alguien se está volviendo bastante optimista —dije, dándole a Wynn un codazo juguetón.

—No es optimismo, es certeza. El cambio se acerca, puedo sentirlo. Y cuando suceda, Hidden Creek estará listo.

—Alfa —dijo una voz, interrumpiendo nuestra conversación—. Queríamos saber si has decidido qué unidades asistirán a la próxima cacería.

—Todavía lo estamos decidiendo. Ahora que hay tanto en juego, el proceso de selección para la

cacería será aún más meticuloso.

—¿Cuándo anunciarás tu selección? —preguntó otro hombre.

Estaban ansiosos por encontrar a sus compañeras predestinadas, y no podía culparlos.

—Dentro de quince días —respondió Wynn.

Dimos por terminada la reunión y observamos cómo los machos abandonaban el pabellón con renovadas esperanzas. Recé para que fuera suficiente para convencerlos de unirse en lugar de separarse. Lo último que necesitábamos era que se produjera una desunión en nuestra manada, sobre todo con lo que nos aguardaba.

Llevado por el instinto, busqué a Isolde a través del vínculo. Cuando di con su hilo zumbando con suavidad dentro de mi pecho, se me llenaron los pulmones. Estaba segura y contenta.

Una sonrisa se dibujó en mis labios.

—¿Qué le decimos a nuestra compañera? —preguntó Alaric.

—Nada por ahora. —Wynn se pasó una mano por la mandíbula—. No hasta que tengas respuestas sólidas que ofrecerle a sus preguntas. Ahora mismo está a salvo, pero el Consejo ya se ha puesto en contacto con nosotros para saber cuál es su estado reproductivo.

El corazón me martilleaba en el pecho.

—Seguirán preguntando y, una vez sepan que está embarazada, solo se volverán más persistentes.

El gruñido de Alaric recorrió el vínculo a medida que el dolor y el miedo latían entre nosotros. Posé la mano entre sus omóplatos contraídos.

—Todavía hay tiempo.

Él negó con la cabeza.

—No mucho.

Esa era otra verdad. De estar Isolde embarazada, su olor cambiaría en los próximos días. El período de gestación de los cambiaformas era de solo cinco meses, lo que significaba que

teníamos al menos cuatro para averiguar qué estaba pasando con el Consejo. ¿Qué le pasaría a nuestro bebé si resultará ser una omega?

¿Nos quedaríamos de brazos cruzados y dejaríamos que se la llevaran al internado? ¿La condenaríamos a un destino solitario donde estaría separada de su loba?

Un gruñido feroz me sacudió mi pecho. No, no permitiría tal cosa sabiendo lo que sé ahora. Y esa decisión supondría el fin del estatus de manada autorizada de Hidden Creek. Se consideraría una amenaza directa contra la autoridad del Consejo.

—Tenemos que actuar con rapidez —dije—. Sé que le estábamos dando a Isolde la oportunidad de aclimatarsé, pero nos estamos quedando sin tiempo. Tenemos que interrogarla y averiguar todo lo que podamos sobre los internados, las omegas y los miembros del Consejo.

—¿Crees que es prudente hacerlo? —dudó Alaric.

Se me contrajo el pecho ante la idea de obligar a Isolde a revivir recuerdos dolorosos, pero necesitábamos información.

—Es nuestra única opción.

—¿Y después? ¿Cuál es el siguiente paso? —le preguntó Alaric a Wynn.

—Lo siguiente es reclutar aliados —proclamó con firmeza.

Capítulo 19

Isolde

Sentí el cambio en el vínculo en el momento en que mis compañeros regresaron a casa. Alaric y Bishop mostraban expresiones tensas, pero fue el rostro pétreo de Wynn el que hizo sonar las alarmas en mi cabeza.

Me limpié las manos con un trapo de cocina y fui al salón.

—¿Va todo bien?

Evitaban toparse con mi mirada de forma sutil, pero no me pasó desapercibida. Alaric se me acercó y me dio un beso en la frente.

—Muy bien. Es solo que el ambiente en la reunión se puso un poco tenso.

—Tenso, ¿cómo?

Bishop me besó mientras Wynn hundía la nariz en mi cuello, acariciándome la piel hasta que quedé blanda entre sus brazos.

Wynn se había estado mostrando más cariñoso últimamente. Después de mi celo, lo que fuera que lo estuviese refrenando antes, desapareció, liberándolo. Seguía siendo callado, pero su silencio era reconfortante y constante.

Un cosquilleo parecido al de una araña subió por mi columna y, cuando eché un vistazo al vínculo, observé que estaba cuidadosamente protegido. No estaba cerrado a cal y canto, sino nublado, como si un cristal me impidiera mirar lo que había dentro. Presintiendo que algo iba mal, mi loba gruñó.

Me estaban ocultando algo más. Otro secreto.

La pregunta era, ¿cuánta manga ancha iba a darles?

Bishop olfateó el aire. Alaric entró en la cocina y abrió el horno para inspeccionar lo que se estaba cocinando.

—¿Qué tenemos aquí? —Un delicioso olor flotó por la cocina.

—Cordero —aseguró Bishop.

Antes de que Wynn pudiera unirse a su unidad, le planté una mano en el pecho.

—¿Estáis evitando mi pregunta?

—Por supuesto que no. —Miró a Alaric y Bishop de reojo antes de ofrecerme una sonrisa tranquilizadora—. No es nada, amor. —Sus dedos fríos me rozaron la mejilla en un gesto tan íntimo que mi loba tarareó de satisfacción—. Solo unos asuntos que tenemos que resolver.

Culpé por completo a mis instintos omega por cómo se me nubló la mente. Su aroma masculino condujo a mi cerebro al olvido.

—¿Seguro? —pregunté, aferrándome a mis sospechas.

—Nos hemos encargado de todo —me aseguró con voz uniforme.

—Vale —dije, entrando en la cocina.

Quería indagar más y desentrañar el misterio que habían resguardado del vínculo, pero me conformé con terminar la cena. Si no me lo contaban por voluntad propia, se lo preguntaría cuando no fuese un tema tan presente en sus cabezas.

—¿Qué celebramos? —preguntó Alaric, dirigiendo una mirada penetrante a los hornillos. Varias sartenes abarrotaban la superficie y acudí corriendo para asegurarme de que no se quemara nada.

—Estaba harta de hacer el vago —confesé—. No me parecía correcto dejar que Bishop se encargara siempre de la cena. Además, me gusta cocinar, y llegáis tarde a casa.

—Dejar que cuidemos de ti no es hacer el vago —me contradijo Bishop—. Nos gusta hacerlo.

Resoplé con incredulidad, revolviendo la salsa para las chuletas de cordero.

—Es la verdad. Si mañana decidieras que no te apetece caminar, te llevaría en volandas a todas partes —me informó Alaric entre risas.

Sonreí.

—Está bien saberlo, pero no va a pasar.

—Al menos, lo he intentado.

Sin decir palabra, los hombres prepararon la mesa, colocando los cubiertos y quitándome los platos mientras preparaba la comida para servirla. Traté de sacudirme la sensación de encima, pero la angustia se apoderó de mi mente. Igual era el vínculo reciente, o a lo mejor es que todavía había miembros de la manada que pensaban en mí como algo a lo que había que cazar. Armaba muros en torno a mis emociones porque no quería que mis compañeros las sintieran.

El estómago se me revolvió y burbujeó. Me sentía mal por excluirlos, pero, ¿no estaban haciendo ellos lo mismo conmigo? La confianza era la base de un vínculo exitoso. ¿Estábamos abocados al fracaso?

¿No confiaban en mí?

Pensé en el macho que me había hablado con desdén y me había llamado criadora. No se lo había dicho. ¿Me convertía eso en un hipócrita por estar molesta por su secretismo?

—Ya está la comida —anuncié con una alegría forzada—. Quería probar a haceros algo especial, así que sed honestos y decidme si os gusta.

Coloqué la bandeja con chuletas de cordero glaseadas en el centro de la mesa, orgullosa del trabajo que había hecho a pesar de mis enturbiadas emociones. Había descubierto que me gustaba cocinar cuando no había institutrices acechando y supervisándolo todo como perros rabiosos.

El aroma a especias y las hierbas impregnaba el aire, y contemplé como se echaban grandes cantidades en sus platos con una ansiedad mal disimulada. No había sido consciente de lo mucho que quería complacerlos hasta este momento.

A medida que le hincaban el diente, sus expresiones se suavizaban para dar paso a una de placer y sus tenedores cogían velocidad.

Sorprendentemente, fue Wynn el primero en hablar.

—Después de probar esto, creo que preparar la cena tendría que ser tu nuevo trabajo oficial.

Me sonrojé ante el cumplido, sintiéndome absurdamente feliz de poder hacer algo bueno por ellos después de todo lo que habían hecho. El vínculo zumbaba con alegría.

Las bromas ligeras y el ruido de los utensilios se convirtieron en protagonistas mientras nos sumergíamos en una normalidad que calmó mis temores persistentes. Puede que no fueran perfectos, pero no necesitaba que lo fueran, no cuando estábamos tan bien juntos.

La noche siguió su curso y mi incertidumbre regresó con fuerza cuando una expresión vacilante se coló en los semblantes de mis compañeros.

—¿Qué pasa?

—Isolde, hay algo que tenemos que decirte —Bishop tomó la palabra, tras una pausa.

El corazón me latía con fuerza en mi pecho y dejé mi tenedor sobre la mesa con lentitud.

—Vale.

—Hemos estado investigando al Consejo y sus internados después de lo que compartiste con nosotros. La forma en que se trata a las omegas es incorrecta. Va en contra de todo lo que representa la Diosa. Estamos tratando de entender por qué pasa tal cosa, pero nuestra investigación no está siendo fructífera. —Asentí con la cabeza, sin saber qué decir—. Necesitamos que nos lo cuentes todo, Isolde —continuó—. Sobre los internados, las otras omegas y el Consejo. Todo lo que sabes.

La sangre abandonó mi cara, y la vida que pensé que estaba viviendo se hizo añicos ante mis ojos. Los pedazos que quedaron se clavaron en mi carne y me atravesaron los pulmones. Un aluvión interminable de abusos, humillaciones y aislamiento me espesó la lengua. El deseo de cerrar la brecha creciente entre mis compañeros y yo chocaba con mis carencias. Luché contra el impulso de cerrarme en banda.

—¿Qué vais a hacer? —Me escuché preguntar—. Con el Consejo, quiero decir.

Bishop miró Alaric y Wynn.

—Vamos a arreglar las cosas —respondió este último.

El silencio era una bestia cavernosa que asomaba a medida que me armaba de valor, tratando de dar con mi voz. Su petición era un regalo de la Diosa, una oportunidad para hacer que nuestro

miserable mundo fuera un poco más seguro para las de mi clase. Lo único que tenía que hacer era hablar.

Alaric enroscó su mano cálida alrededor de la mía.

—Sé que es duro, pero estamos contigo. Y te necesitamos si queremos ayudar a las otras omegas. No tenemos ni idea de lo que está pasando, de cómo es la situación realmente, pero tú sí.

Miré fijamente sus ojos azules verdosos, disfrutando de la calma que mis compañeros traspasaron a nuestro vínculo.

La confianza era algo que se ganaba, y ya era hora de que yo les diera la mía.

—Nos separan de nuestros padres a los seis años. Algunos renuncian a sus hijos. —Mantuve la mirada gacha, incapaz de sostenerles la mirada. Alaric trazó círculos sobre mi piel con el pulgar—. Pero hay algunas niñas cuyos padres tratan de quedárselas, de luchar por ellas, y desde el Consejo, bueno, hacen lo que sea necesario para quedarse con la omega.

El vínculo se tensó. Nadie dijo nada, esperando a que yo continuara.

—En los internados, estábamos aisladas de todo, incluidas nuestras lobas, estar el aire libre y las otras omegas. El trabajo de la Madre de la Guarida consistía en asegurarse de que nos sometiéramos a la voluntad del Consejo. Hacían todo lo posible para lavarnos el cerebro, ya fuera por medio de la manipulación o el miedo, hasta que servir era lo único que conocíamos. Controlaban cada segundo de nuestro día. —Respiré hondo, dejando que la verdad me inundara, permitiendo que mi boca formara las palabras que me había aterrorizado decir en voz alta—. Para ellos solo éramos herramientas, unas herramientas que tenían elaborarse cuidadosamente. Nos retenían, hechizaban y castigaban, todo a la vez, sin dejar de repetirnos que era nuestra responsabilidad que el mundo siguiese adelante. Éramos prácticamente esclavas.

—¿Qué quieres decir con que os hechizaban? —Wynn se inclinó sobre la mesa.

—Nos daban unos tónicos en las instalaciones médicas. Eran unas pociones para fortalecer la barrera entre nosotras y nuestras lobas. A veces, eran para castigarnos y hacernos más dóciles. No sé qué es lo que contenían, nadie lo sabía. La institutriz nunca nos decía nada y no se nos permitía hacer preguntas. Se esperaba que fuéramos obedientes. Cuando una omega se negó a tomárselos, la inmovilizaron, la obligaron a tragárselos y la encerraron en las celdas del

reformatorio durante semanas. Al final, acabamos dándonos por vencidas.

La temperatura en la habitación bajó y me estremecí.

»Las parejas predestinadas existen —murmuré, mirando por la ventana—. Podría haberme criado en una manada, podría haber sido libre y haberos conocido, de todos modos. —Me giré para mirarles a la cara—. ¿Por qué no nos dejaban? ¿Por qué era tan importante asegurarse de que fuéramos insignificantes y débiles, que mataran de hambre a nuestros cuerpos? Separarnos de nuestras lobas hasta que algunas ni siquiera pudieran sentir a las suyas. ¿Cuál es el objetivo?

Mis preguntas quedaron flotando en el aire, y luché contra los instintos que me exigían huir, dividida entre enfrentarme a la bestia en mi mente o asfixiarla.

De repente, la oscuridad de mi pecho se fracturó y un caleidoscopio de grietas se extendió por la masa de dolor y recuerdos. La luz y el calor se abrieron paso y, finalmente pude respirar de nuevo.

Tragué bocanadas de aire con avidez, aferrándome a mis compañeros y sacando provecho de sus fuerzas. Era vagamente consciente de sentir sus manos sobre mis extremidades rígidas mientras los olores a la lluvia, cuero, tierra y especias amortiguaban mi pánico.

Cuando mi cuerpo tocó las suaves sábanas de nuestra cama, al fin pude distinguir sus susurros de reconocimiento y preocupación. Sus cuerpos me rodeaban como una fortaleza impenetrable, y cerré los ojos, conforme los latidos de sus corazones me arrullaban hacia un sueño dichoso.

Capítulo 20

Wynn

Sentía el estómago revuelto la mañana siguiente. El horror y la repugnancia me recorrieron el pecho, haciéndose eco de la sensación ácida del miedo de Isolde. Después de abrirse acerca de su pasado, cayó en un estado de disociación. Sabía que necesitábamos la información para planificar la próxima cacería, pero eso no cambiaba lo doloroso que era escuchar esas palabras saliendo de sus labios.

Pero ahora teníamos lo que necesitábamos. Teníamos pruebas del uso de magia por parte del Consejo y de sus posibles tratos con las brujas, de su conocimiento y desprecio por las parejas predestinadas y, lo que es más importante, de su necesidad de someter a las omegas bajo su mano de hierro.

Todo esto aumentaría nuestras posibilidades de recabar aliados.

Tamborileé con los dedos sobre mi escritorio, inquieto.

—Tendremos que proceder con precaución —dijo Bishop.

Asentí con la cabeza.

—Puede que sea mejor ponerse en contacto con uno o dos alfas cada vez, mantener un perfil bajo hasta que podamos medir sus lealtades.

—Tendremos que indagar con sutileza.

—Asegúrate de reforzar la seguridad para las llamadas. No podemos arriesgarnos a exponernos hasta que estemos listos. —Él asintió mientras tomaba notas en su dispositivo de comunicaciones —. ¿Ha informado Alaric a los ejecutores de sus nuevos regimientos?

—Está con ellos ahora mismo haciendo una evaluación general antes de reorganizar los espacios de entrenamiento y sus necesidades.

Las omegas eran peones limitados por estrictas regulaciones, restringidas a la hora de explorar su potencial más allá de satisfacer los deseos de sus compañeros. Me revolvía las tripas y hacía que me hirviese la sangre en las venas al ver lo que su estancia en el internado le había hecho a Isolde. Su limitada autonomía fomentaba la ignorancia, y el Consejo las trataba como si fueran mera mercancía, al tiempo que comprendía la importancia de su presencia para todos los cambiaformas y las convertían en un arma.

Eso se había acabado.

La realidad me golpeó con fuerza. Por eso Isolde sabía tan poco, por eso ponía esa expresión maravillada ante el más minúsculo acto de decencia y libertad. Habían restringido su educación a propósito, privándola de su derecho a aprender y crecer más allá de los estrechos límites establecidos para ella. El Consejo había ido incluso un paso más allá, negando a los cambiaformas su derecho natural a su compañera dictaminada por la Diosa.

Isolde había hablado de pociones. La sola palabra me heló hasta los huesos. El Consejo había entregado pociones a los internados para que las usaran con las omegas.

Al igual que los collares, eran algo a lo que ningún cambiaformas debería tener acceso, en especial el Consejo. Ellos mismos crearon las prohibiciones y dictaminaban el castigo a cualquiera que fuera hallado culpable de confraternizar con brujas.

Cuanto más descubríamos, más parecía hacer aguas la forma de proceder del Consejo. La represión de las lobas de las omegas ya era de un salvajismo atroz. Privaban de estabilidad a sus almas y empujaban a sus lobas al borde del abismo, era prácticamente una invitación a que se volvieran renegadas.

Y ahora resulta que también las han estado drogando de forma ilegal con la magia de su enemigo jurado: las mismas brujas que lanzaron este maleficio sobre sus hembras.

—Establece contacto con Silver Fang —gruñí—. Quiero una reunión para dentro de una semana.

—¿Cuándo fue la última vez que cambiaste de forma? —pregunté, observando a Isolde removerse, inquieta.

Abrió mucho los ojos y se mordió el labio inferior rosado, tardando demasiado en pensar en la respuesta.

—Hace tres meses.

Asentí, mirando hacia el bosque. Había planeado llevarme a Isolde a correr para ver a su loba y evaluar el estado de su vínculo. Me dijo que su loba le hablaba a menudo, siempre lo suficientemente presente como para determinar lo que estaba sucediendo más allá de su propia mente, cosa que era una buena señal.

—¿Estás nerviosa? —pregunté con voz suave, enviando un pulso de energía tranquilizadora a través de nuestro vínculo.

—Un poco, pero mi loba está emocionada. Nunca antes habíamos corrido por un bosque como este.

La respuesta de Isolde arrojó luz sobre otra verdad inquietante. Las raras veces que se permitía que las omegas cambiaran, se las sometía a experiencias mediocres en terrenos que no servían en absoluto para perfeccionar sus instintos o habilidades naturales.

Me preocupaba que el lobo de Isolde se hubiera atrofiado en algunas áreas.

—Bueno, ahora puedes correr siempre que quieras —le aseguré—. Vamos a adentrarnos más en el bosque.

La alejé de las miradas indiscretas de la manada, sabiendo muy bien que estaba evitando a los machos no apareados.

Mi lobo gruñó en mi pecho, listo para desafiar a cualquier macho que se acercara demasiado. Todavía no había olvidado el incidente con el joven ejecutor, y dudaba que lo fuera a olvidar pronto. Era parte de la razón por la que había elegido llevarme a Isolde a un área aislada de los terrenos. La arista oeste estaba desierta durante el día, ya que los miembros de la manada preferían vagar por el este, donde otros animales tendían a congregarse.

Tendríamos un lugar tranquilo donde movernos y deambular para que la loba de Isolde se acostumbraba al territorio. Mi lobo aprovecharía la oportunidad para analizarla y determinar si estaba lista para integrarse en las carreras de la manada, una parte esencial de la construcción de la unidad.

Me quité la ropa, la tiré al suelo y cambié de forma, permitiendo que mi lobo tomara la iniciativa mientras esperábamos a nuestra compañera en un árbol cercano. La emoción le latía en la sangre

y olfateó el aire.

Isolde se quitó la ropa un momento después y se transformó mucho más rápido de lo esperado. Su loba estaba tan emocionada como el mío.

Cuando apareció su ágil loba negra, puso el hocico en el suelo de inmediato y alzó la cola en alto mientras olfateaba las rocas bajo de sus patas. Satisfecha, trotó hasta la línea de árboles.

Era una cosita curiosa, pero mi lobo hizo un puchero cuando lo ignoró en favor del follaje. Éste resopló, arrastrando una pata contra la tierra para llamar su atención, pero echó un breve vistazo hacia atrás antes de volver a inspeccionar el arbusto que tenía delante.

Mi lobo se acercó trotando y le dio un golpecito en el costado con el hocico, inhalando el aroma de nuestra compañera con un leve estruendo de satisfacción. Eso sí que captó su atención, olfateó nuestro pelaje y nos rodeó con lentitud. Mi lobo se quedó quieto, dándole tiempo para que lo examinase.

Ella soltó un gritito y frotó su esbelta figura contra nuestro costado, marcándonos con su olor. Ese reclamo indiscutible le encantó a mi lobo.

«*Le gusto*», dijo todo arrogancia.

«Por supuesto que sí. Estás apegado a mí. ¿Por qué no ibas a gustarle?».

Resopló y se frotó contra nuestra compañera en respuesta.

Cuando decidió que olía lo suficiente a nosotros, la condujo hasta el bosque a un trote lento. Ella le siguió felizmente, revoloteando de árbol en roca y en arbusto en busca de nuevos olores. La loba de Isolde era segura e inquisitiva, inspeccionando todo sobre lo que podía poner su hocico.

Era menos asustadiza de lo que había esperado, aunque la vi luchando por mantener el equilibrio en un terreno irregular. Como un cachorro recién liberado, la energía se desprendía de ella en oleadas, y no pasó mucho tiempo antes de que nos instara a jugar. Se giró para mirarnos y se dejó caer sobre sus patas delanteras, con la cola en el aire.

Mi lobo sabía lo que iba a hacer a continuación. Chasqueó los dientes en señal de aliento, correspondiendo a su ánimo juguetón. Chocaron las patas, golpeándose ligeramente el uno con el otro, mientras ella arrojaba su cuerpo contra el de él.

En un estallido de movimiento, echó a correr por los árboles, deslizando su cuerpo sobre el suelo del bosque.

Los músculos de mi lobo se tensaron al ver a nuestra compañera huir de nosotros. Las ganas de cazar, de perseguir, salieron a flote. El dominio y la lujuria luchaban bajo nuestro pelaje, y ambos salivamos, imaginándonos su sumisión cuando la atrapáramos.

Joder.

No esperaba que echara a correr y activara el instinto de apareamiento de mi lobo.

«*Quiere que la persigamos*», dijo mi lobo, siguiendo la pequeña mancha negra que se alejaba cada vez más. «*Es mía para que la cace, la persiga y la haga mía*».

El autocontrol de mi lobo se hizo pedazos y nos lanzamos hacia ella. Todo se desvaneció a medida que nuestros sentidos se concentraban en lo único que importaba: Isolde.

Su pequeña figura se fue haciendo más grande ante mis ojos, y mi gruñido rasgó el aire, una advertencia y una promesa de lo que estaba por venir.

Era rápida, eso no se lo podía negar, pero este bosque era mi hogar, y yo era indudablemente más rápido. Movimos las piernas con premura, hombre y bestia moviéndose en sincronía.

Cuando su olor nos envolvió, con su excitación tan espesa que podíamos saborearla en el aire, nos lanzamos a por ella. Mi lobo la levantó del suelo antes de caer contra él, rodando sobre la tierra y las hojas hasta que la inmovilicé debajo de mí. Mis mandíbulas la agarraron por la nuca, dominándola con una pura satisfacción masculina.

Su loba maulló, retorciéndose bajo el mío y arqueando las caderas para presentarnos lo que habíamos ganado, lo que era *nuestro*.

Gruñimos, mordisqueándole el cuello y ordenándole que se transformara conmigo.

De nuevo en nuestra piel humana, le rodeé el cuello con la mano, de forma persuasiva pero firme, e insté a Isolde a que me observara mientras la hacía mía de la manera que nuestros lobos nos exigían.

Mi polla dura se tensó entre nosotros, con el líquido preseminal goteándose en la punta mientras la parte inferior rozaba su núcleo. Ella gimíó ante el contacto, arqueando el cuello para exponer

la vulnerable hendidura entre su cuello y su hombro.

Gruñí mi aprobación e inhalé su aroma, endulzado hasta convertirse en una miel espesa por la viscosidad que cubría sus muslos.

—Ya estás muy mojada para tu alfa. —Se mordió el labio, con sus ojos azules implorándole a la necesidad primigenia que hervía bajo mi piel—. Dime lo que quieres, Isolde —murmuré, acariciándole el cuello y lamiendo su delicada piel.

—Yo... —gimió.

Arrastré la parte plana de la lengua por su clavícula.

—Puedes hacerlo mejor que eso, compañerita mía. —Colé la mano entre nuestros cuerpos y ella se arqueó para tocarme, ansiosa de más—. Te mueres de ganas, ¿no? Siento curiosidad, ¿de qué te mueres de ganas exactamente? —Deslicé los dedos por sus pliegues, presionando su capullo palpitante con un gruñido.

—Más, quiero más —dijo, retorciéndose debajo de mí.

—¿Más de qué? ¿De mis dedos? ¿De mi boca? ¿O quieres que hunda mi polla dentro de ti? ¿Quieres que ahogue este coño tan bonito con mi semen?

Ella gimió, con la cara y el cuello enrojecidos.

—Sí. Sí, por favor. Wynn, estoy muy cachonda. Por favor...

Mi boca se estrelló contra la suya, silenciando sus gemidos. Con mi control haciéndose añicos, me sumergí en su canal estrecho y goteante.

—Joder, que gusto estar dentro de ti —siseé, hundiéndome aún más—. Te voy a llenar hasta que estés rebosando, hasta que no haya duda de que llevas dentro a mi cachorro.

Alzó las caderas, presionando los talones contra la tierra para ir al encuentro de mi polla sin vergüenza y con la cara acalorada.

La empujé contra la tierra, abriéndole las piernas y enterrándome en su calor hasta que no pude separar a un ser del otro. Me clavó las uñas en los músculos de los hombros y sus agudos jadeos alentaron mis embestidas.

Mi lobo cabalgó por la superficie de nuestra mente mientras el placer se convertía en algo vivo que flotaba entre nuestros vínculos. Se me tensaron los músculos y me dolieron los testículos. Le mordí el cuello a Isolde, marcando su cuerpo y su alma para que cada lobo que la mirara supiera a quién le pertenecía.

Gritó y el sonido se mezcló con mi rugido gutural. Mi esperma caliente se vertió en ella, brotando en un flujo interminable mientras cabalgaba su orgasmo hasta el final.

Ella lo era todo.

Destruiría a cualquiera que intentara arrebátarmela.

Incluso al Consejo.

Capítulo 21

Isolde

Me desperté con la suave luz de la mañana que se colaba por las cortinas, los sentidos aún me hormigueaban tras la emocionante carrera con Wynn. Las extremidades cálidas y musculosas de mis compañeros me rodeaban, e inhalé sus aromas. Había dormido sobre el cálido cuerpo de Bishop, con su firme miembro aún dentro de mí. Alaric, siempre atento a mis necesidades, tenía su brazo echado sobre mi cintura mientras que Wynn se acurrucaba a mi otro lado, con una gran mano acariciándome el pecho.

Mi loba ronroneó, disfrutando de la atención que recibía de sus compañeros. El trío formaba una jaula irrompible a mi alrededor, y nunca me había sentido máspreciada. Nuestro vínculo era innato y natural, como si siempre hubiéramos estado destinados a estar juntos. Tal vez así era. Tal vez ese era el objetivo de un vínculo de pareja predestinada. Cerré los ojos y saboreé la sensación de seguridad y amor un instante más.

Cuando me estiré, Alaric despertó de su letargo. Su mirada traviesa se encontró con la mía, y una sonrisa lasciva se dibujó en sus labios. Las mejillas se me calentaron y me retorcí a pesar de la punzada de dolor entre mis piernas. Me estaba familiarizando demasiado con la expresión de su rostro. Alaric ocultaba un as bajo la manga.

—Buenos días —murmuró, dándome un beso en los labios.

—Buenos días —respondí con voz entrecortada mientras deslizaba la mano por mi culo.

—¿Te duele? —preguntó.

—Un poco.

Se sentó, me agarró por la cintura y me levantó de la polla semidura de Bishop a un ritmo tan lánguido que gemí.

—¿Qué tal si te doy un buen baño? —Me sentó en la cama junto a él—. O, si lo prefieres, podría lamerte hasta dejarte limpia.

—¿Qué tal si lo dejamos en un baño por ahora? —dije entre risas.

—Como gustes, pero, para que lo sepas, la oferta siempre se mantiene en pie. —Me guiñó un ojo antes de desaparecer en el baño.

Lo seguí de puntillas para no despertar a Wynn ni a Bishop y sonreí cuando lo encontré llenando la bañera con agua humeante. El fragante olor a lavanda, pachulí y vainilla flotaba en el aire, opacando mis sentidos. Me derretí ante la consideración de mi compañero.

Todos mis productos de baño estaban colocados en un carrito cerca de la bañera del tamaño de un jacuzzi y, cuando me asomé, observé un sutil tono lechoso en el agua.

—Qué rápido eres.

—Soy eficiente. —Sus ojos recorrieron mi figura—. Y tú sigues en el otro extremo del cuarto.

Sonreí, y Alaric observó sin pestañear como movía un pie delante del otro, acortando la distancia que nos separaba. Se metió en la bañera y extendió los brazos, y dejé que me aupara por encima del borde. Nos hundimos juntos en la bañera con su pecho pegado a mi espalda.

—Así que por esto has madrugado. —Giré la cabeza para mirarlo y restregué el culo contra su polla rígida.

—Por fin ha tenido su recompensa madrugar —dijo con una sonrisa.

Mojó una esponja en el agua antes de echarle gel.

—Creo que soy yo la que tiene una recompensa —gemí mientras sus hábiles manos me frotaban la espalda, el cuello y los hombros.

—Créeme, estoy disfrutándolo.

Sus manos bajaron por mi columna y arqueé la espalda a medida que sus dedos me aliviaban la tensión acumulada en los músculos. Me rodeó con sus antebrazos morenos y me pasó la esponja por el estómago, gemí mientras me acunaba el pecho y me acariciaba con movimientos suaves y circulares del pulgar.

Alaric me dejó un rastro de besos cálidos y reverentes en el cuello que hicieron que los dedos de los pies se me doblaran bajo el agua, y un estruendo de satisfacción le vibró en el pecho. Nuestro

vínculo zumbó y el calor se encendió en mi interior.

Me tocó cada centímetro de mi cuerpo como si fuera un objetopreciado, y abracé la sensualidad del momento. La tensión de mi carrera, el apareamiento con Wynn y el consiguiente rato de ocio con mis tres compañeros se desvanecieron.

Alaric me mordisqueó la oreja y suspiré. Su deseo y satisfacción se convirtieron en los míos, deslicé una mano sobre la suya y la guie entre mis muslos.

De repente, Wynn entró en el baño, arqueando una ceja sin dejar de caminar hacia la bañera. Mis dientes se hundieron en mi labio inferior y deslicé la vista por el cuerpo esculpido de mi compañero.

Por la Diosa, qué difícil era concentrarse cuando estaban desnudos.

—Parece que me he despertado justo a tiempo. —Wynn se metió en la bañera por el extremo opuesto.

Alaric le arrojó la esponja.

—Sí, ahora puedes encargarte tú de sus piernas.

Wynn me dedicó una sonrisa lasciva y murmuró:

—Mi lugar favorito.

Me sonrojé.

—¿Bishop sigue dormido?

—Estará durmiendo por un buen rato después de lo que le hiciste anoche. —Wynn me frotó los pies mientras el calor me bajaba por el pecho.

—Te has vuelto insaciable —me susurró Alaric al oído, rodeándome la cintura con un brazo bajo el agua.

La mente se nubló de nuevo. Me ordené a mí misma concentrarme, recordándome que había algo que necesitaba preguntar, algo que había estado pesando durante un tiempo.

Las ideas me iban a paso de tortuga y luché contra una oleada de lujuria. Las caricias constantes

de Wynn sobre mis tobillos, pantorrillas y la cara interna de los muslos desafiaban a la lógica.

Las imágenes del macho hostil se cruzaron por mi mente, seguidas de los rumores de que las omegas podían reproducirse con cualquier lobo. Mi determinación se solidificó. No dejaría que me distrajeran con caricias y palabras bonitas. Sabía lo que les esperaba a mis futuras cachorras si nacían omegas. Sabía que había cosas que mis compañeros no me decían. ¿Por qué no había cambiaformas menores de veintiún años dentro de los muros de la manada?

—¿Por qué...? ¿Por qué no hay jóvenes cambiaformas en nuestra manada? —pregunté al fin.

Las manos de Wynn se deslizaron hasta mis tobillos, pero no me soltó.

—Me preguntaba cuándo nos lo ibas a preguntar. Todos nos lo preguntábamos. —Eché un vistazo por encima de mi hombro, con ojos cautelosos—. Hidden Creek ha recuperado recientemente su estatus de manada autorizada.

¿Qué? La cabeza empezó a irme a mil pensando en todas las cosas deplorables y horribles que podían hacer que a una manada se la castigara de esa manera.

—¿Por qué perdisteis la autorización? —pregunté con cautela.

El pulgar de Alaric recorrió la longitud de mi brazo, agarrándolo con más fuerza de la que había usado momentos antes, casi como si temiera que fuese a apartarme.

—Mi padre era el alfa antes que yo, y no era un hombre honorable. —La mirada de Wynn era distante—. Abusó de mucha gente y dirigía la manada con crueldad. Durante su liderazgo, Hidden Creek era un lugar brutal, sobre todo para las omegas ganadas durante la cacería.

Wynn apretó la mandíbula. Estaba bloqueando sus emociones en nuestro vínculo, pero su vergüenza resultaba evidente por la curvatura de sus hombros y la forma en que se negaba a mirarme a los ojos.

«Carga a sus hombros con el peso de la manada. Y se espera que también cargue con sus pecados», dijo mi loba.

—Las omegas estaban encerradas, resguardadas dentro de los confines de la casa de su unidad —continuó Alaric, con la voz tan vacía como los ojos de Wynn—. A algunas se las retenía en habitaciones individuales, y a otras... se las compartía con miembros leales de la manada que aún no habían participado en la cacería. El Consejo sospechaba que algo había ocurrido dentro de las

fronteras de nuestro territorio, pero no tuvieron pruebas hasta hace veinte años.

Estábamos hablando de sus madres y tías. Puede que incluso de sus hermanas, me di cuenta horrorizada.

—¿Qué pasó hace veinte años?

—El Consejo recibió un video de alguien anónimo, donde se veía lo que estaba sucediendo con las omegas —dijo Wynn.

—Se lo enviaste tú —susurré.

—No actué solo. La mayoría de los lobos que ahora sirven como mis ejecutores formaban parte de mi equipo. Tratábamos de salvar a nuestras madres.

Miré de un hombre a otro, confundida.

—¿No lo conseguisteis?

—No. —La voz del alfa sonaba hueca—. Solo empeoramos las cosas. Mi padre tomó represalias y perdimos a las omegas.

Por lo general, encontraba consuelo en los ratos tranquilos de la mañana, pero después del baño con Alaric y Wynn, lo único en lo que podía pensar era en el futuro que intentaban construir. Hidden Creek tenía un pasado sangriento.

Me di cuenta de que todos los miembros de la manada habían perdido a alguien. A madres, hermanas, tías... todas habían dejado de existir por un acto de malicia y rabia.

¿Qué clase de alfa decretaba una ejecución para deshacerse de pruebas incriminatorias?

«*Uno que no se merece dicho título*», respondió mi loba con solemnidad.

Me dirigí a la cocina. Mis compañeros estaban entrenando y estarían hambrientos a su regreso, sobre todo después de compartir su pasado conmigo. Quería mostrarles que nada había cambiado entre nosotros. Su dolorosa historia no borraba el bien que habían hecho por su manada, el bien que todavía estaban tratando de obrar.

Estaba sirviendo las tortitas en sus platos cuando llegó Wynn con Bishop y Alaric pisándole los

talones. Parte de la pesadez anterior había desaparecido de su ceño, y sonreí alegremente, transmitiendo mi felicidad a nuestro vínculo.

—¿Os ha cundido el entrenamiento? —pregunté, inspeccionando los nuevos moratones presentes en sus rostros.

—Wynn nos ha dado una buena paliza; si a eso te refieres con si nos ha cundido, entonces sí, nos ha cundido. —Bishop me agarró de la nuca y me dio un beso.

Alaric presionó los labios contra mi cabello y se sentó a la mesa.

Miré de soslayo a Wynn, que se encogió de hombros con aire juguetón.

—Alguien tiene que asegurarse de que no se oxiden.

Puse los ojos en blanco, pero los seguí hasta la mesa. Nos enfrascamos en una conversación confortable, riéndonos y bromeando como si la conversación previa nunca hubiera tenido lugar. Estaba tomándome un sorbo muy necesario de café, pensando en mi mural en la guardería, cuando Bishop se levantó y fue hasta el armario donde se guardaba las sábanas y mantelería.

Los otros dos dejaron de comer cuando regresó con una enorme caja envuelta en papel azul brillante y coronada con un lazo plateado.

—¿Qué es eso? —pregunté, mirándolos a los tres.

—¿Por qué no lo abres y lo averiguas? —me vaciló Alaric.

Fruncí la nariz, complacida pero avergonzada. No acostumbraba a recibir muchos regalos, y una extraña y confusa sensación se acumuló bajo mi piel a medida que me acercaba con lentitud al paquete. Acariciando el papel con las yemas de los dedos, me mordí el labio, decidiendo cuál era la mejor manera de desenvolverlo.

Wynn esbozó una sonrisa.

—A menos que tengas telequinesis, creo que vas a tener que romper el papel.

Le lancé una mirada fría y rasgué el papel, descubriendo un elegante estuche negro con ruedas. Les dirigí una mirada curiosa antes de concentrarme en mi regalo. El pestillo se soltó con un fuerte chasquido y abrí la tapa, asombrándome por lo que había dentro: lienzos, pinturas,

pinceles y blocs de dibujo, todo lo que necesitaría para desarrollar mi arte.

Noté la lengua pensada en la lengua.

—No puedo... no hacía falta que... —Notaba los ojos calientes y cómo las lágrimas se me asomaban a las pestañas—. Gracias.

—Tendrías que habérmelo dicho si querías material para pintar —dijo Wynn con dulzura.

—Ya tenía los materiales que estaba usando en la guardería —dije débilmente.

—Y el mural te está quedando increíble, por cierto —agregó Bishop con una sonrisa—. Pero no es lo mismo a tener tus propios materiales. Tienes que hacernos saber si hay algo que quieras. Ya hemos solicitado que te envíen una tarjeta y te incluyan en la cuenta familiar, así no hará falta que nos pidas nada.

Di un paso adelante, el corazón me cantaba como un colibrí.

—Ah, no, eso ya es demasiado.

—¿Te gusta pintar? —preguntó Alaric.

—Sí.

Me rodeó los hombros con los brazos y me mordisqueó el lóbulo de la oreja.

—¿Te hace feliz?

Asentí con la cabeza.

—Eso es lo único que importa. Tenemos más dinero del que sabemos qué hacer con él, y si podemos invertir un poco en hacerte sonreír, es dinero bien gastado.

Antes de que pudiera responder, uno de los dispositivos de comunicaciones emitió un pitido. Wynn subió a su despacho, y Alaric lo siguió, subiendo los escalones de dos en dos.

Bishop me agarró de las manos y me depositó un besito en los nudillos.

—Un día, todos tus recuerdos del internado se verán ahogados por la felicidad que te brindamos.

—Su promesa me dejó sin aliento.

Bishop fue a reunirse con Wynn y Alaric en el piso de arriba, y yo admiré mis materiales de pintura. Empezaron a ocurrírseme mil ideas de lo que haría con ellos. Vi bosques verdes y raíces marrones, y los dedos me hormiguearon con la necesidad de dibujar.

Una ola de ira recorrió el vínculo, y me puse en pie de un salto justo cuando se silenciaba.

Estaban ocultándome algo, y estaba harta de sentir que iba a ciegas. Subí sigilosamente las escaleras y me detuve frente al despacho de Wynn. Había un pequeño hueco entre el marco y la gruesa puerta de roble, lo suficiente para dejar pasar el sonido. Con sigilo, me apreté contra la pared.

—¿Ya ha concebido? —preguntó una voz ronca y demacrada.

—No —respondió Wynn.

—Resulta interesante que tu omega parece ser la única que no ha engendrado. —Se me revolvió el estómago—. Hidden Creek no habrá vuelto a las andadas, ¿verdad?

El gruñido de Wynn resonó por todo el despacho, no había duda de la amenaza que ocultaba.

—Isolde es nuestra compañera, no la yegua de cría del Consejo. Cuando esté encinta, acataremos las leyes como cualquier otra manada autorizada.

El corazón me retumbó. Notaba el aire demasiado cargado para respirar, y las piernas se me convirtieron en gelatina. Hui de mi escondite y bajé volando las escaleras.

Tenía que escapar, pero incluso con mis compañeros a mi lado, no había a dónde huir.

La alegría que había sentido unos instantes antes se atenuó, eclipsada por la solicitud del Consejo.

Querían a mi bebé.

Cada omega a la que diera a luz sería suya.

Me agarré el estómago con gesto protector. El pavor y el pánico me dejaron un sabor amargo en la boca. No podía renunciar a mis hijos, y me negaba a condenarlos a la misma desdicha a la que yo había sobrevivido.

En piloto automático, atravesé la plaza corriendo rumbo a la guardería. El edificio estaba en silencio cuando llegué, así que entré y me quedé mirando el mural inacabado. Finalmente, tomé un pincel, respirando profundamente con cada trazo y brochazo de color. Pasaron segundos, minutos y horas hasta que tuve ante mí una serie de animalitos sonrientes.

Ya más calmada, construí una fortaleza alrededor de mis preocupaciones. Tenía que pensar con claridad. Necesitaba un plan, necesitaba la verdad.

Escuché un murmullo detrás de mí y giré la cabeza de golpe, mirando hacia la ventana trasera. Las hojas estaban quietas y los pájaros tranquilos. Soltando el aire, me agaché para recoger los materiales.

Otro sonido apagado me cosquilleó los sentidos, seguido de un crujido apenas perceptible. El corazón me latía en los oídos y la adrenalina me corría por las venas.

Lentamente, conté hasta tres, girándome en el último momento posible. Un bosque silencioso me dio la bienvenida. La nuca me hormigueó cuando unos ojos invisibles se deslizaron por mi piel.

Caminé hacia la salida trasera, no quería darle a quien estuviera ahí fuera la satisfacción de ver mi miedo. El aire cálido de la tarde me dio la bienvenida y miré a mi alrededor en busca de señales de problemas.

Los guijarros crujieron detrás de mí.

Grité girando sobre mis talones, pero me tapé la boca con la mano cuando di con una mirada azul hielo que me resultaba familiar.

Winnie se llevó una mano al pecho.

—Diosa mía, Isolde, casi me das un susto de muerte.

—Yo podría decir lo mismo. ¿Qué haces aquí?

—Vi la luz encendida de camino a casa, pero la guardería estaba vacía cuando entré, así que vine hasta aquí para comprobar la zona antes de echar la llave. —Hizo una pausa y me miró detenidamente—. ¿Estás bien?

—¿Qué? Ah, sí, estoy bien —dije, mirando hacia el bosque.

Ella me estudió, insatisfecha con mi respuesta.

—Ven —dijo finalmente, extendiendo el brazo—. Iba a reunirme con algunos de los ancianos cuyas casas vamos a reformar. Es una buena oportunidad para que los conozcas.

Asentí, pero mientras nos alejábamos de la guardería, sentí que unos ojos se clavaban en mi piel una vez más.

—¿Con un vestido? —Me reí.

—Un vestido azul con margaritas pequeñas —confirmó el señor Harrison con orgullo—. Y déjame decirte que, cuando daba una orden, nuestro joven alfa obedecía sin rechistar.

El Sr. Harrison solía ser el jefe de los ejecutores, y el responsable de entrenar a Wynn, Alaric y Bishop cuando eran más jóvenes. Nuestra visita se convirtió rápidamente en una recopilación de anécdotas de los traviesos jóvenes y los castigos igualmente escandalosos que se le ocurrían.

Estábamos sentados en su mesa de cocina, tomando té caliente y galletas. Cuando vi por primera vez el estado de su casa, me quedé conmovida. El porche delantero estaba en ruinas, las barandillas colgaban de los tornillos, los paneles del suelo estaban o bien levantados o ausentes por completo, y la parte delantera de la casa tenía unas manchas de humedad que penetraban en la madera.

—Y tanto que obedecían —dijo Winnie masticando un bocado de galleta—. Todo el mundo sabía que no le convenía poner a prueba a Harrison. Era nuestro soldado número uno, incluso mejor que el alfa.

El señor Harrison se sonrojó ante el cumplido.

—Tampoco diría tanto.

Winnie le dedicó una sonrisa pícaro.

—Pues es lo que dicen todos los demás.

—Señor Harrison, estoy oficialmente impresionada.

El señor Harrison rechazó el cumplido con un gesto de la mano, pero me acercó el plato de

galletas.

Era agradable sentarse con Winnie y el Sr. Harrison como si este fuera un día normal y corriente. Casi me hizo olvidarme del Consejo, de los ojos que me espiaban.

La parte temerosa de mí deseaba poder sumergirme en esta normalidad. Poder olvidar que había cosas ahí fuera que amenazaban con desarraigarme.

Capítulo 22

Alaric

—Eso es. Mantén las piernas en alto —animé a Isolde—. Más alto. Pon las rodillas a la altura del pecho.

Isolde resopló, con las mejillas enrojecidas y la frente perlada de sudor. Se le habían escapado unos mechones negros de su cola de caballo, que se le habían pegado a la piel.

—Quince segundos más —grité cuando noté que se le bajaban las rodillas.

El sol acababa de salir tras las escarpadas cumbres de los pinos que rodeaban el campo de entrenamiento, pero solo llevábamos treinta minutos de calentamiento. Isolde no era una ninguna guerrera. A juzgar por su falta de equilibrio, atletismo y resistencia, tendría que pasar bastante tiempo antes de que pudiéramos perfeccionar sus habilidades. Pero no necesitaba que fuese una guerra, solo quería que contase con las habilidades necesarias para sobrevivir en caso de emergencia.

Mi encantadora compañera estaba decidida y se concentraba en cada movimiento del estiramiento y ejercicios funcionales.

—Toca descanso —grité.

Con un suspiro exagerado, se dejó caer sobre la hierba. Le entregué una botella de agua.

—Bebe mientras aún puedes. Tienes dos minutos hasta que comencemos con la carrera.

Se secó la frente.

—Espero que estés de broma. Pensé que habíamos terminado.

Crucé los brazos sobre el pecho.

—Apenas hemos terminado con el calentamiento. Nos queda una carrera de tres kilómetros y,

después de eso, daremos comienzo al entrenamiento.

—Alaric —se quejó—. Creía que iba aprender defensa personal, no a hacer el entrenamiento de los ejecutores.

Resoplé por la nariz.

—¿Crees que soy tan blando con mis ejecutores? Estoy siendo amable al reducir la carrera a tres kilómetros. Sigue quejándote, y serán ocho

Se le desencajó la mandíbula.

—Pero yo soy tu compañera.

—No mientras estemos entrenando. Ahora mismo, eres una hembra indefensa que necesita que la entrene. Es responsabilidad mía enseñarte, cosa que no puedo hacer si ya estás resoplando y quejándote después de treinta minutos de estiramiento y cardio ligero.

Ella gimió.

Yo me puse a correr en el sitio.

—Muy bien, se acabó el tiempo. Ponte en fila conmigo y trata de aguantarme el ritmo.

Con pasos lentos y pesados, se dirigió a mi lado y arrancamos la carrera. Cada medio kilómetro, aceleraba el paso, obligando a Isolde a llevar su cuerpo más allá. Quería cansarla y agotar su energía antes de exigirle más. Nos guste o no, la destreza física dictaba la supervivencia en nuestro mundo. Era la razón por la que se había abusado de las omegas en el pasado, y sospechaba que el Consejo se había propuesto la misión de que siguiesen siendo dóciles y moldeables.

Por desgracia, eso las convertía en blancos fáciles, pero ese no sería el caso de Isolde, ya no.

Todo lobo, independientemente de su género o rango, necesitaban tener unas nociones básicas de defensa personal. Tenían que saber usar su intuición a su favor, aprovechar su entorno y confiar en los instintos de sus lobos.

Imaginarme a una Isolde joven e indefensa prendió un fuego dentro de mí. Estaba más decidido que nunca a asegurarme de que pudiera mantenerse a salvo. No perdería a Isolde de la misma

manera en que perdí a mi madre y a mis hermanas. Si alguien se hubiera molestado en enseñarles, podrían haber sobrevivido cuando el viejo alfa ordenó a sus ejecutores que las mataran.

La sonrisa en su cara cuando volvimos a la manada quedaría grabada en mi cerebro hasta el día en que muera, y el olor a carne y pelaje quemados permaneció en el aire durante semanas. Cerré los puños a los costados.

Nunca más. Esa fue nuestra promesa.

El sol alcanzó su punto más alto cuando Isolde se arrastró hasta los árboles donde se llevaríamos a cabo su práctica de defensa personal. Tenía la piel sonrojada y la respiración trabajosa. Doblándose sobre sí misma, se llevó las manos a las rodillas. Bien. Ella estaba exactamente tal y como necesitaba que estuviera. Si podía superar sus propios límites durante el entrenamiento, su cuerpo no le fallaría durante una crisis.

—Muy bien, Isolde —comencé, ignorando su gemido de cansancio. Durante el entrenamiento, necesitaba un comandante, no un compañero—. Empecemos con las técnicas de evasión. Es crucial defenderse evitando que te lastimen siempre que sea posible.

Hice una demostración de cómo esquivar un ataque inminente con movimientos practicados, enfatizando la importancia del juego de pies y el equilibrio. Repetí las secuencias un par de veces, dejando que se acostumbrara a la maniobra.

Isolde observaba con los ojos azules brillándole con concentración y determinación. Imitó mis movimientos, aunque con vacilación, pero se enfrentó a la incomodidad inicial. A medida que avanzaba la sesión, sus maniobras se volvían más fluidas y rápidas. Su creciente confianza y su mejora gradual hicieron que se formase una sonrisa impresionante en su rostro.

—Buen trabajo, Isolde —le dije en su quinto set.

Cambié de dirección, apuntando a su cuerpo en lugar de a su cabeza. Le costó ajustarse al cambio y mi puño le rozó el brazo. Si hubiera querido hacerle daño, podría haberlo hecho, y sus ojos se abrieron de par en par al darse cuenta.

—Recuerda, el activo más importante en cualquier pelea es tu mente. Tu oponente tendrá costumbres y tics, y tu trabajo consistirá en que aprovecharlos a tu favor.

—¿Cómo puedo aprovechar a mi favor el puñetazo de otra persona? —preguntó, jadeando.

—Teniendo una idea de cuándo y qué golpe van a asestarte. Pasemos al siguiente punto: sé consciente de tu entorno. Cierra los ojos —ordené.

Hizo lo que le pedí.

—Si atacara tu lado izquierdo, ¿cuál sería tu mejor vía de escape? Mantén los ojos cerrados —grité cuando los párpados se le agitaron.

—¿Cómo se supone que voy a saber eso?

—¿Has pasado cuarenta minutos en este claro y no recuerdas nada?

Guardó silencio.

Resoplé por la nariz.

—¿Estabas prestando atención siquiera?

—¿Esperas que preste atención a lo que me rodea cuando mis huesos se han licuado por usarlos en exceso?

—Lo que espero es que mantengas la guardia alta. Puede que escapar no sea lo más emocionante que puedes aprender, pero las posibilidades de que sobrevivas al combate cuerpo a cuerpo son escasas o nulas. Tu mejor oportunidad será escapar y echar mano de tu entorno para mantenerte a salvo. Y para lograr eso, tendrás que poner distancia entre tu atacante y tú.

Me fulminó con la mirada, llevándose la mano a la cadera.

—Gracias por el voto de confianza.

—No se trata de confianza, sino de seguridad. Sería irresponsable de mi parte hacerte sentir que eres capaz de hacer cosas de las que no eres capaz. Ahora, cierra los ojos.

—Los ataques letales son el último recurso. —rodeé con lentitud a Isolde, dejándola sentir mi presencia—. Pero incapacitar a un enemigo es algo crucial si no quedan más opciones. Para ello, nos centraremos en usar tus garras, pero eso no es todo. También tendrás que aprender a defenderte en situaciones en las que usar a tu loba no sea una opción. —Saqué una pequeña

navaja táctica y se la entregué por la empuñadura. Vacilante, la aceptó—. Este va a ser tu nuevo compañero de viaje.

La hoja medía unos diez centímetros, y la giró con cuidado en su mano.

—Llevar encima una navaja es una gran opción. Esta se oculta con facilidad y es un buen sustituto si no puedes cambiar de forma. Golpéame.

—¿Qué? No —exclamó Isolde—. Podría hacerte daño.

No pude evitar reírme.

—Si consiguieras hacerme daño, me dejarías impresionado.

—¿No crees que podría? —Mas decidida ahora, su tono adquirió un aire de ofensa.

—Ni siquiera si llevara una venda en los ojos —dije, sonriendo.

Frunció el ceño. Por un momento, pensé que me había pasado incitándola, pero se abalanzó sobre mí antes de que pudiera disculparme. La navaja táctica dibujó un arco salvaje en el aire antes de curvarse hacia el suelo. Me hice a un lado, me coloqué detrás de ella y llevé la palma de mi mano a la parte posterior de su codo. Gritó con sorpresa cuando le agarré la mano con la que sostenía la navaja y tiré de ella hacia atrás, haciéndola perder el equilibrio.

—Pensé que me ibas a hacer daño —me burlé, saltando unos metros hacia atrás cuando se giró hacia mí, con los dientes apretados.

Me enseñó los dientes.

—Todavía tengo tiempo.

El agua se escurría de las comisuras de la boca de Isolde, y unos pequeños riachuelos le goteaban por la barbilla y la suave columna de su delgada garganta.

Mi lobo zumbó y un gruñido de satisfacción brotó de mi pecho. Nuestras miradas se encontraron, y el rubor de su rostro no tenía nada que ver con el entrenamiento cuando llevé la mano a la parte baja de su espalda. Saboreé la calidez de su piel mientras la guiaba por los escalones de nuestra casa.

Estaba satisfecho con el progreso que había hecho hoy. Con el autocontrol de un santo, ignoré mi

polla empalmada y me despedí para no pasar el resto de la tarde entre sus muslos, gastando lo que le quedaba de energía.

Escudriñé mi entorno mientras sacaba mi dispositivo de comunicaciones y me dirigía hacia el edificio de seguridad. Ahora que el entrenamiento de Isolde había concluido, los problemas que se avecinaban en la manada regresaron con pesadez a perturbar mis pensamientos. El Consejo se estaba impacientando, cosa que me hacía rechinar los dientes y me hacía preguntarme cómo se estaba tratando a las otras omegas dentro de sus unidades. Mi madre le había rogado a mi padre que no la dejara en la habitación con los hombres a los que se la había entregado esa noche, y el recuerdo me hizo apretar el puño. Cuando me clavé las garras salí de mi inquietante ensoñación, y sellé la puerta a esos pensamientos. Exhalando profundamente, marqué la extensión de Valor.

—¿Hay noticias de la mano? —le pregunté tan pronto como me contestó.

La mano era la unidad táctica especial que usábamos para las misiones. La formaban algunos de los pocos cambiaformas nacidos con dones bendecidos por la Diosa. Nadie estaba seguro de por qué o cómo un cambiaformas nacía bendecido por la Diosa, pero contaban con habilidades extraordinarias.

—No, nada. La línea ha estado en silencio desde el despliegue.

Imposible. A estas alturas ya deberíamos haber tenido noticias.

—¿Qué pasa con los rastreadores? ¿Todavía siguen en la ubicación?

—La señal para los cuatro primeros ha sido codificada —dijo Valor con calculada eficiencia—. El quinto todavía está en la ubicación preparada, así que tengo razones para creer que los otros también.

—¿Qué crees que los está deteniendo?

—No sabría qué decir. Nunca hemos llegado tan adentro.

Cierto. Nunca se había conseguido infiltrarse en el Consejo, al menos no con éxito. Pero ya lo sabíamos cuando analizamos nuestras opciones. Era la única forma de obtener respuestas si queríamos forjar alianzas con los otros grupos autorizados. Por más que me jodiese, no irían en contra del Consejo por las palabras de unas pocas omegas. Ya sería difícil convencer a las otras manadas de que se pusieran de nuestro lado, incluso si encontráramos pruebas.

La frustración se gestó dentro de mí. La respuesta tardía de la mano no encajaba con su eficiencia habitual. Me paseé de un lado a otro a lo largo del sendero, contemplando complicaciones imprevistas o peligros potenciales. ¿Qué demonios estaba pasando?

—Comandante, ¿cuáles son sus órdenes? —preguntó Valor.

—Esperamos. No quiero poner en peligro su tapadera si la mano no ha establecido contacto. Hasta entonces, prepare un segundo equipo para una extracción en caso necesario.

—Sí, señor.

La línea se cortó, pero permanecí anclado en el lugar.

El comportamiento y el silencio inusuales de mis ejecutores pintaban un panorama preocupante. No podía ignorar la posibilidad de la traición. Tal vez el Consejo tenía un control inesperado sobre mis ejecutores. La cronología de los hechos era demasiado coincidente como para considerarlo como una mera casualidad.

El pavor se instaló en mi pecho. Mis ejecutores podrían verse comprometidos, y nuestro plan de infiltrarnos en las filas del Consejo tendría graves ramificaciones si se descubriera.

Los métodos del Consejo eran insidiosos, sus motivos turbios y peligrosos. No podíamos permitir que más lobos sufrieran porque las manadas autorizadas y sus alfas no se pronunciaran. Hidden Creek necesitaba tener a gente dentro de sus fronteras.

La revelación de Isolde sobre su pasado hizo mella en mi aprensión. Había confiado en nosotros, confesándonos que la separaron a la fuerza de su familia a la tierna edad de seis años. Se me encogió el corazón. ¿Qué porcentaje de cachorros nacían como omegas?

Sentí cómo la bilis se me subía a la garganta. ¿Cuántas hermanas tenía yo? ¿Todos teníamos hermanas que perdimos para siempre en cuanto cruzaron los muros de la manada? ¿De cuántas no habíamos hablado nunca?

Un sentido de apremio me impulsó a ponerme en acción. Canalicé nuestro vínculo mientras corría de regreso a casa, llamando a Bishop y Wynn para reunirnos allí. Sabía lo que teníamos que hacer. Armé las piezas del principio de un plan para salvaguardar a Isolde y fortificar nuestras defensas, un plan que otras manadas también podrían usar.

Mi dispositivo de comunicaciones chirrió.

—¿Qué pasa? —preguntó Wynn.

—Ve a por Bishop —dije—. Os necesito a los dos en la casa ya mismo.

Capítulo 23

Isolde

Mientras trabajaba en el jardín, me manché las uñas y la piel de tierra. El sudor me cubría la frente y me la limpié con la muñeca antes de que pudiera entrarme a los ojos. Hacía un día cálido, cosa que le agradecí en silencio a la Diosa. Dudaba que el trabajo de jardinería resultara muy divertido cuando hacía frío.

La semana pasó volando con mucho que hacer. Apenas había visto a Wynn, Alaric o Bishop, salvo para desayunar y cenar. Estaban centrados en los asuntos de la manada, de los que, una vez más, no me hicieron partícipe. Traté de que no me molestara, pero su secretismo me oprimía el pecho.

Incluso durante el entrenamiento de las mañanas, Alaric se mostraba frustrantemente reservado. Yo ocupaba mis días ayudando a las mujeres de Hidden Creek con sus responsabilidades, lo que me mantenía entretenida. También me dio la oportunidad de acercarme más a los miembros de mi manada.

Esa tarde me encontraba en el exuberante jardín de la animada tía abuela de Bishop, replantando con diligencia las verduras que habían estado desatendidas durante demasiado tiempo.

La anciana, conocida cariñosamente como tía Eileen, era una fuerza a tener en cuenta. Sus sonrisas traviesas le daban un aire juvenil, pero sus canas y su cuerpo frágil delataban su edad. Aun así, los cambiaformas envejecían lentamente, y podría ser que tuviese sus buenos cien años. El único cambiaformas que había visto cercano a su edad era el antiguo miembro del Consejo de la cacería.

La tía Eileen me había hablado de todo, desde las reparaciones de su cerca hasta las formas correctas de germinar sus preciosas plántulas. Admiraba su resiliencia y su personalidad chispeante. Sus bromas y su ingenio rápido me hicieron sentir que finalmente estaba encontrando mi lugar en Hidden Creek.

—Tienes un don para esto. —La tía Eileen se rio entre dientes, observando mi cuidado con las

delicadas plántulas—. Me recuerdas los días en los que me hundía hasta las rodillas en el jardín, siguiendo a mi padre y tratando de entender cómo sabía cuándo las plantas estaban listas para la cosecha.

Sonreí.

—Bueno, pues yo estoy aprendiendo de la mejor, tía Eileen. He oído hablar mucho de tu legendaria habilidad para la jardinería.

La mujer soltó una carcajada, su risa resonó en el jardín como campanas al viento.

—¿Legendaria, dices? ¡Más bien era terca como un viejo roble! Pero gracias, querida. Pásame esas semillas, ¿quieres? —Se subió el vestido hasta las rodillas y se hundió en la tierra a mi lado—. ¡Veamos si podemos hacer que estas verduras crezcan hasta ser más altas que yo!

—Bueno, eso no debería ser muy difícil —dije riendo y echándole las semillas en su mano extendida.

—Mi Bishop debe de estar viviendo el mejor momento de su vida contigo —me dijo sonriendo.

—Me gustaría pensar que sí.

—No he visto a ese chico entusiasmarse desde que mi sobrina estaba viva. —Sus palabras eran melancólicas mientras hundía metódicamente una plántula tras otra en la tierra. Sin saber cómo responder, asentí con la cabeza—. Esos muchachos tuyos son mucho mejores que los hombres que les precedieron. —Hizo una pausa—. Lo sentí, ¿sabes?

—¿Sentiste qué?

—El cambio. La transformación en las estrellas cuando la Diosa insufló vida a Wynn, Bishop y Alaric. Esta generación nació con una herencia oscura, pero se han lavado los pecados de sus padres de la piel. Su capacidad para permanecer indemnes a los fuegos que los forjaron salvó a Hidden Creek. Son una bendición de la Diosa.

Una sonrisa cargada de secretismo se dibujó en su rostro mientras trabajaba.

—No estoy segura de que ellos lo vean así —susurré.

—No, no lo ven así. Pero el cambio conlleva sacrificio. El día que el alfa ordenó la ejecución de

todas nuestras omegas, sufrimos una gran pérdida. Pero también fue el día en que Bishop, Wynn y Alaric encontraron su camino. —Posó las manos en la tierra y se impulsó para ponerse en pie—. Ya ves, querida —dijo, sosteniéndome la mirada—. Nuestra manada ha presenciado una buena cantidad de cambios. En mi época, todo giraba en torno al miedo y al poder. Pero, ¿ahora? La compasión guía esta manada. Nos dedicamos a proteger a aquellos que no pueden protegerse a sí mismos, y la manada es más fuerte por ello. Más fuerte que nunca.

—¿Cómo es eso?

Hizo una pausa, su cabello blanco grisáceo le bailaba con la brisa.

—Ahora, nadie está solo. La generación más joven, incluidos tus compañeros, trae ideas frescas y nuevas formas de pensar. La manada abraza la diversidad y fomenta la innovación. Es un soplo de aire fresco, querida.

Asentí con la cabeza. La manada preservaba la esencia de su herencia mientras abrazaba el cambio y forjaba un nuevo camino en el que todos pudieran prosperar, incluso las omegas como yo.

Nadie me miraba de manera diferente ni esperaba menos de lo que esperaría de cualquier otro miembro. Había días en Hidden Creek en los que sentía que mi rango ni siquiera importaba.

La tía Eileen se inclinó hacia mí, con los ojos centelleantes.

—Y tus compañeros... son unos líderes extraordinarios. Esos muchachos están centrados y decididos, tienen unos corazones tan grandes como la luna. Sé que algún día serán grandes padres.

El calor me abrasó las mejillas y tía Eileen se echó a reír.

—Vamos, no hay necesidad de ponerse tímida —dijo con una sonrisa alegre—. Toda la manada se ha enterado ya de lo satisfecha que estás con tus compañeros. Mi sobrino bisnieto tendrá unos pulmones impresionantes, no me cabe duda.

Estaba demasiado aturdida para hablar. Si la tierra se hubiera abierto y me hubiera tragado en ese momento, con gusto habría caído al abismo. Mi respuesta solo hizo que la tía Eileen se riera más fuerte.

El sol de la tarde arrojaba un tono dorado sobre el jardín mientras continuábamos con nuestro

trabajo, charlando amistosamente de todo, desde anécdotas familiares hasta la posible cosecha. Antes de que me diera cuenta, ya estaba anocheciendo.

Después de terminar con nuestras tareas, la tía Eileen me envolvió en un cálido abrazo. Los ojos le brillaban con afecto.

—Eres una buena adición a nuestra manada, Isolde. Recuerda, el cambio es inevitable, pero es la forma en que nos adaptamos lo que nos define.

Sonreí, conmovida por las palabras de la anciana. Cuando me despedí de la tía Eileen, una voz se oyó desde el otro lado del jardín.

—Isolde, ¿sigues aquí?

Doblé la esquina de la casa de la tía Eileen para encontrarme a Laris esperando cerca. Habíamos trabajado juntas un par de veces durante la semana, y aunque ella no se había mostrado receptiva ni amistosa, era respetuosa.

—¿Pasa algo? —pregunté.

—Algunos de los hombres de la carpintería te están buscando. Querían que vieras el progreso en el nuevo alojamiento de Harrison.

Harrison era un anciano cuya casa había quedado destrozada por una tormenta.

—Claro. ¿Dónde están?

—En el lado este del lago, juntando los paneles finales para poder ensamblarlo todo luego más fácilmente.

¿Por qué iban a construir la casa de Harrison tan lejos del poblado?

—¿Seguro? —insistí.

Laris se encogió de hombros y levantó la barbilla levantada con altivez.

—Yo solo transmito el mensaje. No vayas si no quieres.

Giró sobre sus talones y se alejó, y yo me dirigí hacia la frontera oriental suspirando.

«Pues que bien».

Mi loba resopló. «Solo está de mala hostia porque ahora somos la hembra de mayor rango».

«O igual es que es una bruja».

Atravesé el centro del pueblo, saludando a los miembros de la manada que reconocía, pero la multitud disminuyó a medida que me acercaba al este, hacia una densa sección del bosque.

La región oriental de Hidden Creek era adyacente a un territorio no autorizado. Nuestras fronteras eran fuertes, y los ejecutores mantenían un rígido programa de rotación, pero no podía sacudirme de encima la sensación de que me estaban observando.

El silencio descendió sobre el bosque, y la piel se me erizó ante la desgarradora ausencia de sonido.

Estaba segura de que, a estas alturas, ya debería estar escuchado los ruidos característicos de una zona en construcción.

—¿Hola? —grité, dando un solo paso vacilante hacia adelante.

Nada.

«*Vuelve por donde has venido*», me advirtió mi loba.

Me di la vuelta, preparándome para huir, y me quedé paralizado.

Un macho se interponía en mi camino, el mismo que nos interceptó a Winnie y a mí cuando volvíamos a casa hace semanas. Adoptó una mueca de burla, bloqueando mi camino, y di un paso atrás, con el corazón palpitante.

Se oyó un chasquido a mi derecha. Giré el cuerpo para poder vigilarlo mientras evaluaba mi entorno, pero se me heló la sangre cuando vi a otro lobo. Un macho corpulento con el pelo castaño y despeinado se unió a nosotros.

—¿A dónde crees que vas, criadorzuela?

—¿Qué queréis? —Mi voz sonaba sorprendentemente fuerte.

Un cosquilleo me recorrió la espalda, advirtiéndome de la presencia de otro lobo, y gruñí cuando

un tercer macho puso un pie en el sendero. Era más delgado que los otros dos y tenía los carrillos tan hundidos que parecía un esqueleto. El largo cabello negro le caía por la espalda y los finos mechones se le balanceaban a medida que acortaba la distancia que nos separaba.

Estaba rodeada.

—¿Qué queréis? —volví a gritar.

El primer macho se rio mientras los otros dos se acercaban aún más. No importaba en qué dirección corriera, me atraparían.

Gruñí, y el delgado se echó a reír, con un sonido tan raspado que me rechinaron los dientes.

Se me llevarían.

Pero no pensaba ponérselo fácil.

Se abalanzaron, trabajando como uno solo para bloquearme cualquier posibilidad de escape. Traté de correr, pero unas manos me agarraron. Grité y mordí, arrastrando las garras por sus extremidades. Me sujetaron los brazos y me taparon la boca, pero yo pataleé, gruñendo de satisfacción cuando conseguí acertarle a uno.

—Zorra —maldijo alguien, dándome una patada en el costado con una saña que me hizo ponerme de rodillas.

—Inmovilízala —gritó otro.

Mi espalda se estrelló contra el suelo.

Intenté conectar con el vínculo, usando toda mi energía para llamar a mis compañeros mientras apartaba mi cara de sus palmas.

Un destello de cabello rubio asomó entre los árboles cuando mi cabeza retrocedió, estrellándose contra el suelo, y el mundo se volvió negro.

Capítulo 24

Bishop

Me puse de pie de golpe y la silla cayó al suelo detrás de mí. Una espeluznante sensación de pavor se apoderó de mi pecho mientras abandonaba corriendo mi despacho, dejando al beta de la manada de Silver Fang gritando a mis espaldas. El miedo recorrió nuestro vínculo, seguido de un pico de dolor. Isolde estaba herida y aterrorizada. El corazón me retumbó a medida que aceleraba el paso al salir del edificio de seguridad, apresurándome hacia casa y gritando su nombre.

—¡Isolde! ¡Isolde! —grité, sin importarme que estuviera llamando la atención.

Pasé corriendo por delante de las casas, buscándola frenéticamente entre las concurridas calles. El pánico se apoderó de mí, mis pensamientos se vieron consumidos por la abrumadora necesidad de encontrarla. Wynn y Alaric venían en camino, pero su presencia resultaba apenas ligeramente tranquilizadora en medio de esta creciente preocupación.

Cuando localicé a Winnie pintando el lateral de una casa, corrí hacia ella, apenas capaz de formar una frase coherente.

—Winnie. Isolde, ¿la has visto?

Sele abrieron mucho los ojos de la preocupación.

—La última vez que la vi estaba con tía Eileen —respondió ella, con la voz teñida de desasosiego. El pincel se le cayó de las manos—. ¿Qué pasa?

—No lo sé. Nos ha llamado a través del vínculo. Está herida.

El corazón me latía con fuerza mientras nos apresurábamos a la casa de la tía Eileen. Cuando irrumpimos en la cocina, la tía Eileen se movió con la velocidad de alguien con la mitad de sus años.

—Bishop, ¿qué ha pasado?

—Tenemos que encontrar a Isolde, ¿dónde está?

La tía Eileen frunció el ceño, me conocía lo suficientemente bien como para darse cuenta de que me encontraba al límite.

—Se fue hará una hora. —La la confusión le emborronaba las facciones, profundizando las arrugas de su piel morena—. ¿Qué le ha pasado?

—No lo sé.

La puerta se abrió de golpe y Wynn y Alaric se agolparon en la diminuta cocina.

—¿La has encontrado? —preguntó Wynn, con su lobo brillándole en los ojos.

Negué con la cabeza y volví a buscar el vínculo, pero no me topé con nada más que niebla.

—¿Podéis sentirla? —le pregunté a mi unidad.

Ambos negaron con la cabeza.

—El vínculo está envuelto en una nube tan espesa que pierdo el rastro de mi propio hilo si voy demasiado lejos —manifestó Alaric.

La expresión de Wynn era fría, pero la preocupación tras su penetrante mirada azul era suficiente para que mi lobo quisiera ponerse aullar. Cada célula de mi cuerpo rugió, la ira ahogó mi miedo cuando no pudimos localizarla.

Mi lobo revolvía en mi mente, exigiendo que lo dejara libre.

Los instintos de ejecutor de Alaric entraron en acción.

—Tenemos que asegurar la zona. —Se volvió hacia Winnie—. ¿Dónde estuvo ella hoy?

—Estuvo ayudando a restaurar algunos de los jardines. Visitó al señor Trobez, a Augustine y por último a la tía Eileen.

—Separémonos —dijo con voz firme—. Wynn, busca a Trobez. Bishop, tú ve a por Augustine; ya que sabemos que la tía Eileen no la ha visto. Yo rodearé el pueblo y preguntaré si alguien la ha visto en la última media hora.

Asentimos.

—Yo le preguntaré a las mujeres —dijo Winnie antes de salir corriendo. Wynn y Alaric la imitaron.

Antes de irme, me volví hacia la tía Eileen y cogí sus manos entre las mías.

—Si recuerdas algo, ponte en contacto conmigo, ¿de acuerdo? No te preocupes, la encontraremos.

—Sé que lo harás. —Pronunció las palabras como si fuera un hecho. Quería creerla.

Salí de la casa y puse rumbo a la de Agustine. La mujer mayor vivía cuatro casas más abajo de mi tía y era conocida por ser una cotilla de cuidado, así que esperaba que fuera de ayuda. Todavía no podía entrar en pánico. Siempre había gente por todas partes. Era imposible que nadie hubiera visto nada, joder.

Un líquido tibio me resbaló por las palmas, haciéndome abandonar mis furiosos pensamientos. Me di cuenta de que tenía las garras desenvainadas y decidí dejarlas así. El dolor me agudizó la mente y me mantuvo anclado en el momento presente.

Agustine no resultó ser de ninguna ayuda, al igual que el Sr. Trobez.

«Joder, ¿dónde está?».

Escuché a Alaric interrogar a todos los que podrían haberse encontrado con ella ese día, pero cada una de sus preguntas conducía a un callejón sin salida. Nadie conocía el paradero de Isolde. La habían visto de pasada, pero ninguno en los treinta minutos transcurridos desde su desaparición. El terror que sentía por mi compañera amenazaba con abrumarme, pero el corazón se me hinchó de orgullo ante la genuina preocupación de mi manada. Hidden Creek se estaba uniendo para ayudar a Isolde.

La estaban reclamando como a una de los suyos.

La bestia en mí vio la oportunidad de buscar a alguien que se mostrase en desacuerdo con el ánimo general. Por mucho que odiara admitir que teníamos a un traidor entre nosotros, no había otra explicación para su desaparición.

Estudié los rostros de mi manada, distinguiendo las emociones auténticas de las fingidas. Le

había dedicado toda mi vida a la gente de Hidden Creek, luchando a su lado y preocupándome por ellos como si fueran de la familia. ¿Quién había sido capaz de semejante traición? Si los traidores se escondían entre la manada, los encontraría, y no mostraría piedad cuando los descubriera.

Alaric nos llamó, y Wynn y yo nos plantamos a su lado en un instante.

—He captado su olor. Es débil, pero, si somos rápidos, puedo rastrearlo.

Sin decir una palabra más, seguimos a Alaric a través de la plaza abarrotada, asintiendo con la cabeza a los ejecutores que urgían a la gente a meterse en sus casas.

Un rayo de esperanza se abrió paso a través del vínculo, y sentí el dolor de mi unidad tan intensamente como el mío. Añorábamos a nuestra compañera.

Alaric nos condujo hacia el este, siguiendo el rastro de Isolde que se desvanecía. La confusión arrugó nuestros ceños porque su olor apuntaba hacia el bosque, un lugar que no tenía ninguna razón para visitar sola.

—¿Por qué se adentraría al bosque? Si hubiera querido correr, habría ido al claro detrás de casa —dije, mirando a Wynn.

Alaric olfateó el aire.

—No hay otros olores, así que vino sola.

—Hasta que podamos confirmar quién la vio, tenemos que asumir que vino por su propia voluntad —respondió Wynn.

Era improbable.

—Pudo ser coerción —sugerí.

El rostro de Wynn se volvió sombrío, y supe que estaba pensando lo mismo que yo.

Había una rata en la guarida del lobo.

El corazón me martilleó en el pecho cuando Alaric apuró el paso. Llegamos a un pequeño bosquesillo de árboles cerca del lago. El dulce aroma de Isolde flotaba en el aire, pero estaba

apagado, sofocado por el terror y el inconfundible olor a spray esterilizante. Solo los ejecutores tenían acceso al spray enmascarador de olor que usábamos para las misiones de infiltración e inteligencia. Un aullido rasgó el aire cuando Wynn confirmó mi peor temor: el peligro estaba dentro de nuestros muros.

Y le había echado las garras a nuestra compañera.

La adrenalina me corría por las venas conforme escaneaba el área. Mi lobo se puso en primer plano, y los sentidos se me agudizaron mientras rechinaba los dientes, saboreando el aire. El suelo estaba blando bajo mis pies, y mis ojos se dirigieron a una sección aplanada del camino. El horror me golpeó como un rayo cuando vi las gotas de sangre.

Eran señales de lucha.

—No... Isolde —susurré. Nuestro pánico volvió a surgir, el peso de lo desconocido se desplomó sobre nosotros. La cabeza me iba a mil, formulando escenarios inimaginables, cada uno más aterrador que el anterior.

—Tenemos que encontrarla. Ya. —Alaric apretó la mandíbula y entrecerró los ojos.

Sabía mejor que nadie que las posibilidades de encontrarla con vida disminuían con cada hora que pasaba.

A Wynn le temblaban las manos cuando apretó los puños, sus ojos eran un reflejo de mi propia turbación.

—La encontraremos —juró, tratando de afianzar nuestra decisión—. Reúne a los ejecutores. Quiero que se registre hasta el último centímetro de nuestro territorio, empezando por la sección oriental. Busca si se han producido disturbios en la frontera. Tengo la sensación de que se la llevaron fuera de las tierras de la manada.

Miré más allá de la frontera hacia las escarpadas montañas grises de territorio no autorizado.

Alaric se encargó de realizar la llamada mientras Wynn inspeccionaba la zona del secuestro. Me dolía el corazón por el vacío en nuestro vínculo donde una vez prosperó la presencia tranquilizadora de Isolde.

—Hecho. Ya estamos congregando a la manada para interrogarla —nos informó Alaric.

Wynn asintió, y Alaric se dirigió al edificio de seguridad. El miedo me carcomía las entrañas. Isolde estaba en peligro y, si los secuestradores la llevaban a territorio no autorizado, se nos agotaba el tiempo.

Sonó mi dispositivo de comunicaciones, me lo saqué del bolsillo y me lo llevé a la oreja.

—Bishop —me anunció con un ladrido, sin molestarme en saludar.

—Beta Bishop —dijo el concejal Raza—. Hemos tenido algunas dificultades para ponernos en contacto con Wynn esta mañana.

Gruñí ante la irrespetuosa falta de título.

—El alfa Wynn está ocupado con asuntos de la manada. —Por el rabillo del ojo, vi que Wynn se acercaba. Levanté la mano para indicarle que lo tenía bajo control, y él siguió a Alaric—. ¿En qué puedo ayudarle, concejal Raza?

—Por desgracia, el Consejo ha decidido que la ausencia sin precedentes de un heredero en su manada es un problema. Y, dado su pasado, muchos muestran sus reservas acerca de su unidad.

Luché contra el impulso de cambiar de forma.

—Con todo respeto, no tengo tiempo para juegos, concejal, así que lo que sea que esté tratando de decirme, escúpalo.

—Bueno, le sugiero que hagan hueco en su agenda porque dos representantes van de camino para hacerle la prueba a su compañera por sí mismos. —Se escuchó el eco del concejal.

—No pueden presentarse aquí sin previo aviso y esperar...

—Sí que podemos. Lea el contrato. Su omega está bajo la protección de su manada, pero cualquier cachorro omega producto de la unión nos pertenece. Simplemente buscamos garantizar la seguridad de la vida que está por nacer. Esperen su llegada dentro de setenta y dos horas.

La línea se cortó.

—Se suponía que estabas vigilando el este —gruñó Alaric—. ¿Qué quieres decir con que no lo recuerdas? ¡Cómo te quedas dormido en pleno puto día!

Los hombros y el pecho de Alaric duplicaban su tamaño, con su lobo a punto de salir a pasear, cuando entré en la sala de interrogatorios. Wynn me miró de soslayo y negué con la cabeza. Apretó la mandíbula mientras volvía a centrarse en el interrogatorio.

—No sé cómo ha podido suceder, comandante.

—¿Con quién estabas trabajando?

Los ojos del joven ejecutor se abrieron de par en par.

—¿Qué?

Alaric cogió un bisturí.

—No voy a preguntarlo una segunda vez. No estamos hablando de cualquiera hembra; es mi compañera y voy a recuperarla.

El miedo brilló en los ojos del ejecutor mientras nos miraba a mí y a Wynn en busca de ayuda.

—Por favor... Yo nunca...

Valor abrió la puerta con un golpe y se hizo a un lado, permitiendo que Winnie arrastrara a una Laris alborotada a la habitación.

—Creo que tiene algo que contaros. —La voz de Winnie era tan fría y dura como la de Wynn. Tiró de la hembra para ponerla de rodillas con una fuerza que me sorprendió—. Desembucha.

Wynn dio un paso al frente y la habitación se enfrió varios grados cuando entrecerró los ojos mirando a Laris.

—Tienes diez segundos antes de que te pongamos a ti en esa silla.

Los ojos de la hembra se posaron en los instrumentos de tortura y en un Alaric de aspecto salvaje, y palideció. Winnie le sacudió el hombro.

—Cinco segundos —anunció Wynn con una voz que prometía dolor.

—No están autorizados —soltó—. Los lobos que se llevaron a esa asquerosa criadora... —Winnie le gruñó, y Laris se estremeció—. No están autorizados.

Wynn se agachó frente a ella.

—¿Y cómo lograron unos lobos no autorizados sobrepasar mi seguridad y entrar en territorio de manada?

—Yo les dejé entrar —susurró. Se produjo una breve pausa y entonces su rostro se endureció. Levantó la barbilla y miró a Wynn a los ojos, desafiante—. La querían, y no me diste otra opción. ¡No iba a quedarme sentada y ver cómo todo por lo que he trabajado se les entrega en bandeja a hembras que ni siquiera son nuestras compañeras de manada! ¡Las omegas aquí no tienen cabida!

—¿A dónde se fueron? —pregunté, ignorando su arrebato. Encontrar a Isolde era lo único que importaba.

—No lo sé. Solo quería que se fuera, me daba igual lo que fueran a hacer después.

Me hirvió la sangre, el rojo tiñó los límites de mi visión.

—Ya he oído bastante —dije.

—Valor, lleva a Laris a las celdas hasta que demos con un castigo apropiado —ordenó Wynn, sin dedicarle otra mirada a la mujer—. Alaric, reúne un equipo. Nos vamos de caza.

Capítulo 25

Isolde

Me desperté con un dolor punzante en la cabeza. Mi entorno me era extraño, y el pánico se apoderó de mí mientras luchaba por recordar cómo había llegado a esta habitación poco iluminada. Traté de llevarme las manos a la sien, pero me detuve en seco cuando noté las ataduras. Se me apretaron los pulmones por el miedo. No tenía ni idea de dónde estaba ni quién me había raptado.

Busqué a mi loba, pero estaba inactiva, durmiendo. Seguramente me habían drogado. Lo que quiera que me hubieran dado hizo que mi vínculo se volviera borroso, y que notase cómo se me escurría entre los dedos cuando quise tirar de él.

Una tabla del suelo crujió a mis espaldas y me obligué a mantener la calma. Mantuve los ojos cerrados, fingiendo dormir. Tendría más posibilidades de recabar información si se pensaban que estaba inconsciente. El entrenamiento de Alaric se abrió camino por mi cerebro aletargado. Necesitaba reunir tantos detalles como fuera posible y establecer el mejor curso de acción.

Aunque todos mis instintos me instaban a huir, me quedé quieta. Dos lobos conversaban cerca, y yo mantuve una respiración superficial y controlada mientras escuchaba a escondidas. Sus palabras me provocaron escalofríos.

—... olvidó mencionar que ya estaba embarazada —refunfuñó uno de ellos con voz ronca y gutural.

La sangre se me heló en las venas. ¿Qué acababa de decir?

—¿Qué hacemos, entonces? ¿Esperar a que nazca antes de aparearnos con ella?

¿Embarazada? La cabeza me dio vueltas mientras procesaba sus palabras. Un bebé, *mi* bebé, estaba en peligro.

Apagué ese hilo de pensamientos antes de que pudiera entrar en pánico. Tenía que salir de ésta por el bien de la vida que crecía en mi vientre. Tenía que darle a mi cachorro una oportunidad de

pelear. Intenté conectar con el vínculo de nuevo. Éste parpadeó, pero permaneció en penumbra, no era lo suficientemente sólido como para transmitir un mensaje.

—Todavía es temprano —siseó otra voz, más áspera que el resto—. El olor es tan tenue que casi no lo noto. Podríamos deshacernos de él.

El miedo se mezcló con mis feroces instintos protectores.

—Probablemente sea mejor así. No se sabe qué lobo es el padre.

Se oyeron pasos y un cuerpo se inclinó sobre el mío. Ralentiqué aún más mi respiración fuera.

—No sería difícil. Probablemente podría hacerlo mientras todavía está inconsciente. Se despertaría sin saber lo que ha perdido.

Alguien lanzó un gruñido de aprobación.

—No soporto oír el lloriqueo de las hembras.

Tenía que hacer que siguieran hablando para distraerlos de sus viles intenciones. El corazón se me aceleró, pero reprimí mi miedo y me concentré en armar un plan. No podía dejar que le hicieran daño a mi hijo.

Agité los párpados, fingiendo confusión.

—Donde... ¿Dónde estoy? —pregunté con voz temblorosa.

Los tres hombres del bosque me miraron fijamente, la malicia brillaba en sus ojos. El mugriento y esquelético era el que más cerca estaba de mí, y mantuve una expresión vulnerable a pesar de que quería enseñarles los dientes.

Me tragué el nudo en la garganta y me dediqué de lleno a mi papel. Tenía que ganar tiempo mientras planeaba mi fuga.

—¿Quiénes sois? ¿Qué queréis de mí?

Eché un vistazo disimulado a la habitación húmeda y mohosa. Estábamos en una cabaña vieja y apenas usada, por lo que parecía. Había huecos entre las tablas que dejaban entrar una corriente de aire, y podía oler los pinos.

Estábamos en el bosque, entonces. Probablemente hacia el este porque ahí es donde me atraparon, lo que significaba que seguramente me encontraba en territorio no autorizado.

El macho corpulento de cabello castaño puso una mueca de desdén, su mirada era depredadora.

—Eres toda una luchadora, ¿verdad? Me sorprende que no te hayas despertado antes.

Me mordí la lengua, no quería provocarlo.

—Llevas a un cachorro dentro de ti —me provocó, dando un paso adelante. Arrastré los pies hacia atrás hasta que mi columna vertebral se presionó contra la pared—. Y voy a reemplazarlo con el mío.

El pavor se apoderó de mí, pero me obligué a sentarme y mirarlo con incredulidad. Tenía que hacerles creer que hacerle daño al bebé arruinaría sus otros planes.

—No puedes —exclamé, con la voz temblorosa con la falsa convicción—. Si lastimas al cachorro, también afectará a mi capacidad para tener cachorros sanos en el futuro.

Intercambiaron miradas dubitativas, su escepticismo era evidente. Me esforcé por encontrar un argumento más persuasivo.

—He... He oído hablar de casos como este —tartamudeé—. El cuerpo de una omega no está hecho para soportar ese tipo de esfuerzo. Dañará mi útero y no podré dar a luz a ningún cachorro después. Por favor, arruinarás tus posibilidades de tener una descendencia sana si le haces daño a mi bebé.

—¿Deberíamos arriesgarnos, Jo? —le preguntó el macho esquelético al odioso, que supuse que era el líder.

La mirada despiadada de Jo atravesó mi alma, diseccionando cada uno de mis pensamientos y mantuve una expresión de terror grabada en la cara.

—Por favor —gimoteé con la mirada gacha, interpretando el papel de hembra sumisa.

Un tenso silencio perduró en el aire mientras vacilaban entre la duda y la convicción. El peligro de un linaje arruinado les hizo reflexionar.

—Hay demasiado en juego —murmuró Jo finalmente, con la incertidumbre nublándole las

facciones—. Quedémonosla hasta que nazca.

Me desplomé de alivio, incluso cuando el temor me dejó sin palabras. Había ganado algo de tiempo, pero todavía necesitaba encontrar la forma de huir por mi bien y el de mi hijo. Tenía que salir de aquí antes de que cambiaran de opinión.

Los hombres se trasladaron al otro extremo de la habitación, sus susurros eran tan bajos que no pude entender lo que decían. Mientras estaban distraídos, volví a buscar el vínculo. Algo cercano a la esperanza revoloteó en mi pecho cuando sentí que se estabilizaba. El hilo, aunque todavía frágil, se fortalecía con cada segundo que pasaba. Lo que quiera que me hubieran hecho estaba perdiendo su efecto. Solo tenía que aguantar hasta poder llamar a mis compañeros.

«¿Dónde...estamos?».

«*Secuestradas*», le dije a mi loba. «*Descansa por ahora. Te voy a necesitar pronto*».

Hubo silencio y luego una oleada de energía cuando la barrera entre mi loba y yo se desmoronó, y sentí su fuerte inhalación de aire en mi mente.

«Estamos...».

«*Lo sé. Y ellos también*», respondí, siendo breve.

Gruñó y vertió fuerza en mis extremidades cansadas. Saber de la existencia de nuestro cachorro le dio fuerzas.

Mis secuestradores se arrastraron por la cabaña, metiendo sus cosas en bolsas de cuero.

—¿A dónde vamos? —pregunté.

—A casa —dijo Jo, arrebatándome el aliento de los pulmones.

—Yo... no creo que esté lo bastante fuerte como para caminar todavía.

«¿*En serio? ¿No podemos caminar?*». Mi loba hizo su mejor imitación de poner los ojos en blanco.

«¿Se te ocurre algo mejor que decir?».

El corpulento resopló por la nariz, sonaba como un cerdo descontento.

—Entonces, te llevaré. ¿Cómo crees que llegaste hasta aquí?

El estómago se me revolvió al pensar en sus manazas sobre mi piel.

—Tranquilo, Lenny. No queremos asustar a esta monada —dijo el esquelético con falsa amabilidad.

La risa de Lenny en respuesta fue condescendiente y estrecha de miras.

Traté de establecer contacto con el vínculo, enviando una ola de pánico por los hilos recién forjados. Éste latía, brillando más intensamente, y envié otra llamada de auxilio mientras tiraban de mí para ponerme de pie.

Las manos de Jo eran fuertes como el acero y me cortaban la circulación en los brazos, pero no le daría la satisfacción de ponerme gritar.

—Pensándolo bien, puedo arreglármelas sola —escupí, apartándome de él y tropezando con el duro pecho de Lenny.

Éste me agarró de las manos atadas y me empujó hacia la puerta principal.

—Más vale que nos sigas el ritmo —advirtió.

Noté algo brillante por el rabillo del ojo, la luz del sol brillaba sobre el metal.

Un cuchillo.

La esperanza crepitaba en mi pecho.

Me removí, haciendo alarde de lo apretadas que estaban las ataduras que me rodeaban.

—Uf, ¿no podéis quitármelas? Me están haciendo daño.

El macho esquelético se burló.

—¿Y arriesgarse a que intentes huir?

—¿Por qué iba a huir? —pregunté con sarcasmo.

—Ah, ahí está esa fierecilla que vimos cuando te secuestramos —dijo Lenny, pensativo,

frotándose el rasguño reciente en su cara.

Ignoré su comentario.

—No sé dónde estoy, y me palpita la cabeza. Estoy cansada. —Dejé que las lágrimas se acumularan en mis ojos—. Y solo quiero sobrevivir. ¿Qué diferencia hay si es con vosotros o con los lobos que me ganaron en la cacería? —La bilis se me subió a la garganta ante tal mentira, pero obligué a que bajase. Necesitaba que me creyeran—. De todos modos, sois todos iguales.

Aparte de mis sollozos, todo estaba en silencio y, cuando sentí un tirón en las cuerdas, casi me quedé sin aliento. Liberada de mis ataduras, me llevé los brazos hacia el frente y los acuné contra mi pecho, sin querer hacer ningún movimiento brusco.

—Quédate entre nosotros, o te ataremos de nuevo, ¿entendido? —dijo Lenny, con sus ojos oscuros inmovilizándome.

Tragué saliva con dificultad, tirando del vínculo con todas mis fuerzas mientras asentía con la cabeza a mis captores.

Continuamos hacia la puerta. El corazón se me aceleró al acercarme al cuchillo apenas visible en la esquina. Solo tenía una oportunidad y, si me atrapaban, no se me presentaría otra.

Tropecé y me caí a la dura madera con un chillido. Golpeé el suelo polvoriento con el culo y las manos, y aproveché la distracción para esconder el pequeño cuchillo en la parte trasera de la cinturilla de mis pantalones.

—Levántate. —El delgado me levantó. Sus manos eran más suaves de lo que esperaba.

—Gracias —dije mansamente, situándome entre ellos una vez más.

La puerta principal de la cabaña se abrió y un denso bosque se cernió ante nosotros. Los machos me empujaron hacia él, y yo les seguí el paso, era la viva imagen de la complacencia.

Mientras caminábamos, tiré del vínculo con todas mis fuerzas.

Capítulo 26

Wynn

Alaric estaba a mi lado en el edificio de seguridad de los ejecutores con sus mejores soldados: Valor, Bowen, Silas y Leighton. Aunque solo habían pasado veinte minutos desde que descubrimos que habían secuestrado a Isolde, cada segundo sin ella agrandaba el hueco que se me había abierto en el pecho. Era mi culpa que estuviera pasando esto. No logré mantener a salvo a nuestra compañera.

—...estarán demasiado preocupados por llevar a Isolde a su territorio como para tomarse descansos —argumentó Silas—. No se arriesgarían a hacer ninguna parada. Sabían que dispondrían de un tiempo limitado antes de que alguien se diera cuenta de la ausencia de Isolde.

—Silas tiene razón —coincidió Bowen—. Puede que esa manada no autorizada esté desesperada, pero no son estúpidos. Que los atrapen lejos de la protección de su manada, y con una omega robada ni más ni menos, sería una sentencia de muerte asegurada. Tenemos que rastrearlos lo antes posible mientras todavía los superemos en número.

Valor se cruzó de brazos sobre su ancho pecho, tenía la melena dorada recogida en un moño bajo. Escudriñó el mapa del bosque circundante como si pudiera ver el rastro que habían dejado a su paso. Tal vez podía. Era bien sabido que la Diosa lo había bendecido con dones que lo convertían en uno de los mejores rastreadores de nuestra época. Nadie podía correr más rápido que él.

—Aquí —dijo, pasando el dedo por un sendero que iba desde el portón este hasta Icramel y sus picos grises y pedregosos—. Proporciona la mejor cobertura, y el terreno es duro e inflexible, perfecto para una huida encubierta.

—En especial si no cuentan con que nos aventuremos tan lejos —agregó Leighton.

Alaric me miró y yo asentí. Era un buen plan, sobre todo estando nuestro vínculo tan en penumbra.

—Muy bien, preparaos. Partimos en cinco minutos —ordenó Alaric.

Los hombres abandonaron el cuarto donde nos encontrábamos.

Antes de que Leighton se fuera también, le hice señas para que se acercara. Habíamos estado orquestando una colaboración clandestina con una bruja que podría concedernos la ventaja que necesitábamos después de que Alaric informara de esa posibilidad. No me lo había esperado para nada, teniendo en cuenta su pasado, pero así era Alaric, siempre antepone la manada a sus rencillas personales. Aunque seguíamos teniendo nuestras reservas respecto a trabajar con una bruja, reconocía que no podíamos castigar a todo un grupo de personas por los crímenes de unos pocos. Leighton me aseguró que se podía confiar en esta bruja, y yo estaba decidido. No dejaría que el Consejo dictara el destino de mi compañera ni de cualquier vida que engendrara en su vientre.

—Creen que pueden aventajarnos —murmuré—. Pero han subestimado nuestro empeño.

Mi ejecutor asintió en silencio. Nos habíamos comprometido a proteger a nuestra manada, salvaguardando no solo a Isolde y a nuestra futura descendencia, sino a todas las omegas que pudieran caer presas de los planes perniciosos del Consejo.

—La bruja... ¿Hay noticias tuyas? —pregunté. Rezar por una pizca de esperanza en medio de esta crisis era agonizante.

—Debería estar aquí en un día —respondió Leighton.

—¿Está segura de que puede hacer lo que hay que hacer? —pregunté, más para mi propia seguridad.

—No encontrarás a nadie mejor. Odia al Consejo y a las brujas oscuras casi tanto como nosotros.

Tras hacerle un gesto con la barbilla, Leighton fue a prepararse con los demás. Nuestra alianza con la bruja era un destello de luz en la oscuridad invasora. Ahora que el Consejo venía de camino, resultaba más crucial que nunca. No se saldrían con la suya empleando magia dentro de nuestras fronteras, no sin encontrar resistencia.

Mi lobo merodeaba bajo mi piel, listo para tomar el control. Me suponía un esfuerzo mantenerlo a raya, la sed de sangre lo dominaba con fuerza. La rabia hervía en mis venas, una furia feroz que nunca había experimentado, alimentada por la amenaza contra mi compañera. Cada fibra de mi

ser pedía a gritos pasar a la acción.

Un leve tirón al final de nuestro vínculo captó mi atención, y me apresuré por el pasillo. Alaric y Bishop ya venían corriendo en mi busca, habiendo sentido también su presencia. Volvió a producirse un tirón en el vínculo. Esta vez más fuerte, apuntando hacia el este antes de desvanecerse.

Les hice un gesto a nuestros ejecutores, y se apresuraron para reunirse con nosotros.

—¿Listos? —preguntó Bishop, con rostro decidido.

Asentí. Lo haríamos juntos. Dejaríamos que nuestro vínculo nos guiara hasta Isolde.

Desde el momento en que el vínculo llameó, permitimos que nuestras mentes se unificaran, volcando todas nuestras fuerzas en seguir ese hilo. De repente, pude ver el camino que conducía a ella, como una guía invisible que espoleaba mi cuerpo en la dirección correcta.

—Se la han llevado a lo más profundo del territorio de los renegados —anuncié—. Valor estaba en lo cierto. Han tomado la ruta de los Caídos hacia Icramel.

Era un camino conocido por albergar no solo a renegados, sino también a lobos salvajes y grandes depredadores. No era el camino que uno escogería si quería viajar con seguridad.

—Deben de contar con que los lobos salvajes de esos bosques les hagan ganar tiempo. —Alaric se estaba quitando ya la camisa de camino a la puerta.

Salimos fuera en cuestión de segundos, apenas habiendo cruzando el umbral antes de que nuestros lobos irrumpieran más allá de nuestra piel humana. Nada nos frenaría. Me negaba a permitir que ningún obstáculo se interpusiera en nuestra misión de rescatar a Isolde y frustrar los despreciables planes del Consejo.

Se escuchó un coro de aullidos conforme corríamos hacia la puerta este y la incertidumbre que nos esperaba más allá.

El bosque estaba tranquilo. Los animales pequeños y las alimañas hacían todo lo posible por pasar desapercibidos al aventurarnos en el bosque oscuro. El vínculo palpitaba como un faro que nos guiaba hacia la persona amada.

Alaric y Valor encabezan el grupo, usando sus sentidos superiores para guiar la expedición hacia nuestros objetivos. Mi lobo detectó débiles rastros de miedo y restos del aerosol neutralizante en el área.

Mi corazón era un órgano salvaje e indómito, la saliva se me acumulaba en las fauces al pensar en lo que haríamos con los secuestradores una vez les claváramos los dientes y las garras. Ante el peligro inminente, nuestra unidad nos daba alas, impulsándonos hacia adelante. Recuperaríamos Isolde, protegeríamos el futuro de nuestra manada y escaparíamos de las garras tiránicas del Consejo. Nada se interpondría en nuestro camino.

El denso bosque nos rodeaba, cada paso suponía una lucha contra las ramas enmarañadas y la espesa maleza. A mi lobo se le resistía este terreno desconocido, con su suelo irregular y musgoso.

El lobo de un tono marrón rojizo de Alaric aulló y el sonido reverberó por el bosque. Su entusiasmo se filtró en el vínculo y nos llevó a la izquierda, con una oleada de esperanza resonando en nuestras cabezas. La había encontrado.

Un aroma fresco y distintivo surgió a través de los árboles: el aroma de Isolde. Un gruñido me atravesó el pecho.

Cada músculo de mi cuerpo se tensó a medida que me esforzaba por dar aún más de mí. Los árboles se difuminaban a mi alrededor mientras corría, la anticipación de llegar hasta Isolde era como una llamada directa a mi alma. Nuestro vínculo zumbaba con un propósito, un salvavidas que nos guiaba a través del laberinto del bosque.

Con cada zancada, me espoleaba a ir más rápido. Lo único que importaba era encontrar a Isolde y garantizar su seguridad. El futuro de nuestra manada pendía de un hilo.

Nuestro grupo irrumpió en un claro, y fijé la vista en una pendiente distante, distinguiendo cuatro figuras que se movían con rapidez entre los árboles. Vi un destello de pelo oscuro como un cuervo cuando uno de los cambiaformas tiró de Isolde hacia adelante. Tropezó y golpeó el suelo con las rodillas antes de que la arrastraran de nuevo sobre sus pies.

Una serie de gruñidos de advertencia sacudieron la tierra cuando me abalancé hacia delante, con Alaric y Bishop a mi lado. Nuestros ejecutores se desplegaron, rodeando a los lobos no autorizados. Todavía estaban muy por delante de nosotros, pero nos acercábamos más cada segundo a medida que mi lobo se comía la distancia.

Uno de los machos echó la vista atrás e informó a los demás de nuestra presencia. Dos se detuvieron y se giraron para enfrentarse a nosotros, mientras que el tercero tiró de Isolde colina arriba. Iban a luchar para que el otro pudiera huir.

«Le rajaré la garganta a cualquiera que se interponga en mi camino», gruñó mi lobo.

La rabia y la sed de sangre me nublaban la mente, y mi lobo reaccionó por instinto. Mi vista adoptó un efecto túnel cuando el olor del miedo de Isolde golpeó las fosas nasales de mi lobo. Ignoré a los dos lobos que se precipitaban hacia nosotros, dejándoselos a Alaric y Bishop, y me lancé a por el macho con mi compañera.

El cambiaformas percibió mi proximidad y se volvió, poniendo a Isolde por delante de él como un escudo.

Cobarde.

Mi unidad emitió una cascada de gruñidos feroces mientras descargaban su rabia sobre la escoria que se había atrevido a cruzar nuestras fronteras.

—Yo no me acercaría más si fuera tú —gritó el macho parapetado detrás de Isolde, poniéndole una hoja afilada contra la garganta—. Últimamente me tiemblan un poco las manos.

Me detuve, gruñendo por lo bajo. Los ojos de Isolde se encontraron con los míos, le brillaban con... alivio.

Su expresión me destrozó. A pesar de que le había fallado, todavía se sentía segura conmigo. Hundí las garras en la tierra, prometiendo que nos iríamos de aquí juntos. Apreté el antebrazo de su captor y resistió la presión de la hoja.

—Eso es. Quédate ahí como un buen chico, y esta cosita tan bonita no tendrá que sangrar. Sería una lástima que hubieras venido hasta aquí para nada. —Su otra mano se deslizó hasta su muslo, enroscándose a su alrededor con fuerza.

Gruñí, no deseaba nada más que arrancarle los dedos de esa mano... uno por uno.

El macho miró a mi lobo a los ojos y la sonrisa se le extendió por el rostro. Sabía que no tomaría riesgos innecesarios con Isolde, así que se pensaba que me tenía entre la espada y la pared.

Dio un paso atrás, seguido de otro. Chasquéé los dientes en señal de advertencia. Este cabronazo

tenía que centrarse en mí, al menos hasta que mis ejecutores se pusieran en posición.

Dio otro paso atrás y yo lo seguí.

—A lo mejor no has entendido lo que te estaba diciendo. —Presionó la hoja contra su delgado cuello, el acero le mordió la piel y una delgada línea roja se deslizó por su garganta.

El cuerpo me tembló de rabia, todos mis instintos ansiaban destrozar al macho hasta que solo quedasen de él pedazos irreconocibles. Entonces, la mirada de Isolde chocó con la mía. Su mano se estrelló contra el muslo de él, que gritó, dejando caer la hoja y agarrando el cuchillo clavado en su pierna. La mano con la que retenía a Isolde se aflojó, y yo salté hacia adelante como una flecha cargada. Mi compañera corrió hacia los árboles y yo me estrellé contra él, listo para reunirlo con la muerte.

Capítulo 27

Isolde

Diosa, ¡estaba tan cansada de que me dieran caza y me trataran como un objeto que podía ganarse y descartarse! Poco a poco, la rabia encendió un fuego dentro mi corazón. Las llamas se hicieron más densas hasta que ardí de furia.

Ya no estaba solo yo. Me ahuequé el abdomen con la mano como si pudiera sentir la vida dentro de mí. Yo era lo único que se interponía entre mi bebé y el mundo, y tenía que ser fuerte.

Un conjunto de aullidos resonó en el ambiente. Desgarradores y despiadados, se hicieron eco por todo el bosque, prometiendo derramar sangre. No eran los llamamientos familiares de mi manada, y me estremecí ante su cacofonía.

Había más. Estaban llamando a más lobos para que vinieran a por mí.

Un escalofrío me recorrió la espalda. El ritmo cardíaco me disminuyó y me tensé, preparándome para lo inesperado.

Algo me observaba.

Me quedé paralizada cuando un sonido gutural rasgó el silencio. Mis sentidos me impulsaron a ponerme en acción, giré sobre mis talones, pero un espeso velo de árboles ocultaba a mi atacante.

Se me cortó la respiración.

«Cambia de forma».

«¿*Ahora mismo?*», pregunté, insegura. Mi loba todavía estaba recuperando fuerzas.

«Estoy lo bastante fuerte. Hazlo ya. No nos fallaré ni a nosotras ni a nuestro cachorro».

No me resistí al cambio, abrazando el poder que me ofrecía cuando dio un paso adelante. A medida que yo retrocedía al fondo de mi mente, su tranquilidad me recorrió entera, una oleada de

confianza que permitió que la transformación se produjera en un abrir y cerrar de ojos.

Me entregué a ella por completo.

Sus instintos tomaron el relevo mientras saltaba a través de la maleza enmarañada, navegando por el terreno con una agilidad y gracia que superaban mis limitaciones humanas. El bosque se expandió a mi alrededor, explotando con olores y sonidos. El aire húmedo indicaba que la lluvia llegaría pronto, y esperaba que este ataque llegara a su fin antes de que eso sucediera.

Mi loba se lanzó entre los árboles con una facilidad que solo podía maravillarme. Nuestros perseguidores se quedaron atrás, y el golpeteo de sus pesadas pisadas se hizo más débil a medida que avanzábamos. Pero mientras nos precipitábamos por una estrecha arboleda, un lobo se abalanzó desde la espesura a nuestra izquierda, chasqueando los dientes peligrosamente cerca de mi flanco.

Reaccionando por instinto, mi loba saltó y su rápida acción nos impulsó a través del estrecho pasadizo. Se agachó sobre sus patas, manteniendo el vientre bajo mientras nos arrastrábamos por la maleza hasta la salida de enfrente.

Unas ramas se rompieron por detrás de nosotras cuando los lobos atacaron la pared de vegetación, rompiendo los árboles como si estuvieran partiendo leña. Salimos de la espesura e inmediatamente recuperamos ese ritmo rauda. Poner distancia entre nosotras y nuestros atacantes era la única oportunidad que teníamos de sobrevivir.

La persecución se intensificó cuando emergieron de los árboles. Sus aullidos furiosos resonaron por el bosque, y la tierra bajo nuestras patas tembló mientras nos perseguían.

Comenzó a llover justo cuando mi loba trepaba por una pendiente, clavando sus garras en la corteza de un árbol para elevarnos hasta la cima. El suelo del bosque se convirtió rápidamente en barro y nuestros pasos se ralentizaron mientras tratábamos de no resbalar. Teníamos que lograr que no pudieran seguirnos la pista.

«La lluvia debería ayudar a disimular nuestro olor», dijo mi loba.

«Bien. Lo único que tenemos que hacer es adelantarnos lo suficiente como para perderlos, entonces podremos trazar un plan».

Resopló, pegándose a la cubierta que nos ofrecían los viejos robles, decidida a perder a nuestros

perseguidores. Nos adentramos más en el laberinto y sus sentidos se agudizaron. La adrenalina brotó a través de nosotras, el impulso primario de sobrevivir palpitaba en nuestras venas con cada respiración.

La lluvia arreció y nos hundimos en la tierra bajo nosotras a cada paso, obligando a mi loba a reducir la velocidad. Incluso con nuestras garras clavadas en la tierra, comenzamos a resbalar.

A pesar de nuestro miedo, nos negábamos a dejar que nuestros perseguidores nos atraparan. No caeríamos presas de sus planes enfermizos. Con cada ágil maniobra, esquivamos el laberinto de árboles con la esperanza de superar a los implacables depredadores que nos perseguían a través del bosque sombrío.

Nos dolían las patas y la lluvia nos azotaba el pelaje. Estábamos exhaustas, con los pulmones rindiéndonos al máximo, pero seguimos adelante.

Nos quedamos sin aliento cuando algo se estrelló contra nuestro costado. El dolor estalló a lo largo de nuestra columna vertebral cuando chocamos contra el tronco del árbol tras nosotras.

Desorientadas, intentamos ponernos de pie, resbalando al enfrentarnos a un lobo enfurecido. Sus ojos amarillos brillaban de ira, y su sucio pelaje castaño le colgaba de su cuerpo enorme y musculoso. Echó hacia atrás el hocico con un gruñido, mostrando unos dientes afilados y amenazantes.

Se nos erizó el vello de la nuca y gruñimos, negándonos a mostrar miedo. No había a dónde huir. Teníamos que pelear.

Estiramos nuestros sentidos, buscando cualquier otra criatura viviente. No queríamos que nos pillara desprevenidas si tenía a un colega acechando en las sombras.

Dio vueltas nuestro alrededor y mi loba le siguió el paso instintivamente. La cola se le movía con furia a sus espaldas mientras chasqueaba las mandíbulas con frustración. Supongo que no esperaba que le ofreciésemos pelea.

Me complacía decepcionarlo.

La voz de Alaric me resonó en la cabeza, fuerte y clara.

«Mantén la distancia. Observa cómo se mueven».

Lo estudié y noté cómo favorecía su pata derecha. Hicimos balance de nuestro entorno, observando las roturas en los árboles y el declive justo detrás del arbusto de grosella espinosa a nuestra derecha. Cuando llegase el momento, el oeste sería la ruta de escape más segura. Teníamos que lograr llegar ahí.

En una fracción de segundo, atacó. Sus movimientos eran afinados y letales, lo que hizo que me detuviera un segundo. ¿No se suponía que iba a capturarme? El corte de sus garras me obligó a rodar para evitar el golpe. Mi loba usó su velocidad contra las fuerzas de él, manteniendo la cabeza pegada a la garganta. El lobo volvió a atacar y la pata izquierda me ardió de dolor cuando sus garras se hundieron en mi carne. Nos alejamos, cojeando. Quería gemir y llorar, pero no podía. En cambio, me apoyé en la fuerza de mi loba, permitiendo que mi dolor alimentara su sed de sangre.

Evitamos por poco su siguiente golpe. Nos estábamos volviendo más lentas, y no pasaría mucho tiempo antes de que se hiciera con la ventaja. No podíamos evitar sus ataques para siempre.

«Golpéalo con fuerza y sin piedad», había dicho Alaric.

Nos centramos en su herida, y tan rápido como pudimos, pivotamos a su alrededor, pillándolo desprevenido con nuestra repentina ofensiva. Nos asimos a su pata y tiramos con fuerza. Cayó con un gruñido de dolor.

Nos dimos la vuelta y corrimos hacia el oeste, sin molestarnos en mirar hacia atrás. Pero cuando llegamos a los troncos de abeto, mi loba aulló, clavando sus garras en la tierra mientras algo nos agarraba de la pierna y nos arrastraba hacia atrás.

El lobo nos inmovilizó con su gran cuerpo, enseñándonos los dientes y presionando una enorme pata contra nuestro flanco herido. Con un gruñido de victoria, envolvió sus poderosas mandíbulas alrededor de nuestro cuello, obligándonos a someternos.

No nos quedaban opciones.

Capítulo 28

Alaric

Cuando el lobo marrón enroscó los dientes alrededor del cuello de Isolde, me cegó la ira. Mi lobo se estrelló contra él antes de que pudiera herir a nuestra compañera, y gritó cuando le mordimos el hombro. Echando mano de todas mis fuerzas, lo lancé contra el grueso tronco de un árbol.

Los huesos le crujieron, pero el sonido no me satisfizo, ni tampoco su aullido de dolor cuando lo desgarré miembro por miembro. Se pensaba que podía someter a mi compañera, aterrorizarla, hacerla sangrar y obligarla a someterse. Había estado muy cerca de perderla y, por eso, se merecía sufrir.

Usando dientes y garras, lo despedacé hasta que no emitió ninguno sonido. Se quedó sin fuerzas, nada más que una masa sanguinolenta de carne y vísceras.

Tenía el pecho agitado para cuando convencí a mi lobo de que dejara al cadáver en paz. Esa bruma de brutalidad se desvaneció, y seguí el vínculo hacia nuestra compañera, permitiéndome dejar la rabia atrás. Se me aclaró la vista y vi a Bishop arrodillado en su piel humana junto a nuestra asustada compañera.

Ella tenía sus orejas de lobo gachas y el cuerpo enrollado sobre sí mismo. Lenta y cuidadosamente, Bishop le murmuró unas palabras. Sentí el destello del vínculo a medida que él le transmitía sentimientos de seguridad y amor. Me uní a él, mi deseo de verla sana y salva se filtraba en nuestra conexión. Le di mi fuerza, consuelo, alivio y venganza.

Ella nos buscó con su delgado hocico y Bishop le acarició el pelaje. Unas chispas de placer atravesaron el vínculo, llamándonos. Cambié de forma y me acerqué para que pudiera consolarse con mi presencia. Ya no estaba sola.

—Toda va bien, corazón —le murmuró Bishop cariñosamente—. Ahora estás a salvo. Has sido muy valiente.

Tragué saliva y suavicé la voz para igualarla a la de Bishop.

—Es hora de volver, cariño. Es hora de llevarte a casa.

El hilo de Wynn vibró a través del vínculo cuando su enorme lobo blanco se adentró en el claro. Bowen y Valor lo siguieron en sus formas humanas, llevando las mochilas de emergencia.

Isolde cambió de forma, gimiendo durante la transformación. Su dolor hizo que mi ira regresara. Quería revivir a ese imbécil y matarlo por segunda vez.

Bowen sacó un par de pantalones de chándal extra y una sudadera con capucha mientras Wynn cambiaba. Éste último cogió la ropa que le tendía el ejecutor y empezó a vestir a nuestra compañera, con más delicadeza de la que le había visto nunca.

—Mierda —maldijo él, haciendo una mueca de dolor al ver una herida larga y sangrienta en el muslo de ella—. Tenemos que limpiar esto. No queremos que se infecte. —Alzó la vista, sosteniéndole la mirada—. Esto te va a doler.

—Vale —susurró ella.

Wynn se volvió hacia Bishop, que ya estaba sacando los suministros médicos. Si bien ninguno de nosotros tenía una amplia formación médica, sabíamos lo básico. Lo máximo que podíamos hacer era limpiar la herida y envolverla hasta que pudiéramos llevarla al edificio médico.

La acomodé entre mis piernas y ella se recostó contra mi pecho en busca de apoyo. Me quedé paralizado, inhalando su aroma. Enterré la cara en su cuello y respiré de nuevo para asegurarme de que lo que estaba oliendo no era solo cosa de mi imaginación.

Su olor había cambiado. El dulce y cremoso aroma a fresa estaba condimentado con canela, cuero, lluvia y... algo más suave... algo nuevo. Mi lobo sacó pecho, todo rastro de ira se fundió en alegría.

Era el aroma inconfundible de la juventud, suave y húmedo, como las primeras etapas de la primavera. Era tan ligero que casi me pasó desapercibido.

Observé a Wynn y Bishop, que abrieron mucho los ojos al notar el cambio en su olor. El asombro, la felicidad y el miedo fluían a través del vínculo.

Con el Consejo en camino, haríamos todo lo posible para mantener a Isolde y a nuestro hijo a

salvo.

—Está deshidratada y su ritmo cardíaco es más alto de lo que me gustaría en una hembra embarazada, pero creo que solo necesita descansar un poco. —Korren, nuestro curandero jefe, observó sus gráficos mientras hablaba—. El corte en la pierna no muestra ningún signo de infección. Buen trabajo limpiando la herida, alfa Wynn. Muy minucioso.

Wynn asintió, ocultando su sorpresa. Korren era perfeccionista y meticuloso hasta la saciedad en lo concerniente a su trabajo. Esas cualidades lo convertían en un gran curandero, pero también en alguien difícil de complacer, para consternación de su personal. Con toda seguridad, Wynn nos lo restregaría por la cara infinidad de veces en los años venideros.

—He cerrado la herida con siete puntos de sutura. —El curandero alzó la mano justo cuando yo estaba a punto de decir algo—. Es solo una medida de precaución. Los puntos le darán a su cuerpo más tiempo para poder sanar.

—No te sigo, Korren —dije.

—Aparte de las hormonas fluctuantes que experimentan las hembras embarazadas, también se produce un cambio en su fuerza y curación. Su cuerpo destina la mayoría de los recursos al feto, dejando a las hembras más vulnerables de lo habitual. —Nuestras expresiones deben haber mostrado nuestra angustia porque agregó—: Es todo perfectamente normal, os lo aseguro.

—Entonces, ¿qué hacemos ahora? —preguntó Bishop.

—La dejáis descansar un rato antes de llevarla a casa. Podéis retomar vuestra vida cotidiana, pero quiero verla aquí dos veces por semana para sus chequeos. —Se tomó el tiempo para clavarnos a cada uno de nosotros una mirada que no admitía réplicas.

—Yo mismo la traeré —Le eché un vistazo a Isolde, que descansaba en una de las camas del hospital.

—Muy bien. Ahora, dejad que mi paciente descanse un poco. Haré que alguien os avise en cuando se despierte.

Wynn entrecerró los ojos.

—No nos vamos a ninguna parte.

Korren respondió con la paciencia propia de un curandero.

—No he dicho que tuvierais que iros. He dicho que dejéis descansar a mi paciente un poco. Marchaos al ala de visitantes.

Bishop le puso una mano en el hombro a Wynn, sabiendo que estaba a punto de protestar.

—Venga, que está aquí al lado. Además, todavía hay temas que tenemos que discutir.

Wynn cedió con un gruñido, y Korren abandonó el cuarto, satisfecho de que siguiéramos sus órdenes.

Miré fijamente a Isolde, admirando la forma en que su cabello oscuro se enroscaba sobre la almohada. La expresión pacífica de su cara me dio la fuerza para alejarme. Las palabras de Korren pintaban un cuadro tranquilizador en medio de una atmósfera tensa. Sus palabras de consuelo fueron un bálsamo para mis preocupaciones, y una sensación de alivio se apoderó de mí. Isolde estaba bien. Nuestro cachorro estaba bien.

Cada uno de nosotros le dio un beso en la frente antes de salir de la sala. La perspectiva de llevarla a casa y cuidarla a ella y a nuestro cachorro nonato provocó un destello de calidez en mi corazón. Me aferré a él, sabiendo que necesitaría algo que me calmara durante la conversación que se avecinaba.

En cuanto se cerró la puerta de la sala de visitas, Wynn se giró hacia nosotros.

—El Consejo estará aquí pasado mañana.

—No pueden enterarse de que está embarazada —intervino Bishop, sin dejar lugar a la duda—. No lo permitiré.

—Lo mismo digo. —Crucé los brazos sobre el pecho, conteniendo un gruñido—. Así que, ¿cómo se lo ocultamos?

—Dejadme eso a mí. La amiga de Leighton debería estar aquí esta noche —respondió Wynn—. Tenemos que informar de todo a Isolde cuando se despierte.

Reprimí un escalofrío al pensar en que hubiese una bruja dentro de Hidden Creek.

—¿Tan pronto? —pregunté—. ¿No crees que deberíamos darle al menos una noche de respiro

después del día que ha tenido?

—Estoy con Alaric —dijo Bishop—. Podemos contárselo a primera hora de la mañana. Démosle tiempo para que descanse. Una vez le hablemos del Consejo, sus niveles de estrés se dispararán.

—Vale —aceptó nuestro alfa con el ceño fruncido por la preocupación—. Esta noche, dedicaremos nuestro tiempo a consolar a nuestra compañera. Mañana nos prepararemos para recibir al Consejo.

Bishop llevaba a Isolde en brazos cuando atravesó del umbral de nuestra casa, y una ola de anticipación y alegría inundó el aire. Wynn ya estaba dentro, con una cálida sonrisa grabada en la cara, rodeado de flores vibrantes y globos alegres. Habíamos adornado la casa para celebrar su embarazo y darle la bienvenida a casa.

La risa de Isolde resonó por toda la habitación mientras contemplaba la decoración.

—Vaya, sí que sois rápidos. Juraría que Korren me dijo que solo estuve dormida cinco horas.

—Tiempo más que suficiente para que preparemos la casa para recibirte —bromeé mientras Bishop la colocaba con delicadeza en el sofá.

Su felicidad era palpable, y sus grandes ojos azules se empañaron de lágrimas cuando nos miró a los tres. Di un paso adelante, con Bishop y Wynn imitándome.

—Tú eres todo nuestro mundo ahora —hablé con voz firme pero rebosante de emoción. Me arrodillé ante ella y le acaricié la barbilla—. Lo sabes, ¿verdad? No hay palabras para describir lo que sentimos cuando pensamos que te habíamos perdido.

—No cabíamos de gozo cuando nos enteramos de que estabas embarazada de nuestro primer hijo. No podríamos haberle pedido a la Diosa una bendición mayor. —Bishop la besó en la frente, deslizándole los nudillos por la mejilla.

—Queremos que entiendas el tesoro que eres para nosotros, Isolde. —Wynn se arrodilló a mi lado, sosteniendo la mirada de Isolde—. Te amamos a ti y al bebé que crece en tu vientre. —Le acunó las manos entre las suyas—. Y nada va a separarte de él, independientemente de su rango. Te lo prometemos, Isolde. Nuestro hijo crecerá en Hidden Creek con su manada, y nada se interpondrá en nuestro camino.

—Pero ¿qué pasa con...?

—Nada —repitió.

Nos miró de uno a otro, con lágrimas en las mejillas.

—Esto podría dar comienzo a una guerra.

—De la que se arrepentirán —dije, con una confianza inquebrantable.

—Vamos a tener una vida plena, Isolde, una vida feliz. —Las palabras de Bishop le salieron roncadas, alimentadas por la convicción—. La vida que te prometimos.

Isolde se puso en pie, rodeó a Bishop con los brazos y presionó sus labios contra los de él. El deseo inundó nuestro vínculo cuando pasó a Wynn, todavía tocando a Bishop con una mano. Cuando se volvió hacia mí, ya estaba empalmado, con una necesidad tal de llenarla y sentirla envuelta a mi alrededor que hasta dolía.

La levanté en el aire y puse rumbo a nuestro dormitorio mientras ella chillaba de placer. La dejé caer sobre la cama y no perdí tiempo en quitarle los pantalones mientras Bishop le rasgaba la blusa por encima de la cabeza.

Ella gimió, era un sonido necesitado y lascivo.

—No puedo esperar a poner mi boca en este coño tan bonito —dijo Wynn, abriéndole los muslos—. ¿Vas a inundarme la boca con tu dulce néctar, compañerita mía?

—Sí. —Se mordió el labio.

—Guárdame un poco para mí —murmuró Bishop antes de besarla.

Me acaricié la erección, ver sus cuerpos retorcidos hizo que la sangre me viajase hacia el sur. Joder, no había nada más sexy que ver cómo mi compañera perdía el control.

Wynn le lamió el sexo y yo le pasé la lengua por el pecho. Sus dedos se hundieron en mi cabello y sus uñas me rasparon el cuero cabelludo deliciosamente. Me metí un pezón terso e hinchado en la boca, y el sabor de su piel explotó en mi lengua. Ella arqueó la espalda y yo la agarré por la cara interna del muslo, abriéndola aún más para que Wynn la devorase.

Se retorció bajo de nosotros.

—Joder —se quejó—. Diosa, ya casi estoy.

Wynn se echó hacia atrás, colocando el pulgar sobre su clítoris.

—Vas a correrte sobre nuestras pollas, ¿entendido?

Isolde movió las caderas, gruñendo de frustración, y le solté el pezón con un chasquido.

—Respóndele —le ordené, mordisqueando su sensible pecho.

Cuando siguió sin responder, Wynn movía el pulgar en círculos lentos y suaves, con una presión demasiado ligera como para darle lo que necesitaba.

Bishop observaba todo con párpados caídos, toqueteándose la gruesa polla. Isolde se lamió los labios y yo gemí.

—Sí, entiendo —claudicó finalmente.

—Vas a ser una buena chica y meterte dos pollas dentro de este agujerito tan apretado —dijo Wynn, levantándola y sentándola en su polla de un solo golpe.

Ella gritó ante la invasión y un rubor le coloreó las mejillas a medida que él le acariciaba el pecho, pellizcando y tirando de sus pezones tersos y rosas.

—Abre esa boca tan bonita —dijo Bishop, agarrándose la polla.

Ella obedeció con entusiasmo, y él deslizó el miembro entre sus labios. Ella ahuecó las mejillas, balanceándose arriba y abajo mientras él le follaba la boca.

—Eso es, cariño —le susurró Wynn al oído, sin que sus caderas bajaran el ritmo—. Me encanta ver cómo te tragas su polla. ¿Te excita? ¿Te encanta que usemos tu cuerpo?

Me moví entre sus piernas, deslizando los dedos por su viscosidad y trazando su entrepierna. La vista era hipnotizante.

Jadeó contra la polla de Bishop, y el cuerpo le tembló de anticipación cuando mi polla se empujó contra la de Wynn, deslizándose dentro lentamente.

—Qué coño tan codicioso —siseé cuando se abrió para mí, su apretada entrepierna se estiró para acomodarnos a los dos.

Gruñí mientras su calor me envolvía. La fricción de sus paredes y la longitud de Wynn eran casi demasiado. Mis nervios tomaron el control y me hundí en un abismo de placer indescriptible.

—Eres perfecta —murmuré, y ella se estremeció cuando le toqué el clítoris.

Cada embestida me llevaba más alto, y los testículos se me tensaban cada vez que gemía contra la polla de Bishop. La imagen erótica de las manos que magreaban y se deslizaban contra su piel suave me catapultó al límite.

Los muslos me temblaron y el cuerpo se me enrojeció por el calor mientras la inundaba con mi semilla. Wynn y Bishop me siguieron, llenando a nuestra compañera hasta que el semen le goteó entre las piernas y las comisuras de la boca.

Me salí con cuidado, retiré a Isolde de Wynn y la besé con ternura, acostándola en la cama. El colchón se hundió cuando Wynn y Bishop se desplomaron a ambos lados de ella, envolviéndola entre ellos protectoramente.

Estando ahí abrazados, el aire crepitaba con la promesa de un hermoso futuro.

Capítulo 29

Isolde

—¿Estás seguro de que estás lista? —preguntó Bishop por centésima vez.

—No lo estaría ni aunque hubiera tenido semanas para prepararme.

Me estudió atentamente, y le puse los ojos en blanco con aire juguetón, dándole un mordisco al bocado sobre la encimera. Tenía un hambre de morir, o igual eran solo los nervios. Me sentía preparada, pero también era consciente de lo que me aguardaba. Nunca había sido un placer entablar relación con el Consejo, pero solo podía imaginarme las actitudes a las que me tendría que enfrentar ahora que venían a demostrar que estábamos ocultando mi embarazo.

—Si no te sientes cómoda en algún momento, házmelo saber. Les mandaré a tomar viento en lo que canta un gallo —gruñó Alaric.

Solté una risita.

—Estoy bien. De verdad.

—Lo decimos en serio, Isolde. Ya no eres su omega, eres Isolde de la manada de Hidden Creek, la hembra alfa. Que les quede claro —dijo Wynn. Su tono inquebrantable me aterrizó cuando llegué aquí por primera vez, pero ahora hacía que la viscosidad me resbalase por los muslos.

Maldita sea, no era el lugar ni el momento para pensar en esas cosas.

Me sonrojé cuando sus palabras me calaron. Nunca antes había pensado en mí misma como una mujer alfa, pero lo era.

Los ejecutores se extendieron por la sala de estar de nuestra guarida. Me topé con la mirada de Valor, que asintió, asegurándome que se quedaría cerca de mí. Poco a poco, los demás imitaron su gesto en una muestra de solidaridad y respeto. Sabía que no me dejarían colgada. Ya lo estaban arriesgando todo para protegerme a mí y a mi cachorro nonato.

No los defraudaría.

Los dos representantes del Consejo llamaron a la puerta exactamente al mediodía. El cuarto estaba en silencio cuando entraron, con los guardias a la zaga.

El concejal Rollo, cuyo nombre había aprendido el día anterior, era como un dinosaurio envejecido. Tenía la piel arrugada y curtida, pero unos ojos astutos. Se rumoreaba que era uno de los pocos lobos de más de setecientos años.

Mirándolo, me lo creí.

El concejal Raza se encontraba a su lado con una expresión de suficiencia en el rostro. Hice todo lo posible por ocultar mi sorpresa. No había informado de que fuese a unirse a la expedición.

Miré de soslayo a mis compañeros. Sus rostros inexpresivos me dijeron que tampoco contaban con Raza, lo que quería decir que su presencia aquí tenía un propósito.

Estaba claro que quería pillarnos con la guardia baja por alguna razón.

—Buenas tardes. —Raza se esforzó por mirar uno por uno a todos los presentes—. Alfa Wynn —dijo, bajando la cabeza respetuosamente—. Beta Bishop y gamma Alaric. —continuó para posar finalmente sus ojos furtivos en mí—. Ah, omega. Es un placer volver a verte.

Mantuve la barbilla en alto.

—Me llamo Isolde, concejal. Por favor, tomen asiento.

La comisura de su boca sufrió un espasmo y se sentó junto al concejal Rollo. Los representantes me escudriñaron, recorriendo mi cuerpo de arriba abajo como si pudieran determinar el contenido de mi útero solo con la vista.

Era escalofriante.

El gruñido de Wynn los obligó a apartar la mirada.

El concejal Rollo se aclaró la garganta.

—Bueno, como saben, estamos aquí para hacerle una prueba a Isolde. —Sus ojos se dirigieron a mí con disgusto—. Tenemos que comprobar si está embarazada. El que Hidden Creek no se lo

haya notificado al Concejo no nos ha pasado desapercibido.

—No hay nada que notificar —dijo Alaric, con los brazos cruzados y fulminando con la mirada al viejo lobo.

—Seremos nosotros quienes juzguemos eso. Francamente, es poco probable que estén ustedes diciendo la verdad —escupió Rollo.

—¿Insinúa que mentimos? —replicó Bishop con el mismo veneno.

—Por supuesto que no. Solo decimos que una omega que tarda tanto en concebir es una rareza.

—El concejal Raza calmó las aguas con falsa sinceridad—. Sin embargo, es mi deber como concejal recordarles las consecuencias de obtener un resultado positivo en la prueba. Es decir, perder el estatus de manada autorizada que Hidden Creek acaba de restablecer.

—¿Es una amenaza? —preguntó Wynn, con ojos entrecerrados.

El concejal Raza sonrió.

—No, solo les estoy informando de las reglas. Cualquier intento de negar al Consejo su derecho a las omegas que juramos proteger dejaría a su manada descalificada para la cacería y la protección del Consejo.

Los dos hombres se miraron fijamente, y la habitación pareció encogerse con el bochorno de su batalla implícita. Ninguno de los dos apartó la mirada, negándose a someterse hasta que la mano marchita de Rollo aterrizó en el hombro de Raza.

—Sigamos adelante con la prueba —dijo con el tono de un hombre acostumbrado a conseguir lo que quería.

A regañadientes, Raza apartó la mirada de Wynn y sacó un botecito de su túnica púrpura, que me entregó.

—Necesitamos una muestra de tu orina, querida. Una de las guardias hembra te acompañará y te vigilará.

Reprimí un insulto, sabiendo que formaba parte del proceso. Este momento nos salvaría el culo o nos condenaría.

La guardia, una hembra beta con cabello castaño claro, entró en el baño y comprobó si había algo oculto que pudiera alterar los resultados. Una vez satisfecha con su inspección, le hizo un gesto con la cabeza a Raza, quien me indicó que procediera.

En cuanto Raza salió, entré e hice todo un espectáculo fingiendo vergüenza mientras me bajaba los pantalones y me ponía en cuclillas sobre el inodoro. Los ojos de la guardia no se apartaron de mis manos en ningún momento mientras se aseguraba de que no estuviera poniendo el botecito en ninguna parte más que bajo la unión de mis muslos.

—Esto no es ningún show de exhibición, pervertida —protesté entre dientes.

Ella resopló con disgusto.

—Créeme, no tienes nada especial.

—Los hombres de la habitación contigua no estarían de acuerdo —me burlé.

Sus mejillas se calentaron cuando me fulminó con la mirada. El corazón me latía con fuerza. Necesitaba que siguiera mirándome a la cara, y provocar su ira era la distracción más fácil. Era hora de poner toda la carne en el asador.

—Yo también estaría de mala hostia si me degradaran a vigilar cómo otras mujeres mean en un bote. ¿Hace falta entrenarse para eso?

Sus fosas nasales se ensancharon por la indignación.

—Apuesto a que no —murmuré como si hablara conmigo misma—. Seguro que te han dado el trabajo que nadie más quería.

—¿Qué...?

—¿Hay algún problema? —gritó Rollo.

La guardia miró hacia la puerta.

—No, señor.

—Muy bien. Pues id terminando.

Se volvió hacia mí.

—Ya lo has oído. Date prisa.

—Ya está —gorjeé, subiéndome los pantalones y entregándole el bote con pis.

Ella hizo una mueca, pero la ignoré mientras me lavaba las manos. Salí y me uní a mis compañeros, acomodándome entre Bishop y Alaric.

Los concejales sintetizaron rápidamente el líquido en una pequeña máquina que Rollo se sacó de su bolsa. Sentí que ese zumbido duraba una eternidad, aumentando mi nivel de ansiedad con cada milisegundo que pasaba. Metí la mano en la de Bishop y él me besó los nudillos.

Al cabo de cinco minutos, la máquina pitó y Rollo comprobó los resultados con los ojos muy abiertos. Raza frunció el ceño y nos miró con odio. Por mi parte, mantuve un rostro impassible.

—No está embarazada.

—Bueno, vaya una sorpresa —dijo Alaric con sarcasmo, ganándose una mirada fulminante del concejal.

—Sí, bueno... —Rollo se quedó callado.

—Ahora que este asunto ha quedado resuelto, tal vez el Consejo nos tenga más fe cuando les pasemos información sobre nuestra compañera —habló Wynn.

Los concejales se pusieron de pie y se fueron sin decir palabra. Mis compañeros observaron su retirada, como depredadores que observan a sus presas, aguardando a un momento de debilidad para saltar.

Rollo se arrimó a uno de los guardias.

—Parece que no necesitaremos la prueba de clasificación después de todo —murmuró en voz baja.

Prueba de clasificación.

Conmocionada, traté de darle sentido a sus palabras. No podían significar lo que yo pensaba. La única forma de determinar el rango de un bebé antes de que naciera era con magia. Y no cualquier magia, sino magia negra. Si la usaban de manera habitual, tenían que estar colaborando con brujas. No había otra forma de acceder a ese tipo de poder.

Pero los cambiaformas no podían usar la magia.

Un escalofrío me recorrió la espalda.

Parecía que hacer tratos con las brujas no era lo único sobre lo que mentía el Consejo.

Capítulo 30

Bishop

—Joder, pensé que nunca se irían —soltó Alaric, que le apretó el hombro a Isolde antes de coger su dispositivo y llamar a Leighton.

Wynn se encontraba fuera con los demás, asegurándose de que el Consejo abandonara de Hidden Creek sin paradas innecesarias.

El concejal Raza no estaba satisfecho con los resultados de la prueba, y Rollo aún menos. La tensión que se palpaba en el aire antes de que se fueran fue suficiente para que me enzarzara en una batalla de voluntades con mi lobo.

No me gustaba que miraran a Isolde como si fuera una fracasada. Fue más que suficiente para dejar clara la verdadera naturaleza de sus sentimientos hacia las omegas. También me hizo preguntarme algo. ¿Por qué ningún miembro del Consejo se había hecho con una omega?

Para ser unos lobos que parecían tan seguros de que la Diosa los reverenciaba lo suficiente como para convertirlos en los únicos defensores de las omegas, nunca habían participado en Su bendición. ¿Por qué?

Sus acciones podían considerarse piadosas, pero a mí no me engañaban. Raza y Rollo tenían toda la pinta de hombres firmemente asentados al frente de una población que les asqueaba. Los concejales no se esforzaban en ocultar su creencia de que las omegas eran inferiores, incluso mientras predicaban que eran una bendición.

No era mera intolerancia. Fuera lo que fuese, era capcioso.

Volví a entrar en casa, para encontrarme a Isolde sentada en el sofá del salón con el ceño fruncido. No reparó en mi presencia, perdida como estaba en cualquier pensamiento que hubiera puesto esa expresión pensativa en su cara.

Me senté a su lado y le acaricié las arrugas de preocupación con un dedo.

—Una cena a cambio de tus pensamientos.

—¿Una cena? Me parece un precio bastante elevado por un par de frases.

—A mí me gusta más considerarlo un incentivo.

—Claro —resopló por la nariz.

Levanté la ceja ante su obvia evasión de mi pregunta. Me miró de reojo y volvió a mirarse las manos antes de suspirar. Algo se me apretó en las entrañas ante su vacilación.

—¿Qué pasa? —murmuré, contemplando ya todas las posibilidades, preparándome para enfrentarme a algún problema.

—Puede que no sea nada... pero escuché al concejal Rollo decir algo extraño.

—¿Extraño cómo?

Ella se mordió por el labio y yo cubrí su mano con la mía, entrelazando nuestros dedos.

—Lo que sea que hayas escuchado, suena a que es importante —dije—. Dímelo y lo solucionaremos juntos.

—Puede que sea mejor que estéis los tres presentes.

—Está bien, deja que vaya a por Wynn y Alaric.

Registré la casa y encontré a Alaric terminando la llamada. Le bastó echarle un vistazo a mi expresión para fruncir el ceño.

—¿Todo bien? —preguntó, guardándose el pequeño dispositivo en el bolsillo.

—No estoy seguro. Isolde quiere hablarnos de algo que oyó decir a Rollo.

—Y me apuesto lo que sea a que no es nada bueno.

Me apoyé en la pared.

—A juzgar por la expresión de su cara, no apostaría por ello, no.

—Mierda. —Volvió a coger el dispositivo para alertar a Wynn. Emitió un pitido con su respuesta casi de inmediato—. Wynn estará aquí en unos instantes.

Señalé el aparato con la barbilla.

—¿Qué ha pasado con Leighton y su bruja?

—Ha escapado sana y salva de los terrenos. Sin ningún encontronazo.

—Al menos algo ha salido bien hoy.

—Ya veremos. —Su boca era una línea dura—. Leighton me dijo que la poción de la bruja debería dejar de hacer efecto en una hora aproximadamente, pero, aun así, quiero llevar a Isolde a que la vea Korren para confirmarlo.

Negué con la cabeza.

—Nos ha ayudado, Alaric. Y con bastante éxito, debo añadir.

Exhaló un fuerte suspiro y se pasó una mano por el pelo.

—Lo sé. Y sé que fui yo quien lo sugirió, pero sigue siendo...

—Una bruja —terminé por él.

—No sé si podemos confiar en ella.

—Seguramente ella piense lo mismo. Y, pese a todo, se adentró en una guarida de lobos para ayudar a nuestra compañera. Al menos, deberíamos estarle agradecidos. No había otra forma de que pudiéramos haber logrado esto sin ella.

—Lo sé —dijo con pesar.

Alaric tenía más razones que la mayoría para odiar a las brujas. Ellas fueron las responsables de matar a sus hermanos, pero tenía que aprender a compartimentar sus sentimientos porque todo apuntaba a que las necesitaríamos en el futuro.

En ese momento, llegó Wynn.

—¿Cómo ha ido la despedida?

—Bastante bien. Los representantes no estaban contentos, pero, con algo de suerte, al menos esto impedirá que nos hagan más visitas sorpresa. ¿Qué pasa con Isolde?

—Supongo que estamos a punto de averiguarlo. —Me encogí de hombros.

Encontramos a Isolde donde la había dejado, en el sofá con una taza de té humeante en las manos. Olfateé el aire por costumbre, pero no percibí nada más que el olor de nuestra compañera. Tuve que recordarme que el brebaje de la bruja todavía estaba haciendo efecto, y que el cachorro estaba bien, simplemente no estaba perceptible. Aun así, era inquietante la facilidad con la que las brujas podían inutilizar nuestros sentidos.

—Antes de que los concejales se fueran, Rollo le dijo a uno de sus guardias que no era necesaria una prueba de clasificación —nos informó Isolde mientras tomábamos asiento.

Negué con la cabeza, sin estar seguro de haberla entendido.

—¿A qué te refieres con una prueba de clasificación? Eso es imposible hacerlo antes de que nazca el cachorro.

—Eso pensé yo también, pero lo dijo como si tuvieran... el equipo necesario para ello. Como si estuvieran preparados para hacerlo si la prueba de embarazo era positiva.

Miré a Wynn y Alaric. Sus semblantes cuidadosamente inexpresivos me dejaron claro que el Consejo era más peligroso de lo que pensábamos en un principio.

—Contacta con Leighton —le dijo Wynn a Alaric—. Dile que traiga a esa bruja suya de vuelta a Hidden Creek lo antes posible. Tenemos que averiguar si algo así es factible. Dile que sea discreto y que la traiga directamente a mi despacho. No quiero que esta información salga a la luz.

Alaric ya se había llevado el teléfono a la oreja, transmitiendo las órdenes.

Me volví hacia Wynn.

—Si tuvieron el descaro de traer la prueba aquí, donde todo el mundo hubiese podido verla, tienen que haberla hecho antes. —Las ideas me daban vueltas en la cabeza y mi lobo me impulsaba a pegarme a Isolde.

Él apretó los puños.

—Lo que significa que esas manadas que lo vieron no creyeron que fuera necesario advertirnos a todos los demás.

—Tenemos que ser más cautelosos con las manadas a las que abordamos. De lo contrario, revelaríamos nuestras cartas ante el Consejo antes de tener oportunidad siquiera de enfrentarnos a ellos.

Alaric se sentó en el brazo del sofá, con una mueca tirándole de los labios.

—Vamos a necesitar a la bruja para mucho más que una charlita, me supongo.

—Sí —respondió Wynn con sencillez.

Isolde guardaba silencio a nuestro lado, y yo me acerqué más a ella.

—Lo resolveremos juntos.

—Sí. —Me miró con unos ojos cargados de esperanza.

—¿Cómo te sientes? —le preguntó Wynn.

—Bien. —Frunció la nariz—. Como siempre, en realidad. Por un segundo, me preocupó que no funcionara.

—De no funcionar, estoy seguro de que tu juego de manos habría valido. Es un talento impresionante. —Wynn sonrió.

Isolde estaba preparada para cambiar la muestra por una que Winnie le proporcionó como último recurso.

Una sonrisa radiante le iluminó el rostro.

—Criarte en un internado te da unas habilidades únicas para la vida, incluyendo el pasar cosas a escondidas bajo las narices de alfas y betas.

Me reí.

—Recuérdame no hacerte cabrear.

—O no se lo recuerdes. —Alaric sonrió juguetonamente, golpeándome con su hombro—.

Entonces todos podremos echarnos unas risas cuando te haga cabrear.

—Eh, ¿qué pasa? —quise saber cuando noté la mirada lejana de Isolde—. Todo va ir bien.

—¿Cómo puedes prometerme eso?

—Porque somos una manada, y todos y cada uno de los miembros van a mantenerse unidos para asegurarlo. —Le alcé la cara con un dedo—. No nos preocupemos más por eso. ¿Sabes lo que importa en este momento?

—Qué?

—Ese bebé que crece en tu interior y para el que todavía tenemos que prepararnos —dijo Wynn, llevando la mano a su vientre.

El vínculo floreció con felicidad y ella sonrió.

—Vamos —dije, levantando a Isolde de su asiento—. ¿Qué te parece un buen baño caliente antes de ir al médico?

—Me pido pasarle la esponja —se adelantó Alaric, siguiéndonos escaleras arriba.

Ella se rio, dejándome guiarla hasta nuestra habitación. Ya no tenía los hombros tensos.

Quería conservar esa sonrisa en su cara y mostrarle alegría independientemente del mundo que nos rodeaba. A pesar de lo que sucedía más allá de nuestras fronteras, Isolde estaba a salvo.

Iba a asegurarme de que disfrutara cada minuto de su vida con nosotros.

Capítulo 31

Isolde

Me encontraba de pie en medio de la manada, observando la escena que tenía lugar ante mí. El corazón me latía con expectación, y la sala vibraba con la energía propia de lobos decididos, ansiosos por asegurar su puesto en la próxima cacería. Faltaba un mes y medio para el evento, y mis compañeros ya habían decidido qué unidad participaría.

Mi mirada se detuvo en los rostros de mis compañeros mientras tomaban el mando, dirigiéndose a la sala llena de lobos experimentados y calificados. Todos en Hidden Creek sabían que la posibilidad de encontrar una pareja predestinada estaba al alcance de la mano de los machos que participaban en la cacería. En el pabellón reinaba la esperanza de que el futuro podría ser diferente del pasado, pero antes de poder enfocarnos en eso, necesitábamos enfrentarnos a una fuente de oscuridad más.

—Ryr hlak it ' hry —empezó a decir Wynn—. Esto son más que palabras; son la base de la vida en manada. Una institución moral y ética que nos mantiene fuertes. Nada es más importante que la manada. Traicionar a tu manada es el peor pecado que puede cometer un cambiaformas. Es imperdonable.

Alaric trajo a Laris al frente del estrado, sujetándola por las cuerdas y asegurándole las manos detrás de la espalda.

Wynn se dirigió a la multitud, con rostro glacial e inflexible.

—A Laris Rhodes se la acusa de lo siguiente: permitir que los renegados entren en nuestras tierras, drogar y manipular a nuestros ejecutores para robar suministros de cobertura, armar a nuestros enemigos y conspirar para secuestrar a mi compañera y entregársela a una manada no autorizada. —Se volvió hacia Laris—. Habla. Revélale tus pecados a tu manada.

El pabellón se quedó en silencio, reinaba una energía cargada de ira y traición.

Laris tembló, alzando la barbilla con gran esfuerzo.

—Lo confieso. Lo admito todo.

Un murmullo recorrió la sala, la desaprobación se hizo eco por todas partes. Alaric la giró para que quedara frente a Wynn.

—Laris, pusiste en riesgo la vida de mi compañera y la entregaste a nuestros enemigos sin tener en cuenta los horrores indescriptibles a los que habría sido sometida. Mi unidad exige tu exilio.

—Se escuchó un murmullo de acuerdo y ella palideció. El mundo era un lugar duro y peligroso para una renegada—. Pero nuestra compañera ha solicitado tu perdón. Te concede una segunda oportunidad.

Wynn me tendió la mano y yo me planté a su lado. Cuadrando los hombros y poniéndome bien recta, miré a Laris a los ojos. La incertidumbre pasó entre nosotras.

—Esto no es un acto de compasión, es una nueva forma de proceder. Por tanto, te ofrezco una opción: el exilio o la sumisión. Serás despojada de tu rango y título, y tendrás que volver a ganarte el favor de tu manada. Se te monitoreará y se te colocará en unidades de cocina hasta que demuestres que se te pueden confiar más responsabilidades. Volverás a jurarle tu lealtad a tu unidad alfa y a Hidden Creek.

El aire pareció espesarse mientras todos esperábamos su respuesta.

Finalmente, dijo:

—Tenéis mi sumisión.

—Muy bien —respondió Wynn en tono duro—. Tu voto tendrá lugar bajo la luna de sangre. Hasta entonces, estarás en las celdas.

Hizo un gesto con la mano y Alaric le entregó a Laris a un ejecutor, que se la llevó.

La habitación se calmó una vez más.

—Pasemos al siguiente asunto —comenzó—. Antes de anunciar la unidad que representará a Hidden Creek en la próxima cacería, me gustaría recordaros dos cosas. En primer lugar, aunque la perspectiva de encontrar a tu verdadera compañera es emocionante, debéis estar preparados. Existe la posibilidad de que no esté allí. Es posible que ya haya participado antes, o que aún no haya sido parte de la cacería. En segundo lugar, si no sentís un vínculo predestinado, sigue siendo vuestra responsabilidad traer a una omega a la manada. Una vez aquí, podéis decidir

continuar con el vínculo o esperar a vuestra compañera predestinada. —Un murmullo recorrió la multitud—. Acudiremos a la cacería con un propósito mayor en mente. Cada uno de vosotros debe recordarlo.

Bishop dio un paso adelante, con las manos entrelazadas a la espalda.

—Elegimos la siguiente unidad basándonos en la estrategia y la unidad. Los lobos de esta unidad son capaces, responsables y leales. Cuando ellos participen en la cacería, Hidden Creek estará un paso más cerca de lograr nuestros objetivos.

—Los participantes de la próxima cacería son Valor, Korren y Ezra —anunció Wynn.

Los elegidos se pusieron de pie, con expresiones llenas de gratitud. Era un testimonio de sus capacidades y una responsabilidad que asumirían con honor.

Con el asunto resuelto, la atención de la manada se centró en Alaric, que tomó el centro del escenario. Wynn y Bishop se unieron a mí. La mano del primero me rozó la parte baja de la espalda y yo busque su contacto; me encantaba cómo ya nunca dudaba en demostrarme afecto físico.

—Pasemos al siguiente punto del día —declaró Alaric—. Como todos sabemos, se han producido novedades relacionadas con el Consejo, su lealtad a las omegas y a las manadas que dicen servir en nombre de la Diosa. —Un silencio se apoderó de la manada—. Como tal, Hidden Creek implementará nuevas reglas. De aquí en adelante, cada miembro se registrará al entrar y salir de nuestro territorio. Nadie debe ir a ninguna parte solo.

La tensión latente que persistía bajo sus palabras no pasó desapercibida. La opresión del Consejo se cernía sobre nosotros, un recordatorio constante de los desafíos a los que nos enfrentábamos. Cada paso adelante era un testimonio de nuestra resiliencia y determinación por forjar nuestro destino contra viento y marea.

Me quedé en silencio, notando el peso de la responsabilidad sobre mis hombros. Pronto, otra omega llegaría a Hidden Creek, y sería mi trabajo asegurarme de que se sintiera en casa en nuestro territorio. Quería ayudarla a sentirse vista y escuchada. La cacería podría ser un símbolo de solidaridad y fuerza, un compromiso para resistir las limitaciones que se nos imponen.

Una tranquila resolución se instaló dentro de mí. Independientemente de los desafíos que tuviéramos por delante, nos liberaríamos del férreo control del Consejo y recuperaríamos nuestra

autonomía como manada.

—Nuestras patrullas se duplicarán. —prosiguió Alaric—. Los trabajadores metalúrgicos y el departamento de seguridad reforzarán nuestras fronteras y se asegurarán de que no tengamos puntos débiles en nuestras defensas. También habrá restricciones sobre lo que podemos compartir con amigos y familiares de otras manadas.

Estallaron murmullos de descontento. La curiosidad y la confusión se grabaron en los rostros de muchos.

—Por último, todos en Hidden Creek comenzarán a entrenar, y todos los miembros de la manada aprenderán defensa personal básica. En cuanto a mis ejecutores, recibiréis un entrenamiento modificado además de vuestro programa habitual, centrándoos especialmente en el combate por parejas.

Surgieron las preguntas.

—¿Qué tipo de información le estaremos ocultando a las otras manadas? —preguntó uno de los hombres, ganándose el asentimiento de sus compañeros.

—¿Deberíamos preocuparnos? —preguntó otro.

—¿Nos estamos preparando para la guerra? —gritó un lobo mayor.

Bishop se unió a Alaric en el frente.

—No hay necesidad de alarmarse. Todos estáis al tanto de la situación con el Consejo y las omegas. Ha llegado a nuestros oídos que el Consejo puede estar trabajando con brujas para conseguir y manejar artefactos mágicos.

El silencio que siguió fue ensordecedor.

—¿Cómo? —La pregunta vino de Ezra, nuestro jefe de seguridad.

Todos los individuos contuvieron la respiración, esperando la respuesta.

Wynn dio un paso adelante.

—Lo hemos reducido a tres posibilidades. La primera es que se han conseguido a una bruja que

trabaja para ellos. La segunda es que han dejado que los hechicen, infundiendo su sangre con la de las brujas para permitirles acceder a pequeñas porciones de magia.

—¿Y la tercera? —preguntó Ezra.

Un escalofrío, tan frío que me quemó los huesos, recorrió el pasillo.

—El tercero es un acto de blasfemia a la Diosa. Es la unión de las almas a una bruja. Con esto, podrían acceder a todo el poder de la bruja a la que están atados.

El rostro de Ezra palideció.

Gruñidos y jadeos inundaron la habitación, junto con murmullos de oraciones a la Diosa.

La revelación hizo añicos la fachada del Consejo. Expuso la influencia corrupta de la magia ejercida por el Consejo y arrancó el velo del misterio disfrazado de deber. El descubrimiento provocó un escalofrío colectivo ante las desconocidas profundidades del poder al que nos enfrentábamos.

Ahora lo sabían todo.

Las implicaciones eran nefastas: alianzas desconocidas formadas a través de la coerción mágica amenazaban el tejido mismo de nuestra existencia. Las uniones antaño familiares con otras manadas se vieron ensombrecidas por la duda y la sospecha. Nos encontrábamos al borde del precipicio, sin saber qué manadas estaban con el Consejo y cuáles permanecían intactas.

—No confiaremos en nadie hasta que estemos seguros de que se lo han ganado —ordenó Alaric—. El alfa Wynn ya está estableciendo contacto, pero supongamos que todas las demás manadas están trabajando para el Consejo hasta nuevo aviso. Proteged a vuestra manada. Ryr hlak it ' hry.

La manada lo es todo.

Los hombres repitieron las palabras de Hidden Creek en el idioma antiguo: un juramento.

Mi manada era más fuerte de lo que había creído. Parecía que habían pasado años desde que era sola otra omega asustada que soñaba con sobrevivir al Consejo. Ahora, tenía esperanza y una manada.

Una familia que estaba dispuesta a luchar a mi lado sin importar el precio.

Tenía un futuro. Me llevé la mano al abdomen, acariciando al cachorro que sería el primero de Hidden Creek en veinte años.

Alaric, Wynn y Bishop se acercaron a mí, los compañeros que una vez temí que me arrancarían cada pedazo de vida que había conseguido robar para mí, y me maravillé de lo que me habían dado en su lugar. Su seguridad, su fuerza, su hogar y su amor eran más de lo que jamás soñé con tener.

Wynn me acunó la nuca y me besó hasta que se me doblaron los dedos de los pies.

—¿Lista para irte a casa?

Bishop me rodeó la cintura con el brazo, me levantó en brazos y atravesó la puerta.

—Oye —grité.

Alaric nos siguió, con una sonrisa sensual en la cara.

—Solo queremos preservar tus energías. No queremos que te canses antes de que comience la verdadera diversión.

Los muslos se me apretaron con su promesa.

Nos dirigimos juntos hacia los rayos de sol, listos para lo que quiera que la vida nos depare.

